



DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA GENERAL DE EDUCACIÓN

PQ2039

N.A78

S6

V.3

C.1



1080043426



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E # 6 C # 145

JULIA,

Ó LA

NUEVA HELOISA.

TOMO III.

84-3

R.

Non la conobbe il mondo mentre l' ebbe,
Conobbil' io, ch'a pianger mi rimasi.

PETRARCO.

La poseyó sin conocerla el mundo,
Yo que la conocí, quedé á llorarla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lezelle del

Litho de Goussier 18. 67

Y salió mucha sangre.

JULIA,

Ó LA

NUEVA HELOISA,

CARTAS DE DOS AMANTES HABITANTES DE UNA
CIUDAD CHICA, Á LA FALDA DE LOS ALPES,

RECOGIDAS Y PUBLICADAS

POR J. J. ROUSSEAU;

TRADUCIDAS

POR D^e M. V. M.

CON LAMINAS FINAS.

TOMO TERCERO.

VERSÁLLES.

EN LA IMPRENTA FRANCESA Y ESPAÑOLA

SE HALLA EN PARIS, EN LA LIBRERIA DE ROSA,

GRAN PASEO DEL PALACIO REAL.

54861

29361



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

JULIA,

ó

LA NUEVA HELOISA.

CUARTA PARTE.

CARTA PRIMERA.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBE.

¡CUANTO tiempo tardas en volver! no me acomodan tus idas y venidas. ¡Que de horas perdidas en venir donde siempre debieras estar, y lo que peor es en alejarte! La idea de verse por tan poco tiempo acibara el gusto de hallarse juntas. ¿No conoces que estar así alternativamente en tu casa y en la mía es no estar bien en parte ninguna; y no imaginas un medio para

TOMO III.

1



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

JULIA,

ó

LA NUEVA HELOISA.

CUARTA PARTE.

CARTA PRIMERA.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBE.

¡CUANTO tiempo tardas en volver! no me acomodan tus idas y venidas. ¡Que de horas perdidas en venir donde siempre debieras estar, y lo que peor es en alejarte! La idea de verse por tan poco tiempo acibara el gusto de hallarse juntas. ¿No conoces que estar así alternativamente en tu casa y en la mía es no estar bien en parte ninguna; y no imaginas un medio para

TOMO III.

1

hacer que estés al mismo tiempo en una y otra parte?

¿Que hacenos, querida prima? ¡que de preciosos momentos dejamos perder, cuando no nos quedan ya ningunos que desperdiciar! Los años se multiplican, la mocedad empieza á huir, la vida se consume, la transitoria felicidad con que nos brinda está en nuestra mano, y omitimos el disfrutarla! ¿te acuerdas del tiempo que éramos todavía solteras, de aquellos primeros tiempos tan gratos y tan dulces, que no vuelven á hallarse en otra edad, y que con tanta dificultad olvida el corazón? ¡Cuántas veces precisadas á separarnos por pocos días, y á veces por pocas horas, nos decíamos dándonos un triste abrazo: ha; si alguna vez podemos disponer de nosotras, nunca nos separemos! Ahora que disponemos vivimos la mitad del año separadas una de otra. ¿Nos queremos acaso menos? Querida y tierna amiga, ámbas conocemos cuanto muy fuerte y mas indisoluble nuestra inclinacion la han hecho el tiempo, la costumbre, y tus beneficios. A mí de día en día me parece mas inaguantable tu ausencia, y no puedo ni un instante vivir sin ti. Este progreso de nuestra amistad es mas natural de lo que parece

y se funda en nuestra situacion como en nuestros caracteres. A medida que avanza la edad se concentran todos los afectos; cada día perdemos algo de lo que quisimos, y no lo volvemos á reemplazar. Así vamos muriendo por grados hasta que al fin amándonos solo á nosotros mismos dejamos de sentir y vivir ántes de dejar de existir. Pero un corazón sensible se defiende con todas sus fuerzas contra esta anticipada muerte; cuando empieza el hielo por las extremidades renne en derredor de él todo su calor natural; cuanto mas pierde mas se ase de lo que le queda; y se agarra, por decirlo así, al postrer objeto por los nudos de todos los demas.

Esto es lo que me parece que experimento ya, aunque todavía jóven. Ha! querida mía, mi pobre corazón ha amado tanto, y se ha apurado tan temprano que es viejo ántes de tiempo; de tal modo le han absorbido tan varios afectos que no queda en él lugar para meras inclinaciones. Me has visto sucesivamente hija, amiga, amante, esposa, y madre. Tú sabes si han sido para mí preciosos todos estos títulos. Disueltos están algunos de estos vínculos, y alojados otros. Ya no vive mi madre, mi tierna madre; solo lágrimas me quedan que tributará su memoria, y

Ernesto Treviño

no disfruto mas que de la mitad del mas dulce afecto de la naturaleza. El amor está apagado, lo está para siempre, y ha dejado otro hueco que jamas se llenará. Hemos perdido á tu digno y buen marido, que amaba yo como á la cara mitad de ti propia, y que tan acreedor era á mi amistad, y mi cariño. Si fueran de mas edad mis hijos todos estos huecos los llenaria el amor maternal, pero como todos los demas este amor necesita correspondencia, ¿y cual puede aguardar una madre de una criatura de cuatro ó cinco años? Amamos á nuestros hijos mucho tiempo ántes que puedan ellos conocerlo, y amamos reciprocamente; y no obstante necesitamos tanto decir lo mucho que los queremos á alguien que nos entienda. Mi marido me entiende, pero no me responde como yo quisiera; su terneza con ellos es sobrado racional, no pierde como yo la cabeza; quiero un cariño mas vivo, y mas parecido al mio; necesito una amiga, una madre tan loca como yo con mis hijos y los suyos. En una palabra la maternidad me hace todavia mas necesaria la amistad, por el gusto de hablar sin cesar de mis hijos sin dar fastidio. Conozco que se dobla mi gozo con los cariños de mi Marcelinito cuando veo que te

cabe á ti parte de ellos, y cuando abrazo á tu hija créo que te tengo estrechada á mi seno. Cien veces lo hemos dicho cuando vemos á nuestros muñequillos jugar juntos nuestros corazones unidos los confunden, y no sabemos de quien es cada uno de los tres.

No para aquí; tengo motivos muy importantes para desear que estés sin cesar junto á mí, y tu ausencia es cruel para mí por muchos motivos. Piensa en mi repugnancia á todo disimulo, y en la continua reserva en que vivo cerca de seis años ha, con el hombre que mas en el mundo quiero. Cada día me pesa mas y mas mi odioso secreto, y cada dia parece que es mas indispensable. Quanto mas exige la honradez que le revele, mas me obliga la prudencia á que le guarde. ¿Comprendes que horroroso estado es para una muger que la desconfianza, la mentira y el temor la acompañen hasta en brazos de su esposo, que no se atreva á descubrir su corazon á quien es dueño de él, y que le esconda la mitad de su vida para afianzar el sosiego de la otra? ¡Grán Dios! ¿de quien tengo que encubrir mis mas secretos pensamientos, y ocultar lo interior de una alma de que tendria motivo para estar tan satisfecho! ¿del señor de

Wolmar, de mi marido, del mas digno esposo con quien hubiera podido el Cielo remunerar la virtud de una casta doncella! Por haberle engañado una vez es preciso que le engañe todos los días, y que me reconozca sin cesar indigna de todas sus bondades conmigo. No se atreve mi corazon á admitir ningún testimonio de su estimacion, me sonrojan sus mas tiernos cariños, y todas las pruebas que de respeto y aprecio me da las convierte mi conciencia en oprobio y señales de menosprecio. Es dura cosa tenerse que decir sin cesar: á otra que á mi es á quien acata. Ha; si me conociera no me tratara así. No, no puedo aguantar este horrible estado; nunca estoy sola con este hombre respetable sin que me vengan deseos de hincarme de rodillas ante él, confesarle mis yerros, y expirar á sus plantas de dolor y vergüenza.

No obstante, las razones que al principio me contuvieron cada dia son mas fuertes, y no me asiste motivo ninguno para hablar que no sea razon para callarme. Contemplando el apacible y sereno estado de mi familia, pienso con susto que una sola palabra puede causar en ella un irreparable trastorno. Despues de seis años que en una perfecta union han corrido, ¿he

de ir á turbar el sosiego de marido tan bueno y tan prudente, que otra voluntad que la de su feliz esposa no tiene, ni otro gusto que ver la paz y el orden reynar en su casa? ¿he de contristar con disturbios domésticos la vejez de mi padre que tan contento, tan gustoso con la dicha de su hija y su amigo veo? ¿he de exponer á estas queridas criaturas á estas criaturas amables, y que tanto prometen á una omisa y escandalosa educacion, á verse tristes victimas de las paternas discordias, entre un padre inflamado en un justo enojo, agitado de zelos, y una madre culpada y desventurada, anegada en perpetuo llanto? Conozco al señor de Wolmar, haciendo aprecio de su muger; ¿quien sabe lo que será cuando no le haga? Acaso es tan moderado porque la pasion dominante de su carácter aun no ha tenido motivo para manifestarse. Acaso será tan violento en un raptó de ira como es sereno y tranquilo, mientras que no tiene motivo ninguno de ensañarse.

¿Si tantas atenciones debo á todo cuanto tengo en derredor de mi, no me debo tambien algunas á mi propia? ¿seis años de una honesta y arreglada vida no borran en nada los yerros

de la mocedad? ¿debo exponerme todavía á la pena de una culpa que hace tanto tiempo que lloro? Te lo confieso, prima, nunca vuelvo sin repugnancia los ojos á lo pasado; me humilla á punto de desalentarme, y tan sensible á la vergüenza soy, que no puedo aguantar su idea sin recaer en una especie de desesperacion. El tiempo que desde mi matrimonio ha corrido es el que necesito contemplar para cobrar ánimo, y me infunde mi estado actual una confianza de que quisieran privarme impertinentes memorias. Gusto de mantener en mi corazón afectos de honor que creo que en mi encuentro. La dignidad de esposa y madre enaltece mi alma, y me sustenta contra los remordimientos de otro estado. Cuando en torno de mí veo á mis hijos y á su padre, me parece que todo respira virtud, y destierran de mi espíritu hasta la idea de mis pasadas culpas. Es su inocencia el seguro de la mía; mas los quiero cuanto mejor me tornan, y he cobrado tanto horror á cuanto viola la honestidad, que apenas me creo la misma que otro tiempo pudo olvidarla. Me siento tan otra de lo que era, tan cierta de lo que soy, que está en poco que mire lo que tengo que decir como una confesion agra

de mí, y que no tengo obligación de hacer.

Este es el estado de incertidumbre y ansia en que sin cesar fluctúo durante tu ausencia. ¿Sabes lo que va á suceder con esto un día? Mi padre se va á marchar dentro de poco á Berna, resuelto á no volver hasta ver el fin del porfiado pleyto en que no quiere dejarnos enredados, y por otra parte no fiándose mucho, segun yo creo, en nuestro fervor en seguirle. En el intervalo de su partida á su regreso me quedaré sola con mi marido, y conozco que ha de ser casi imposible que no salga de mí el secreto fatal. Cuando hay gentes sabes que acostumbra el señor de Wolmar dejar la compañía, y pasearse solo por las inmediaciones, hablando con los labradores, informándose de su situacion, examinando el estado de sus tierras, y ayudándolos, cuando lo necesitan, con su dinero y sus consejos. Pero cuando estamos solos siempre se pasea conmigo, deja pocas veces á su muger y á sus hijos, y toma parte en sus juguecillos con sencillez tan amable, que me inspira entónces mas ternura que de ordinario. Estos instantes de ternura eso mas son peligrosos para la reserva, que el mismo me proporciona ocasiones para faltar á ella, y que

cien veces me ha dicho cosas que al parecer excitaban mi confianza. Bien veo que tarde ó temprano será menester manifestarle mi corazón; pero una vez que quieres tú que sea de acuerdo entre las dos, y con todas las precauciones que autoriza la prudencia, vuelve, y haz ausencias ménos largas, ó de nada salgo fiadora.

Dulce amiga mía, es preciso concluir; y lo que me queda importa tanto que es lo que mas decir me cuesta. No solo eres necesaria para mí cuando estoy con mis hijos y con mi marido, sino mas cuando estoy sola con tu pobre Julia, y es peligrosa para mí la soledad justamente porque me agrada, y muchas veces sin pensar la busco: no porque se sienta mi corazón de sus antiguas heridas; no, que está sano, lo sé y estoy cierta de ello, y me atrevo á creermé virtuosa. No es el tiempo presente el que temo, el pasado es el que me atormenta. Memorias hay tan terribles como el afecto actual; se enternece una por reminiscencia, se avergüenza de sentir que llora, y llora mas todavía. Son lágrimas de piedad, de desconsuelo, de arrepentimiento; no tiene en ellas parte el amor; pero lloro los males que ha causado, lloro la

suerte de un hombre estimable que fuegos á que dimos un pábulo imprudente han privado de sosiego y acaso de la vida. Ay! sin duda ha perecido en el peligroso y dilatado viage que le hizo emprender su desesperacion. Si viviese nos habria dado noticias suyas del cabo del mundo; ya han corrido cerca de quatro años desde su partida. Dicen que ha padecido la escuadra en que iba mil desastres, que ha perdido las tres cuartas partes de su tripulacion, que se han ido á pique varios navios, y que no se sabe que se han hecho los otros. Ya no es vivo; y no es vivo; un anuncio secreto me lo asegura. No habrá tenido el desventurado mejor suerte que tantos de sus compañeros, y habrán acertado sus dias la mar, las enfermedades, y la tristeza aún mas cruel. Así se apaga todo cuanto brilla un instante sobre la tierra. Faltábale á los tormentos de mi conciencia tener que acusarme de la muerte de un hombre de bien. ¡Ha, querida, que alma la suya!... ¡como sabia amar!... Merecia vivir... Habrá presentado ante el supremo Juez un alma frágil, pero sana y amante de la virtud... En balde me esfuerzo á espeler tan tristes ideas, cada instante se me representan contra mi voluntad. Para desterrarlas ó regu-

lirlas necesita de tus cuidados tu amiga, y no pudiendo olvidar á este malhadado, mas quiero hablar de él contigo que pensar en él cuando estoy sola.

Mira cuantas razones aumentan la continua necesidad que de que estés conmigo tengo. Mas virtuosa tú y mas feliz, si no tienes las mismas, ¿no sientes en tu corazon la misma necesidad? Si es cierto que no quieres volverte á casar, hallándote tan poco satisfecha con tu familia, ¿que casa te puede conyenir mas bien que esta? Yo por mi padezcó mucho con pensar que estás en la tuya, porque no obstante tu disímulo sé como en ella vives, y no me engaña el tono de bulla y alegría que vienes á afectar á Clarens. De muchos defectos me has reprendido en tu vida; pero yo te tengo que reprender por uno muy grave, y es que siempre tu dolor es concentrado y solitario. Te escondes para afligirte, como si te sonrojases de llorar en presencia de tu amiga. Clara, eso no me gusta. Yo no soy injusta como tú, no repruebo tu sentimiento; ni quiero que al cabo de dos años, de diez, ni de toda tu vida ceses de honrar la memoria de tan tierno esposo, pero si repruebo que despues de haber pasado tus años mas lozanos llorando

por tu Julia, la prives de la dulzura de llorar contigo y lavar con lágrimas mas dignas la ignominia de las que vertió en tu seno. Si te da pena el afligirte, ha! no conoces la verdadera alliccion. Si en ellas sientes una especie de gusto, ¿porqué no quieres que sea yo partícipe? ¿no sabes que imprime la comunicacion de dos corazones en la tristeza un no sé que dulce y afectuoso que no tiene el contento? ¿y no fué dada la amistad especialmente á los desventurados para alivio de sus males y consuelo en sus penas?

Razones son estas, querida, que debias tú considerar, y has de añadir á ellas que cuando te propóngo que te vengas á vivir conmigo, no ménos te hablo en nombre de mi marido que en el mio. Muchas veces me ha parecido que estrañaba, y que casi te escandalizaba que no habitáramos juntas dos amigas como nosotras; afirma que te lo ha dicho á ti propia, y no es hombre que habla á bulto. No sé á que te resolverás en fuerza de mis representaciones, y espero que hagas lo que te pido. Sea como fuere yo he tomado mi resolucíon, y no la mudaré. No me he olvidado de cuando me querias seguir á Inglaterra. Incomparable amiga, ahora es

mi vez. Sabes mi aversion á la ciudad, mi aficion al campo, á las faenas rústicas y el afecto que tres años de mansion en mi casa de Clarens han hecho que le coja. Tampoco ignoras lo enredosa que es una mudanza con toda una familia, y que fuera abusar de la complacencia de mi padre trasplantarle tantas veces. Pues bien si no quieress abandonar tu casa y venir á gobernar la mia, estoy resuelta á tomar una en Lausana donde todos iremos á vivir contigo. Componte como quierass; todo lo pide así; mi corazon, mi obligacion, mi felicidad, la conservacion de mi honor, el cobro de mi razon, mi estado, mi marido, mis hijos, yo propia, todo lo debo á tí; todo el bien que poseo me viene de tí, nada veo que no me lleve á tí, y nada soy sin tí. Ven ya, amada mia, ángel tutelar mio, ven á conservar tu obra, ven á disfrutar de tus beneficios. No tengamos mas que una familia, como no tenemos mas que una alma para quererla; tú cuidarás de la educacion de mis hijos, yo vigilaré sobre la de tu hija; nos partiremos las obligaciones de madre, y doblaremos las satisfacciones. Alzaremos juntas nuestros corazones á aquel que por tu esmero purificó el mio, y no quedándonos nada que

descar en este mundo, en el seno de la inocencia y la amistad aguardaremos en paz la vida venidera.

CARTA 2^a.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE WOLMAR.

¡Dios mio, prima, cuanto gusto me ha dado tu carta! ¡Preciosa predicadora!... preciosa de veras, pero predicadora,... ¡perorando con una elocuencia! Obras? de eso no se trate. El arquitecto ateniense,... aquel elocuente hablador,... ya sabes cual,... en tu Plutarco viejo... ¡Pomposas descripciones, soberbio templo!... Cuando todo lo hubo dicho, viene el otro, un hombre llano, el andar grave, el hablar sencillo, pausado,... como si dijéramos tu prima Clara,... con una voz hueca, ronca, y un si es no es gangosa... *Lo que ese ha dicho yo lo haré.* Calla, y palmadas que hundian la plaza. A Dios el personage de frages: hija mia, nosotros somos los dos arquitectos, y el templo de que se trata el de la amistad.

Resumamos un poco las cosas tan hermosas que me dices. Primero que nos queríamos, y luego que me necesitabas tú, y luego que también te necesitaba yo, y luego que siendo libres para pasar la vida juntas era menester pasarla. ¡Y todo eso lo has discurrido solita! sin lisonja eres persona elocuente. Bien está; pues ahora te diré yo lo que hacia mientras tú meditabas tú sublime misiva, y despues tu misma juzgarás que vale mas, si lo que tú dices ó lo que yo hago.

Apénas hube perdido á mi marido cuando llenaste tú el hueco que habia él dejado en mi corazon. Cuando vivo partia contigo todos mis afectos; luego que murió fui de ti sola, y como tú notas sobre la concordia de la terneza maternal y la amistad, mi propia hija era entre nosotras un vínculo nuevo. No solo me resolví desde entónces á pasar contigo lo restante de mi vida, sino que formé un plan mas vasto. Para que nuestras dos familias no formaran mas que una, me propuse, suponiendo que se conviniieran uno á otro, unir á mi hija un dia con tu hijo mayor, y el nombre de marido que en chanza le llamábamos me pareció de feliz agüero para que un dia lo fuera de veras.

Con este designio procuré primero remover las dificultades de una sucesion enredada, y encontrándome con caudal suficiente para sacrificar una parte á la liquidacion de lo restante, solamente pensé en convertir el de mi hija en efectos seguros y al abrigo de pleytos. Tú sabes que soy antojadiza en muchas cosas, mi mania era cogerte cuando ménos lo pensases. Se me habia puesto en la cabeza entrar una mañana á deshora en tu cuarto llevando de una mano á mi niña, y en la otra una cartera, y presentarte una y otra con un soberbio discurso, depositando en tus manos la madre, la hija, y el caudal, quiere decir la dote de esta. Gobernala, queria decirte, como á los intereses de tu hijo convenga, allá os las hayais; yo por mi no me meto mas en nada.

Ocupada en esta grata idea, fué menester hablar con alguno para ponerla en ejecucion. Adixina ahora á quien fui á escoger por confidente. A un tal señor de Wolmar: ¿no le conoces?... ¡A mi marido, prima! A tu marido, prima. Ese mismo hombre á quien tanto te cuesta callar un secreto que le importa no saber, es el que ha sabido callarte uno que tan gustoso te hubiera sido saber. Este era el ver-

dadero motivo de todas las misteriosas conversaciones por las que tan chistosa baya nos dabas. Ya veo que disimulados son estos maridos. ¿No es cosa bien graciosa que sean ellos los que de disimulo nos tachen? Mas todavía exigía del tuyo. Bien veía que premeditabas el mismo proyecto que yo; pero más en lo hondo del corazón y como aquella que solo á proporcion que se entrega á ellos exala sus afectos. Para que te fuese mas grata la no esperada nueva quería que cuando propusieses nuestra reunion á tu marido pareciese que no aprobaba tu idea, y que se mostrase algo remiso en consentir en ella. Acerca de esto me dió una respuesta que tengo muy presente, y que debes tú tambien tener, porque dudo que desde que hay maridos en el mundo haya dado ninguno otra semejante. Fué esta: «primita, conozco á Julia, bien la conozco, mejor acaso de lo que ella cree. Es sobrado honrado su corazón para que deba uno resistir nada de cuanto ella desea, y sobrado sensible para poderlo hacer sin afiligrarla. En cinco años que hace que vivimos unidos, creo que no ha tenido por mí el menor sentimiento, y espero morir sin darle ninguno. Piénsalo bien, prima, ese es el

marido cuyo sosiego estás siempre proyectando turbar con tu imprudencia.

Yo por mí fui ménos escrupulosa, ó tuve mas confianza en tu natural dulzura, y con tanto esmero di otro giro á las conversaciones que tantas veces te inspiraba tu corazón, que no pudiendo achacar tibieza contigo al mío, te figuraste que premeditaba segundas nupcias, y que te amaba sobre todas las cosas, ménos un marido. Porque, mira, pobre chica, no hay en ti un movimiento secreto que yo no descubra: te adivino, te penetro, calo hasta lo mas hondo de tu alma, y por eso te he adorado siempre. Esta sospecha que por fortuna así te engañaba me pareció excelente para fortificarla, y me puse á hacer papel de viuda amiga de galanteos con tanta propiedad que tú misma te clavaste, porque para representarle ménos me falta talento que inclinacion. Tomé con arte el estilo chusco que no me cae tan mal, y con el cual me he divertido mas de una vez en hacer burla de barbilampiños presumidos. Tú te tragaste el anzuelo y te figuraste que iba á dar sucesor al hombre del mundo que mas difícil era reemplazar. Pero soy muy ingenua para poder fingir mucho tiempo, y en breve te

desengañaste. No obstante quiero tranquilizarte mas todavía explicándote mi sentir acerca de la materia.

Cien veces te lo he dicho siendo soltera; yo no era buena para casada. Si de mí hubiera pendido, no me habria casado; pero nuestro sexo solo con la esclavitud compra la libertad, y es preciso empezar por sirvienta para ser un dia árbitro de sí propia. Aunque no me incomodaba mi padre, tenia desazones en mi familia. Para zafarme de ellas me casé con el señor de Orbe, que fué tan hombre de bien, y me amó tan entrañablemente, que yo tambien le quise de veras. La experiencia me dió del matrimonio idea mas favorable de la que habia formado, y destruyó las impresiones que me habia dejado la Chaillot. Me hizo feliz el señor de Orbe, y no le di yo que sentir. Con otro cualquiera siempre hubiera desempeñado mis obligaciones, pero le habria hecho deses- perar, y veo que era menester un marido tan bueno como el que tuve para ser yo buena muger. ¿Te imaginas que de esto mismo me quejaba? Hija; nos queríamos mucho, y no estábamos alegres. Amistad ménos cordial hu- biera sido mas bulliciosa, y creo que ántes hu-

biera escogido vivir ménos satisfecha y poder reirme mas veces.

Con esto se juntaban los motivos particulares de susto que me daba tu situacion. No necesito acordarte los riesgos que te hizo correr una des- arreglada pasion, y que veia yo estremecida. Si solamente tu vida hubiera peligrado, acaso no me hubiera abandonado un resto de alegria; pero estaba mi alma penetrada de terror y tris- teza, y hasta que te vi casada no tuve rato de alegria sin acibar. Conociste tú mi quebrantó, le sentiste, y pudo mucho con tu buen ebrazon, y nunca cesaré de echar bendiciones á las ven- turosas lágrimas que acaso fueron causa de tu conversion al bien.

Así ha ido todo el tiempo que con mi marido he vivido. Contempla tú si desde que se le llevó Dios, podria esperar hallar otro qué tanto se- gun mi corazon fuese, y si tengo tentaciones de buscarle. No, prima, el matrimonio es es- tado muy grave; su dignidad no se compadece con mi genio, me entristece y me cae mal, sin hablar de qué todo lo que me coarta la libertad es para mí insufrible. Piensa tú que me cono- ces, que puede ser á mis ojos un vinculo en el cual en siete años no me he reido siete veces á

mi sabor. No quiero como tú echarla de matrona á veinte y ocho años. Creo que soy una viudita bastante graciosa, y bastante casadera todavía, y me parece que si fuera hombre no me parecería mala yo. Pero volverme á casar, prima! Escucha; muy de corazón lloró á mi pobre marido, y hubiera dado la mitad de mi vida por pasar con él la otra mitad; no obstante, si pudiera volver al mundo, creo que no volvería á ser su muger sino porque lo ha sido ya.

Acabo de manifestarte mis verdaderas intenciones, y si no obstante el zelo del señor de Wolmar todavía no he podido ponerlas en ejecución, consiste en que parece que crecen las dificultades con el mío en removerlas. Pero este podrá mas que ellas y ántes de acabarse el verano espero reunirme contigo para lo que me quede de vida.

Réstame ahora el justificarme de la acusacion de esconderte mis pesares, y de complacerme en llorar lejos de ti; no lo niego; en eso gasto el mejor tiempo que aquí paso. Nunca entro en mi casa sin encontrar vestigios de aquel que tan grata para mí la hacia. No doy un paso, ni miro un objeto sin reconocer alguna señal

de su cariño y la bondad de su corazón: ¿Y querrias que no se enterneciera el mío? Cuando estoy aquí solo siento lo que he perdido; cuando estoy junto á ti, solo veo lo que me ha quedado. ¿Es posible que me acrimines lo que en mi sensibilidad puedes? Si ausente de ti, lloro, y si junto á ti, me divierto, ¿de donde proviene esta diferencia? Ingratilla! de que tú me consuelas de todo, y de que no sé afligirme de nada cuando te poseo.

Muchas causas has dicho en favor de nuestra antigua amistad, pero no te perdono que te hayas olvidado de la que mas me honra, que es quererte, aunque me eclipsas. Julia mía, tú nacistes para reynar. El imperio mas absoluto que conozco yo es el tuyo, que se estiende hasta las voluntades, y yo mas que nadie lo experimento. ¿Como es esto, prima? Ambas amamos la virtud; para ámbas es igualmente preciosa la honestidad, nuestros conocimientos son los mismos; yo tengo casi tanto entendimiento como tú, y poco menos bonita soy. Todo eso lo sé muy bien, y no obstante todo eso me infundes cierto respecto, me sojuzgas, me aterra, tu genio ofusca el mío, y nada soy en tu presencia. Aun cuando vivias en una amis-

tad que te echabas en cara, y que no habiendo yo imitado tu yerro hubiera debido tomar ascendiente en ti, siempre le conservaste en mí. Tu flaqueza que desaprobaba yo casi me parecía virtud, y no podía ménos de admirarme en ti lo que en otra hubiera censurado. Finalmente aun en aquel tiempo nunca me llegaba á ti sin cierto involuntario movimiento de respeto, y es cierto que era necesario toda tu dulzura, y la intimidad de tu trato para hacerme tu amiga, y que naturalmente hubiera debido ser criada tuya. Descifra, si puedes, este enigma, que yo por mí no le entiendo. Aunque si tal, algo le entiendo, y aun creo que ya otra vez le he explicado; y es que vivifica tu corazón á todos los que á ti se acercan, y les comunica por decirlo así un nuevo ser del cual tienen que tributarle homenaje, porque sin él no le hubieran tenido. Yo te he hecho servicios importantes, lo confieso; y me lo acuerdas tantas veces que no es posible que lo eche en olvido. No lo niego; sin mi estabas perdida. ¿Pero que otra cosa hice que restituirte lo que de ti habia recibido? ¿es posible verte mucho tiempo sin sentir penetrada su alma de las perfecciones de la virtud, y la dulzura

de la amistad? ¿No sabes que todo cuanto á ti se acerca lo armas tú en defensa tuya, y que la única ventaja que yo saco á los demas es la de los guardas de Sesostris; el ser de tu edad y tu sexo, y el haberme criado contigo? Sea como fuere; Clara se consuela de que vale ménos que Julia con que sin Julia valdria todavía mucho ménos, y luego que si te he de decir la verdad, creo que necesitamos en grande manera una de otra, y que perderia mucho cada una de nosotras si la suerte la hubiera apartado de la otra.

Lo que mas en los negocios que me detienen aquí siento es el riesgo de que tu secreto salga á cada instante de tus labios. Considera por tu vida que lo que á guardarte te empeña es una razon sólida y valedera, y lo que á revelarle te persuade un afecto ciego. Hasta nuestras sospechas de que ese secreto no lo es para aquel á quien interesa son nueva razon para no declararse sin la mayor circunspeccion. Acaso es la reserva de tu marido ejemplo y lección para nosotras, porque en materias semejantes muchas veces es muy distinto lo que uno finge que ignora de lo que se le precisa á saber. Exijo de ti que esperes á que examinemos el

punto otra vez. Si tuviesen fundamento tus anuncios, y no fuese vivo tu deplorable amigo, el mejor partido que habria que tomar seria dejar con él sepultadas su historia y tus desdichas. Si, como yo espero, vive, puede ser distinto caso, pero todavía es necesario que este caso se presente. De cualquier modo, ¿crees que no debes deferencia ninguna á los últimos consejos de un desventurado cuyos males todos labraste tú?

Por lo que á los peligros de la soledad respecta comprendo y apruebo tus temores, aunque sé que son sin fundamento. Tus pasados yerros te tornan medrosa; que es el mejor agüero del estado actual, y serian menores tus temores, si tuvieras mas motivo de temer; pero no te puedo perdonar tus sustos acerca de la suerte de nuestro pobre amigo. Ahora que han variado de especie tus afectos cree que no le quiero yo menos que tú. Dos veces ha tenido milord Eduardo noticias tuyas, y la segunda me ha escrito que ya estaba en el mar del sur libre de los peligros de que hablas. Tú lo sabes tan bien como yo, y te afliges como si no lo supieses. Pero lo que ignoras, y es menester que sepas, es que el navio en que va

se ha avistado dos meses hace á la altura de las Canarias, navegando hacia Europa. Esto se lo escriben de Holanda á mi padre; y no se ha descuidado en participármelo, conforme á su loable costumbre de darme cuenta de los asuntos públicos con mucha mas exactitud que de los suyos. A mí me dice el corazon que no estarémos mucho tiempo sin recibir noticias de nuestro filósofo, y que serán perdidas tus lágrimas, á ménos que despues de haberle llorado por muerto llores porque está vivo. Pero á Dios gracias, ya no nos hallamos en ese caso.

¡Ha; si estuviera un poco aquí el cuitado,
Ya de llorar y de vivir cansado!

Esto es cuanto tenía que responderte. La que te ama te ofrece y participa la dulce esperanza de una reunion eterna. Ya ves que no has sido tú la única ni la primera que formó tal proyecto, y que está su ejecucion mas adelantada de lo que pensabas. Así ten paciencia por este verano todavía, mi dulce amiga, mas vale tardar en reunirse que tener que volverse á separar.

¿Con que, hermosa madama, he cumplido mi palabra, y es completo ó no el triunfo mío? Vamos hincarse de rodillas, besar con respeto

esta carta, y confesar con humildad que á lo ménos una vez en la vida cedió en amistad Julia de Wolmar (1).

CARTA 3^a.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

PRIMA mia, bienhechora mia, amiga mia, vengo de la extremidad de la tierra, y traygo lleno el corazon de Vms. Cuatro veces he atravesado la linea, he corrido ámbos hemisferios; he visto las cuatro partes del mundo, he puesto en medio de nosotros el diámetro del globo; he dado la vuelta al mundo entero, y no he podido ni un instante evitar á Vms. En

(1) Que feliz es esta buena Suiza en ser alegre, cuando lo es sin agudeza, sin finura, y sin arte! No sabe los afeytes que entre nosotros son necesarios para que se tolere el buen humor. Ignora que este no se ha de tener para sí, sino para los otros, y que nadie se rie por reirse, sino por recibir aplausos.

balde huye uno de lo que quiere; mas rauda su imagen que la mar y los vientos nos sigue al cabo del universo, y á todas partes adonde vamos va con nosotros lo que nos da vida. He padecido mucho, y he visto padecer mas. ¡Que de malhadados he visto morir. Ay! tanto como apreciaban la vida, y yo sobreviví á ellos!.... Acaso era yo efectivamente ménos digno de compasión que ellos, las miserias de mis compañeros las sentia mas que las mias, los veia enteramente ocupados en sus penas, y debian de padecer mas que yo. Yo decia: aquí estoy mal, pero un rincon hay en la tierra donde estoy feliz y tranquilo, y á orillas del lago de Ginebra me consolaba de cuanto en el Océano padecía. A mi arribo tengo la dicha de ver confirmadas mis esperanzas; mi lord Eduardo me informa de que disfrutaban Vms. ámbas salud y paz; y de que si Vm. ha perdido el dulce título de esposa le quedan los de amiga y madre que deben bastar para su felicidad.

Tengo sobrada prisa en enviar á Vm. esta carta para hacerle ahora una circunstanciada descripción de mi viage; espero hallar en breve otra ocasion mas cómoda. Aquí me ciño á darle á

esta carta, y confesar con humildad que á lo ménos una vez en la vida cedió en amistad Julia de Wolmar (1).

CARTA 3^a.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

PRIMA mia, bienhechora mia, amiga mia, vengo de la extremidad de la tierra, y traygo lleno el corazon de Vms. Cuatro veces he atravesado la linea, he corrido ámbos hemisferios; he visto las cuatro partes del mundo, he puesto en medio de nosotros el diámetro del globo; he dado la vuelta al mundo entero, y no he podido ni un instante evitar á Vms. En

(1) Que feliz es esta buena Suiza en ser alegre, cuando lo es sin agudeza, sin finura, y sin arte! No sabe los afeytes que entre nosotros son necesarios para que se tolere el buen humor. Ignora que este no se ha de tener para sí, sino para los otros, y que nadie se rie por reirse, sino por recibir aplausos.

balde huye uno de lo que quiere; mas rauda su imagen que la mar y los vientos nos sigue al cabo del universo, y á todas partes adonde vamos va con nosotros lo que nos da vida. He padecido mucho, y he visto padecer mas. ¡Que de malhadados he visto morir. Ay! tanto como apreciaban la vida, y yo sobreviví á ellos!.... Acaso era yo efectivamente ménos digno de compasión que ellos, las miserias de mis compañeros las sentia mas que las mias, los veia enteramente ocupados en sus penas, y debian de padecer mas que yo. Yo decia: aquí estoy mal, pero un rincon hay en la tierra donde estoy feliz y tranquilo, y á orillas del lago de Ginebra me consolaba de cuanto en el Océano padecía. A mi arribo tengo la dicha de ver confirmadas mis esperanzas; mi lord Eduardo me informa de que disfrutaban Vms. ámbas salud y paz; y de que si Vm. ha perdido el dulce título de esposa le quedan los de amiga y madre que deben bastar para su felicidad.

Tengo sobrada prisa en enviar á Vm. esta carta para hacerle ahora una circunstanciada descripción de mi viage; espero hallar en breve otra ocasion mas cómoda. Aquí me ciño á darle á

Vm. una sumaria idea, mas para excitar que para satisfacer su curiosidad. Cerca de cuatro años he gastado en la inmensa travesía de que acabo de hablar, y he vuelto en el mismo navio en que me habia embarcado, que es el único de la escuadra que haya traído el comandante.

He visto primero la América meridional, vasto continente que sujetó la carencia de hierro á los Europeos, y que han convertido estos en un desierto para afianzar su imperio. He visto las costas del Brasil, de donde sacan Londres y Lisboa sus tesoros, y cuyos miserables pueblos huellan á sus plantas los diamantes y el oro sin atreverse á poner mano en ellos. He atravesado con propieios vientos los tempestuosos mares que hay bajo el circulo antártico; he encontrado en el mar pácifico las mas horrendas tempestades:

Bajo ignorado polo, en mar dudoso

La onda arrostré falaz, y el viento aleva.

He visto desde lejos la mansion de los pretensos gigantes (1) que solo en esfuerzo son agigantados y cuya independencía mas la afianza su frugal y sencilla vida, que haría su alta

(1) Los Patagones.

estatura. He vivido tres meses en una hierna y deleytosa isla serena y encantada imágen de la antigua hermosura de la naturaleza, y que parece apartada al cabo del mundo para ser asilo de la inocencia y el amor perseguido; pero el codicioso europeo sigue su índole feroz estorbando que la habite el Indio pácifico, y se hace justicia en no habitarla él.

En las riberas de los reinos de Méjico y el Perú he visto el mismo espectáculo que en el Brasil, he visto á sus escasos y desventurados moradores, tristes reliquias de dos pueblos poderosos, abrumados con cadenas, oprobios y miseria en mitad de sus ricos metales, acusar llorando el Cielo de los tesoros de que los ha dotado. He visto el horroroso incendio de una ciudad entera sin defensores ni resistencia. Este es el derecho de la guerra en los pueblos instruidos, humanos y cultos de Europa; no se ciñen á hacer á sus enemigos todo el daño de que puede redundarles utilidad, sino que reputan beneficio todo el perjuicio que sin fruto le pueden hacer. He costeadado casi toda la parte occidental de la América, no sin quedar pasmado de admiracion al ver mil y quinientas lenguas de costas, y el mayor mar del mundo bajo

el imperio de una sola potencia, que tiene por decirlo así en su mano la llave de un hemisferio del globo.

Después de haber atravesado el Océano grande he hallado un nuevo espectáculo en el otro continente. He visto la mas populosa y mas celebre nacion del universo sujeta á un puñado de bandidos; he visto de cerca á este famoso pueblo, y no he estrañado que fuera esclavo. Tantas veces conquistado cuantas embestido, siempre fué presa del primero que se presentó y lo será hasta la consumacion de los siglos. Le he hallado digno de su suerte, sin valer siquiera para quejarse de ella. Letrado, cobarde, hipócrita, y embaidor, hablando mucho sin decir nada, lleno de agudeza sin ingenio ninguno, abundando en signos y estéril en ideas, cortes, cumplimentero, artero, astuto y bribon, ciniendo todas sus obligaciones á ceremonias, toda la moral á muecas, y no conociendo otra humanidad que salutations y reyerencias. He aportado á otra isla desierta ménos conocida y mas amena todavia que la primera, donde por el mas cruel azar faltó poco para que nos quedáramos confinados para siempre. Acaso fui yo el único á quien no asustó tan

dulce destierro. ¿No vivo en todas partes desterrado? En este sitio de terror y delicias vi cuanto puede ejecutar la industria humana para sacar al hombre civilizado de una soledad donde nada le hace falta, y volverle á sumir en un abismo de necesidades nuevas.

En el vasto Océano donde tan grato debia ser para los hombres el encontrar con otros hombres he visto dos navios grandes buscarse, encontrarse, embestirse, pelear con furia, como si hubiera sido muy reducido para cada uno de ellos este inmenso espacio. Los he visto vomitar uno contra otro yerro y llamas. He visto en un combate bastante corto la imagen del infierno, he visto los gritos de júbilo de los vencedores que cubrian los lamentos de los heridos y los gemidos de los que morian. Avergonzado he recibido mi parte de un botin inmenso; le he recibido, pero como un depósito, y si fué quitada á infelices, á otros infelices será restituida.

He visto la Europa trasladada al extremo del Africa por los afanes de un pueblo avaro, sufrido y laborioso, que con el tiempo y la constancia ha vencido dificultades que nunca pudo vencer el heroismo de los demas pueblos. He visto los vastos y desventurados paises que solo

á cubrir la tierra de rebaños de esclavos parecen destinados. A su vil aspecto he apartado los ojos con desden, con horror y lástima, y viendo la cuarta parte de mis semejantes convertida en animales para el servicio he gemido de ser hombre.

Finalmente en mis compañeros de viage he visto un pueblo intrépido y altivo, cuyo exemplo y libertad restablecian á mi vista el honor de la especie humana, á quien nada importan el dolor ni la muerte, y que solo la hambre y el fastidio en el mundo teme. En su caudillo he visto un capitan, un soldado, un piloto, un sabio, un grande hombre y por decir acaso mas aun el digno amigo de Eduardo Bomston; pero lo que en el mundo entero no he visto es uno que á Clara de Orbe ó á Julia de Etange se parezca, y pueda consolar de haberlas perdido un corazon que supo amarlas.

¿ Como he de hablar á Vm. de mi curacion? De Vm. es de quien puedo saber si estoy sano. ¿ Vuelvo mas libre, y con mas juicio que me fui? Me atrevo á creerlo así y no puedo afirmarlo. En mi corazon reyna siempre la misma imágen, y Vm. sabe si es posible que se borre; pero es mas digno de ella su imperio, y si no es

ilusion mia reyna en este desventurado corazon como en el de Vm. Si, prima, me parece que me ha sojuzgado su virtud, que soy con relacion á ella el mejor y mas tierno amigo que haber puede, que no hago mas que adorarla como Vm. propia la adora, ó mas bien me parece que mis afectos sin debilitarse se han rectificado, y examinándome con el mayor escrúpulo los hallo tan acendrados como el objeto que los inspira. ¿ Que mas puedo decir á Vm. hasta la prueba que me enseñe á juzgar de mí? Soy sincero y verídico; quiero ser lo que debo: ¿ pero como he de responder de mi corazon con tantas razones para desconfiar de él? ¿ soy acaso árbitro de lo pasado? ¿ puedo estorbar que otro tiempo me hayan abrasado mil fuegos? ¿ como con sola la imaginacion distinguiré lo que es de lo que fué? ¿ y como me representaré amiga la que siempre ví amante? Piense Vm. lo que quisiere del motivo escondido de mi anhelo, este es decente y racional, y merece la probacion de Vm. De antemano respondo á lo ménos de mis intenciones. Permítame Vm. que la vea, y examineme por sí misma, ó déjeme ver á Julia, y sabré lo que soy.

Tengo que acompañar á Italia á milord

Eduardo y que pasar por cerca de Vm., ¡y no la habia de ver! ¿Piensa Vm. que fuese eso posible? Ha: si tuviese Vm. la inhumanidad de exigirle mereceria no ser obedecida. ¿Pero porqué lo ha de exigir Vm.? ¿no es aquella misma Clara tan buena y compasiva como virtuosa y prudente que se dignó amarme desde su mas tierna edad, y que hoy que todo se lo debo me amará mas aun sin duda (1)? No, no, querida y preciosa amiga, prohibicion tan cruda no puede salir de Vm., ni ser para mi; no vendrá á llevar al último ápice mi desventura. Otra vez, otra vez en mi vida pondré mi corazon á las plantas de Vm. La veré á Vm. con su permiso; la veré á ella con el suyo. Vms. sobrado bien saben ámbas el respeto que á ella le profeso, y saben si soy capaz de presentarme á su vista, si me creyera indigno de ponerme en su presencia. ¡Tanto tiempo ha llorado el efecto de su hermosura! ha; contemple una vez el de su virtud.

(1) ¿Que tanto le debe á ella que ha causado las desdichas de su vida? ¡Desventurado preguntador! le debe el honor, la virtud, el sosiego de su amada; se lo debe todo.

P. D. Milord Eduardo se detendrá aquí algun tiempo por asuntos; si me permiten Vms. que las vaya á ver, ¿porqué no he de adelantarme para estar ántes con Vms.?

CARTA 4ª.

DEL SEÑOR DE WOLMAR AL AMANTE DE JULIA.

AUNQUE todavía no nos conozcamos, tengo encargo de escribir á Vm. La mas virtuosa y la mas amada de las mugeres acaba de descubrir su pecho á su feliz esposo. Este cree á Vm. digno de que ella le haya amado, y le brinda con su casa. La inocencia y la paz reynan en ella; hallará Vm. hospitalidad, amistad, estimacion y confianza: consulte su corazon, y si nada halla que le asuste, venga sin recelo. No se irá Vm. de aquí sin dejar un amigo.

WOLMAR.

P. D. Venga Vm., amigo mio, que le esperamos con ansia. No tendré el sentimiento de hacerle un desayre.

JULIA.

CARTA 5.^a

DE LA SEÑORA DE ORBE AL AMANTE DE
JULIA.

(En esta iba inclusa la anterior).

BIEN venido; cien veces bien venido, amado San Preux, porque quiero yo que le quede á Vm. este nombre (1), á lo ménos en nuestra sociedad, que es, creo, decirle claro que no queremos escluirle de ella, á ménos que nazca la esclusion de Vm. Cuando vea por la adjunta que he hecho mucho mas de lo que me pedia Vm. aprenderá á poner alguna vez mas confianza en sus amigos, y á no achacar al corazon de ellos pesares en que participan cuando les fuerza la razon á dárselos á Vm. El señor de Wolmar quiere ver á Vm. y le brinda con su casa, su amistad y sus consejos; no era me-

(1) Nombre que le dió Clara delante de la familia cuando su viage anterior. Véase la tercera parte, carta 14.^a

nester tanto para calmar todos mis temores acerca de su viage, y me ofenderia á mi propia, si pudiera desconfiar de Vm. un instante. Mas hace, quiere sanar á Vm., y dice que sin eso ni Julia, ni él, ni Vm., ni yo podemos ser completamente felices. Aunque espero mucho de la sabiduría de él y mas de la virtud de Vm., ignoro cual será el éxito de esta empresa. Lo que si sé es que con la muger que tiene el cuidado que quiere tomarse es pura generosidad en beneficio de Vm.

Venga Vm., amable amigo mio, con la confianza de un corazon honrado á contentar el anhelo que todos tenemos de abrazarle y verle satisfecho y tranquilo; venga á su pais y con sus amigos á descansar de sus viages y olvidarse de todos los males que ha padecido. La vez postrera que Vm. me vió era yo una grave matrona, y estaba mi amiga muriéndose; pero ahora que está ella buena, y que yo estoy otra vez soltera, me encontrará Vm. tan loca, y casi tan bonita como ántes de mi casamiento. A lo ménos lo que es cierto es que para con Vm. no he mudado, y que daría cien veces la vuelta del mundo ántes de hallar otra persona que le quiera como yo.

CARTA 6ª.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

A mitad de la noche me levanto para escribir á Vm. : no puedo hallar un instante de sosiego. Agitado, arrebatado mi corazón no puede contenerse dentro del pecho; necesita rebosar fuera. Vm. que tantas veces de la desesperacion le ha preservado sea depositario de los primeros contentos que de mucho tiempo acá ha disfrutado.

La he visto, Milord, la han visto mis ojos. He oído su voz; sus manos han tocado las mías; me ha conocido; ha manifestado gozo en verme; me ha llamado su amigo, su querido amigo; me ha admitido en su casa; mas feliz que en mi vida he sido, estoy alojado con ella bajo un mismo techo, y ahora que escribo estoy treinta pasos de ella.

Son mis ideas muy vehementes para seguirse unas á otras; se me presentan todas de tropel y se estorban recíprocamente. Voy á detenerme

y cobrar aliento para procurar que haya orden en mi narracion.

Después de tan dilatada ausencia apenas me habia entregado cerca de Vm. á los primeros rebatos de mi corazón, abrasando á mi amigo, mi libertador y mi padre, cuando pensó Vm. en el viage de Italia, y me le hizo desear con la esperanza de que me aliviaria de la carga de mi inutilidad para Vm. No pudiendo despachar tan breve los asuntos que en Lóndres le detenan, me propuso Vm. que me partiera primero para tener mas lugar de aguardarle aquí. Pedí permiso para venir, le alcancé, me partí de ahí, y aunque de antemano se presentaba Julia á mi vista, pensando que iba á verme con ella, todavía le dejé á Vm. con sentimiento. Milord, desquitados estamos, este sentimiento solo se lo ha pagado á Vm. todo.

Escuso de decir que en todo el camino solo con el objeto de mi viage venia preocupado; pero una cosa notable fué que empecé á ver bajo otro punto de vista este mismo objeto que nunca de mi corazón habia salido. Hasta entónces solo me habia retratado á Julia brillante como otro tiempo con la hermosura de la primera flor de juventud, siempre habia visto sus bellos ojos

animados con el fuego que me inspiraba; sus caros lineamentos solo fianza de mi ventura presentaban á mi vista; y de tal manera se confundian con su cara su amor y el mio, que no podia separarlos. Ahora iba á ver á Julia casada, á Julia madre, á Julia indiferente. Me asustaban las vicisitudes que en ocho años de intervalo podian haber ocurrido á su beldad. Había tenido viruelas, estaba demudada, ¿hasta que punto lo estaba? Mi imaginacion se resistia porfiadamente á ver hoyos en esta preciosa cara, y así que veía uno con señales de viruelas ya no era el de Julia. También pensaba en la conferencia que íbamos á tener, y en el recibimiento que me haría. Esta primer visita se retrataba á mi espíritu con mil colores distintos, y un instante que tan presto debía pasarse me ocurría mil veces cada día.

Quando ví la cima de los montes me latía el corazón con fuerza, al decirme allí está. Lo propio me acababa de suceder en la mar al avistar las costas de Europa: lo propio me había sucedido en Meillerie quando descubrí la casa del baron de Etange. Siempre está para mí dividido el mundo en dos regiones: una donde ella está, y otra donde no está, aquella se

dilata quando me alejo yo, y se acorta á proporcion que me acerco como un parage adonde nunca he de llegar; ahora está ceñida á las paredes de su cuarto. Ay! solo este sitio está habitado, y hiermo todo lo demas del universo.

Cuanto mas á la Suiza me acercaba, mas emocion sentía. El instante que desde las eminencias del Jura descubrí el lago de Ginebra fué un instante de raptó extático. La vista de mi país, de este país tan amado donde torrentes de deleites habían inundado mi corazón; el ayre de los Alpes tan saludable y puro; el dulce ayre de la patria mas suave que los aromas del oriente, esta tierna fértil y rica, este paysage único, el mas hermoso que han visto los humanos ojos; esta deliciosa mansion que no había visto su igual en la vuelta del mundo, el aspecto de un pueblo libre y feliz, lo templado de la estación, la serenidad del clima, mil deliciosas memorias que despertaban todos los afectos que había sentido; todo esto me causaba rebatos que no puedo describir, y parecía que me restituía de consumo el gozo de mi vida entera.

Quando bajé hácia la costa sentí una nueva impresion de que no tenía idea ninguna, y era

cierto movimiento de susto que me apremiaba el corazon, y me turbaba contra mi voluntad. Este susto, cuya causa no podía distinguir, iba creciendo á medido que me acercaba á la ciudad, disminuía mi ansia de llegar, y tales progresos hizo finalmente que no me inquietaba ménos mi priesa, que hasta allí me habia inquietado mi lentitud. Cuando entré en Vevey nada ménos fué que grata la sensacion que esperiménté; me embargó una violenta palpitacion que no me dejaba resollar, y hablaba con alterada y trémula voz. Apénas me pude dar á entender cuando pregunté por el señor de Wolmar, porque nunca me atrevi á nombrar á su muger. Me dijeron que residia en Clarens. Esta nueva me quitó del corazon un peso de quinientas libras; y tomando como una moratoria las dos leguas que por andar me quedaban me alegré de lo que en otra ocasion me habria desconsolado; pero supe con mucha pesadumbre que estaba en Lausana la señora de Orbe. Entré en una posada para cobrar las fuerzas que me faltaban; y no me fué posible tragar un bocado; me ahogaba la bebida; y para apurar un vaso tuve que llevarle veinte veces á la boca. Doblóse mi terror cuando ví que ponian los caballos

para marchar. Creo que hubiera dado cuanto tiene el mundo porque se hubiera roto una rueda en el camino. Ya no veia á Julia; turbada mi imaginacion solo una confusion de objetos me presentaba, y se hallaba mi alma en un motin universal. Conozco la desesperacion y el dolor, y los hubiera preferido á este horrible estado. Finalmente puedo decir que no he sufrido en mi vida mas cruel agitacion que aquella en que me hallé durante esta corta travesía, y estoy convenido de que no hubiera podido aguantarla un dia entero.

Cuando llegué hice parar á la verja, y sintiéndome incapaz de dar un paso, mandé al postillon que dijera que un forastero queria hablar con el señor de Wolmar. Estaba en paseo con su muger. Los avisaron, y vinieron por otro lado, mientras que yo los ojos clavados en el zaguan aguardaba con mortales zozobras que saliese alguno.

Apénas me hubo visto Julia cuando me conocí. Al punto verme, dar un grito, correr, lanzarse en mis brazos, todo fué una cosa. Al oir este son de voz me da un vuelco el corazon; doy una vuelta, la veo, la siento. ¡O Milord! ó amigo mio!... no puedo hablar... A Dios

sustos; á Dios terror, espanto, respetos humanos. Su mirar, su grito, su semblante me vuelven en un momento confianza, valor y fuerzas. En sus brazos cobro calor y vida; bulle en mí el gozo al apretarlas en los mios. Un sagrado raptó nos tiene en largo silencio estrechamente abrazados, y hasta pasado tan dulce embargo no empezaron á confundirse nuestras voces, ni á mezclar nuestros ojos sus llantos. Allí estaba el señor de Wolmar; yo lo sabía y lo veía; pero que hubiera podido ver? No; aun cuando se hubiera conjurado contra mí el universo entero, cuando me hubiera cercado el aparato de torturas, no hubiera privado mi corazón del menor de sus cariños; tiernas primicias de una santa y pura amistad que llevaremos al Cielo.

Suspendido este impetu primero, me cogió de la mano la señora de Wolmar, y volviéndose á su marido le dijo con cierta gracia de inocencia y candor que me dejó pasmado. Aunque es mi amigo antiguo, no te le presento que le recibo de ti, y solo en cuanto le honres tú con tu amistad le dispensaré yo de hoy mas la mia. Si los amigos nuevos son menos expresivos que los antiguos, me dijo él dándome un abrazo,

tambien serán aquellos antiguos un día, y no cederán á los otros en cariño. Recibi su abrazo, pero mi corazón estaba exhausto, y no hice mas que recibirle sin volverle.

Pasada esta corta escena noté mirando al soslayo que habian bajado mi cofre, y metido mi berlina en la cochera. Julia me agarró del brazo, y me fui á su casa con ambos, casi sin aliento con el gozo de ver que se apoderaban de mí.

Entónces contemplando mas despacio este adorado rostro que creia yo afeado, vi con amarga y dulce extrañeza que realmente está mas hermosa y mas brillante que nunca. Sus preciosas facciones se han formado mejor aun; está algo mas gruesa con lo cual no ha hecho otra cosa que aumentar su tersa blancura. Las viruelas solo han dejado en sus mejillas algunos ligeros vestigios casi imperceptibles. En vez de aquel pudor sufrido que en otro tiempo le hacia bajar sin cesar los ojos, se ve la serenidad de la virtud que en su casto mirar con la dulzura y la sensibilidad va unida; su expresion no menos modesta es menos tímida; un estilo mas libre y mas francas gracias han sustituido aquellos modales sin desparpajo, mezcla de

amor y vergüenza; y si la tornaba entónces la conciencia de su culpa mas afectuosa, hoy la de su pureza la torna mas celestial.

Apénas estuvimos en el salon, cuando se salió y volvió á entrar de allí á un instante. No venia sola. ¿A quien piensa, Milord, que traia consigo? A sus hijos, á sus dos hijos mas hermosos que el sol, y que ya en su tierna fisonomia, la gracia y el atractivo de su madre descubrian. Cual me paré á este aspecto, ni puede decirse ni comprenderse; es menester sentirlo. Me embatieron juntos mil contrarios movimientos, y se dividió mi corazon entre mil crueles y deliciosas memorias. ¡O espectáculo, ó dolor! Me sentia desgarrado de tormentos y arrebatado del gozo. Veia, por decirlo así, multiplicada la que tanto quise. Ay! al mismo tiempo veia la prueba viviente de que ya nada era para mí, y parecia que con ella se multiplicaban mis pérdidas.

Me los trajo de la mano. Tenga Vm., me dijo con un tono que me traspasó el alma, esos son los hijos de su amiga, que un dia serán sus amigos; séalo Vm. suyo desde hoy. Al punto las dos criaturitas vinieron corriendo á mí, y haciéndome á porfia inocentes carinos convir-

tieron toda mi emocion en ternura. Los cogí en brazos á uno y á otro, y apretándolos con mi agitado corazon: queridos y amables niños, dige, exalando un suspiro, grande es la obligacion que tendréis que desempeñar un dia. ¡Ojalá que os parezcáis á aquellos que os han dado la vida! ¡ojalá que imiteis sus virtudes; y con las vuestras seais un dia el consuelo de sus desventurados amigos! Encantada la señora de Wolmar se colgó segunda vez de mi cuello, y parecia que con sus cariños queria pagarme las que á sus dos hijos hacia. ¿Pero que diferencia de este abrazo al primero? Con extrañeza lo ví. Una madre de familias era la que abrazaba, la veia rodeada de sus hijos y su esposo, y me la hacia respetar este acompañamiento. En su rostro encontraba cierta expresion de dignidad que al principio no habia reparado; me sentia forzado á tributarle nueva especie de respeto, y casi era para mí gravosa su llaneza, y aunque muy hermosa me parecia, con mas gusto hubiera besado la orla de su vestido que sus mejillas; en una palabra, desde este punto conocí que ó ella ó yo no éramos los mismos, y empecé de veras á prometerme anuncios faustos.

Cogiéndome el señor de Wolmar por la mano

me llevó luego al aposento que para mí estaba destinado: este es, me dijo cuando entramos, el aposento de Vm., que no es el de un forastero, ni será de otro ninguno, y en adelante ó estará vacío, ó le habitará Vm. Inútil es decir si fué para mí grata esta oferta; pero no la merecia aun lo bastante para oirla sin confusión. El señor de Wolmar me libró de la dificultad de darle respuesta, y me convidó á dar una vuelta por el jardín. Tan bien lo hizo que me hallé mas á mi gusto, y tomando entónces el estilo de un hombre informado de mis antiguos errores, pero lleno de confianza en mi rectitud, me habló como un padre á un hijo, y á fuerza de estimación me quitó la facultad de desmentirla. No, Milord, no se ha equivocado; no me olvidaré nunca de que tengo que justificar la de Vm. y la suya. ¿Pero porqué sus beneficios dejan mi corazón comprimido? ¿porqué ha de ser marido de Julia un hombre acreedor á mi cariño?

Parecia que estaba destinado este día á todo cuanto género de pruebas se me podian ofrecer. Asi que volvimos al cuarto de la señora de Wolmar llamaron á su marido para no sé que negocio, y me quedé con ella solo.

Halléme entónces en nuevo empeño, el mas penoso y ménos esperado de todos. ¿Que le diria? ¿por donde empezaria? ¿seria osado á acordarle nuestro antiguo trato, y tiempos tan presentes á mi memoria? ¿le dejaria pensar que los habia echado en olvido, ó no me curaba ya de ellos? ¿Que suplicio tratar como estrana á la que en lo íntimo de nuestro corazón llevamos grabada! ¿que infamia abusar de la hospitalidad para decirle razones que ya ella no debe oír! Asi vacilante perdía todo el hilo de mis ideas; echaban fuego mis megillas, no me atrevia á hablar, ni á alzar los ojos, ni á hacer movimiento ninguno, y creo que habria permanecido en este violento estado, hasta la vuelta de su marido, si no me hubiera ella sacado de él. Parece que el haberse quedado á solas conmigo no la incomodó en nada. La misma afabilidad y los mismos modales conservó que ántes usaba; solamente creí que se probaba á estar mas alegre y mas libre, y que no era su mirar tímido ni tierno sino dulce y afectuoso, como para alentarme á cobrar ánimo y salir de un estado violento que no podia ella ménos de conocer.

Me habló de mis largos viages, queria que

le hiciese una circunstanciada descripción, sobre todo de los riesgos que había corrido, y los males que había sufrido, porque no ignoraba, decía, que debía resarcirnos su amistad: ¡Ha, Julia, le digo con tristeza, hace un instante que estoy con Vm., y quiere ya enviarme otra vez á las Indias! No, me dijo riéndose, yo soy quien quiero ir allá.

Le digo que le había dado á Vm. una relación de mi viaje cuya copia le traía. Entonces me preguntó con mucho ahínco por Vm. Hábléle de Vm., y no pude hacerlo sin pintarle los tormentos que yo había padecido, y los que le había á Vm. causado. Compadecióse mucho; y en tono mas serio empezó á entablar su justificación personal, y á demostrarme que había sido su obligación hacer todo cuanto había hecho. En mitad de su razonamiento entró el señor de Wolmar, y lo que me dejó pasmado fué que le siguió en su presencia cabalmente como si no hubiera estado allí. Este no pudo ménos de sonreirse conociendo mi pasmo. Así que ella hubo concluido, me dijo: sea Vm. un ejemplo de la ingenuidad que aquí reyna; si quiere ser con sinceridad virtuoso, aprenda á imitarla; este es mi único ruego, y la única lección que

tengo que darle. El primer paso hácia el vicio es gastar misterio en las acciones inocentes; quien gusta de esconderse tarde ó temprano se esconde con motivo. Un solo precepto de moral puede equivaler por todos, que es el siguiente: no hagas ni digas nunca cosa que no quisieras que todo el mundo la viese y la oyese; y yo por mí siempre he reputado por el mas estimable de los hombres á aquel Romano que queria que de tal modo estuviese construida su casa, que viesesen sus vecinos cuanto en ella se hacia.

Dos partidos, añadió, tengo que proponer á Vm.; escoja libremente el que mas le acomode, pero escoja uno ú otro. Cogiendo entonces la mano de su muger y la mia, me dijo apretándola: nuestra amistad empieza; este es su precioso vínculo; sea de hoy mas indisoluble. Abraza Vm. á su hermana y su amiga; trátela siempre como tal; cuanto mas intimidad tenga Vm. con ella, mejor pensaré de Vm.; pero viva cuando esté á solas con ella como si estuviera yo delante, ó en mi presencia como si yo no estuviese; eso es todo lo que le pido. Si prefiere Vm. el último partido, puede hacerlo sin reparo, porque, como no me reservo la facultad de advertirle de todo cuanto me dis-

guste, mientras que yo no diga nada esté Vm. seguro de que no me ha disgustado.

Dos horas antes me habria desasosegado mucho este razonamiento; pero tanta autoridad empezaba á grangearse conmigo el señor de Wolmar, que ya casi me acostumbraba á ella. Volvimos á anudar el roto hilo de la conversacion los tres, y como cada vez que yo hablaba con Julia le diese *señora*: hableme Vm. con claridad, me dijo, interrumpiéndome su marido, ¿en la conversacion de hace poco decia Vm. *señora*? No, le dije algo cortado; pero el bien parecer.... El bien parecer, replicó, es el disfraz del vicio, y es superfluo donde reyna la virtud; no le quiero. Llame Vm. á mi mujer Julia en mi presencia, ó *señora* á solas; para mí es indiferente. Entónces empecé á conocer con que hombre-las habia, y resolví mantener siempre mi corazon en estado de que pudiese ver sus mas recónditos dobleces.

Exhausto con la fatiga mi cuerpo tenia mucha necesidad de alimento, y de sosiego mi espíritu; en la mesa hallé uno y otro. Despues de tantos años de ausencia y pesares, despues de tan largos viages, decia en una especie de raptó, estoy con Julia, la veo, le hablo, estoy

á la mesa con ella, me ve sin recelo, me recibe sin temor; nada perturba la satisfaccion que de hallarnos juntos tenemos. ¡Dulce y preciosa inocencia; nunca habia gozado tus atractivos, y desde hoy solamente empiezo á existir sin padecer!

Al retirarme por la noche pasé por delante del cuarto de los amos de la casa, y los vi entrar juntos; yo me recogí apesarado en el mio, y no fué este instante el mas gustoso de este dia.

He dado á Vm., Milord, cuenta exacta de esta primera visita con tanto ardor deseada y tan cruelmente temida. He procurado meditar desde que estoy solo; me he esforzado á sondear mi corazon, pero dura todavía la agitacion del dia anterior, y no me es posible juzgar tan breve de mi verdadero estado. Todo lo que sé con la mayor certeza, es que si mis afectos á ella no han variado de especie, á lo ménos han variado mucho de forma, que siempre aspiro á ver un tercero entre nosotros, y que temo hallarme solo con ella tanto como ántes lo deseaba.

Destro de dos ó tres dias pienso ir á Lausana. Solo á medias he visto todavía á Julia, mientras no he visto á su prima; á esta amable y

amada amiga á quien tanto debo, que sin cesar partirá con Vm. mi amistad, mis cuidados, mi gratitud, y todos los afectos de que aun es árbitro mi corazón. De vuelta no tardaré en escribir á Vm. mas por extenso, porque necesito de sus consejos, y quiero observarme con atención. Sé mi obligación y la desempeñaré. Aunque tan grato sea para mí el habitar esta casa, estoy resuelto, y juro que si una vez conozco que cobro á ella mas apego de lo que es justo la abandonaré inmediatamente.

CARTA 7^a.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBÈ.

Si nos hubieras otorgado el plazo que te pedíamos, ántes de irte hubieras tenido el gusto de ver y abrazar á tu cliente, que llegó ántes de ayer y queria irte á ver hoy; pero una especie de curvatura, efecto de la fatiga y del viage, hace que no salga del cuarto, y se ha

sangrado esta mañana (1). Por otra parte, para castigarte estaba yo resuelta á no dejarle partir tan breve, y no tienes mas que hacer que venirle á ver aquí, ó te prometo que no le veas en mucho tiempo. Pues bien pensado estaria eso que viera ahora separadas á las inseparables.

De veras, prima, que no sé que vanos temores me habian obcecado el entendimiento acerca de este viage, y tengo vergüenza de haberme opuesto con tanto tesón á él. Cuanto mas miedo de verle tenia, mas sentimiento tendria hoy de no haberle visto, porque ha disipado su presencia los recelos que todavia me quedaban, y que podian llegar á ser legítimos á poder de ocuparme en él. Léjos de que me asuste el afecto que á él en mi siento, creo que desconfiaría mas de mí si le quisiera ménos; pero le amo tan tiernamente como ántes sin amarle del mismo modo. De la comparacion de lo que al verle experimento, y lo que ántes experimentaba saco lo seguro de mi estado actual, y en tan diversos afectos se hace sensible la diferencia en proporcion de su viveza.

(1) ¿Porqué sangrado? ¿es moda también en Suiza?

amada amiga á quien tanto debo, que sin cesar partirá con Vm. mi amistad, mis cuidados, mi gratitud, y todos los afectos de que aun es árbitro mi corazón. De vuelta no tardaré en escribir á Vm. mas por extenso, porque necesito de sus consejos, y quiero observarme con atención. Sé mi obligación y la desempeñaré. Aunque tan grato sea para mí el habitar esta casa, estoy resuelto, y juro que si una vez conozco que cobro á ella mas apego de lo que es justo la abandonaré inmediatamente.

~~~~~

CARTA 7<sup>a</sup>.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA  
DE ORBÈ.

Si nos hubieras otorgado el plazo que te pedíamos, ántes de irte hubieras tenido el gusto de ver y abrazar á tu cliente, que llegó ántes de ayer y queria irte á ver hoy; pero una especie de curvatura, efecto de la fatiga y del viage, hace que no salga del cuarto, y se ha

sangrado esta mañana (1). Por otra parte, para castigarte estaba yo resuelta á no dejarle partir tan breve, y no tienes mas que hacer que venirle á ver aquí, ó te prometo que no le veas en mucho tiempo. Pues bien pensado estaria eso que viera ahora separadas á las inseparables.

De veras, prima, que no sé que vanos temores me habian obcecado el entendimiento acerca de este viage, y tengo vergüenza de haberme opuesto con tanto tesón á él. Cuanto mas miedo de verle tenia, mas sentimiento tendria hoy de no haberle visto, porque ha disipado su presencia los recelos que todavia me quedaban, y que podian llegar á ser legítimos á poder de ocuparme en él. Léjos de que me asuste el afecto que á él en mi siento, creo que desconfiaría mas de mí si le quisiera ménos; pero le amo tan tiernamente como ántes sin amarle del mismo modo. De la comparacion de lo que al verle experimento, y lo que ántes experimentaba saco lo seguro de mi estado actual, y en tan diversos afectos se hace sensible la diferencia en proporcion de su viveza.

(1) ¿ Porqué sangrado? ¿ es moda también en Suiza?

Por lo que á él hace, aunque desde el primer instante le reconocí, hallo que ha mudado mucho, y (cosa que en otro tiempo no hubiera imaginado ser posible) en muchas cosas me parece que ha mejorado con la mudanza. El primer día dió algunas muestras de estar cortado, y yo con mucha dificultad le manifesté despejo; pero no tardó en volver al tono de entereza y el estilo franco que á su carácter son naturales. Siempre le habia visto tímido y medroso; el temor de disgustarme, y acaso la secreta vergüenza de un papel indigno de un hombre de bien le hacian tener en mi presencia cierta expresion baja y servil de que muchas veces te burlabas tú con razon. Ahora en vez de la sumision de un esclavo tiene el respeto de un amigo que sabe honrar lo que estima; dice sin recatarse razones de hombre de bien, no tiene miedo de que sean sus máximas de virtud opuestas á sus intereses; no teme perjudicarse ni afrentarme alabando las cosas loables; y en toda cuanto dice se deja sentir la confianza de un hombre recto y seguro de sí propio, que saca de su corazon la aprobacion que ántes de una mirada mia esperaba. También encuentro que le han quitado la experiencia y el trato de

la gente aquel tono dogmático y resolutivo que en el gabinete se adquiere; que juzga con ménos prontitud de los hombres desde que ha visto tantas excepciones, y que, generalmente hablando, le ha sanado el amor de la verdad del espíritu de sistema, de suerte que brilla ménos y es mas racional, y se instruye uno mucho mas con él desde que no sabe tanto.

También ha mudado su figura sin perder nada; se presenta con mas libertad, anda con mas soltura, y acciona con mas entereza, y ha traído de sus campañas cierto ayre marcial que eso mas bien le cae, que su gesticulacion presta y viva, cuando está animado, es mas pensada y grave que en otro tiempo. Es un marino que tiene fria y flemática la facha y el hablar impetuoso y ferviente. De mas de treinta años su semblante es el del hombre en su perfeccion, y con el fuego de la juventud junta la magestad de la edad madura. Su color no está conocido; negro como un Etiope, y además muy señalado de viruelas. Querida, si te lo he de decir todo; me da alguna pena el mirar estas señales, y muchas veces me cojo mirándolas sin querer.

Creo que he visto que si yo le examino, tambien con igual atencion me examina él. Despues de ausencia tan larga es cosa natural contemplarse reciprocamente con una especie de curiosidad; pero si parece que participa esta del anhelo antiguo, ¿que diferencia no ménos en el modo que en el motivo! Si se encuentran ménos veces nuestras miradas nos miramos con mas libertad. Parece que media entre los dos un convenio tácito para contemplarnos alternativamente. El uno siente, por decirlo así, cuando es la vez del otro, y desvia los ojos entónces. ¿Es posible volver á ver sin gusto aunque ya no haya emocion, lo que tan tiernamente en otro tiempo quisimos, y lo que con tanta pureza hoy amamos? ¿quien sabe si no procura el amor propio justificar los pasados errores? ¿quien sabe si cada uno de los dos cuando deja de cegarle la pasion, no se complace aun en decir: no habia yo escogido tan mal? Sea como fuere, te lo repito sin vergüenza; le conservo los mas dulces afectos que durarán tanto como mi vida. Léjos de echármelos en cara me complace en ellos, y me sonrojaria de no sentirlos, como de un vicio de índole y una prueba de mal corazon. En cuanto á él, creo que despues de la

virtud lo que mas quiere en el mundo soy yo. Conozco que está ufano de mi estimacion; yo tambien lo estoy de la suya, y mereceré conservarla. Ha; si vieras con que terneza halaga á mis hijos, si supieras cuanto gusto siente en hablar de ti, prima, conocerias que todavia me quiere.

Lo que dobla mi confianza en la opinion que ambas de él tenemos, es que coincide con ella la del señor de Wolmar, y que desde que le ha visto piensa de él todo el bien que nosotras le habíamos dicho. Estas dos noches pasadas me ha hablado mucho de él, dándose el parabien por su determinacion, y á si propio, le enseñaremos á que haga mas aprecio de su propia virtud, y acaso un dia disfrutaremos con mas utilidad de lo que tu piensas de los cuidados que tomarnos vamos. Por ahora empiezo diciéndote que me agrada su carácter, y que le estimo particularmente por un respeto en que él no piensa, que es la tibieza que conmigo gasta. Cuanto ménos amistad me manifiesta mas me inspira; no puedo decirte cuanto temor tenia de que me halagase. Esta era la primera prueba que le destinaba. La

segunda se ofrecerá en breve (1), y en ella le observaré bien, despues no le volveré á observar. Esta primera, le respondi, no prueba otra cosa que la ingenuidad de su genio, porque nunca en otro tiempo se pudo determinar á adoptar un estilo sumiso y condescendiente con mi padre, aunque tanto interes en ello le iba, y aunque yo se lo rogase con las mas vivas instancias. Vi con dolor que se privaba de este recurso único, y no pude enojarme con él, porque no quisiese ser falso en nada. Es muy distinto el caso, replicó mi marido; entre tu padre y él hay una antipatia natural fundada en la oposicion de sus máximas; pero yo que ni tengo sistema ni preocupaciones, estoy cierto de que no me aborrece naturalmente. Nadie me aborrece, porque un hombre desapasionado no puede infundir aversion á nadie; pero le he quitado su prenda, y no me lo perdonará tan presto. Me amará con mas veras, cuando esté perfectamente convencido de que el daño que le he hecho no me estorba el quererle

(1) La letra en que se trataba de esta segunda prueba se ha suprimido; pero se hablará de ella, cuando llegue el caso.

bien. Si me halagase ahora seria un embustero, si no me halagase nunca, un monstruo.

Aqui estamos, Clara mia, y empiezo á creer que bendecirá el Cielo la rectitud de nuestros corazones, y las benéficas intenciones de mi marido. Pero es mucha paciencia la mia al decirte todas estas circunstancias, tú no mereces que yo tenga gusto en confianzas contigo; estoy resuelta á no decirte nada mas, y si quieres saberlo ven á verlo por tus ojos.

P. D. No obstante es menester que te diga lo que acaba de suceder con motivo de esta carta. Ya sabes con que indulgencia oyó Wolmar la confesion tardía que la inesperada vuelta de nuestros amigos me precisó á hacerle, y viste con que dulzura supo enjugar mis llantos y disipar mi vergüenza. Ya sea que no le hubiese dicho nada de nuevo para él, como con bastante fundamento tú has conjeturado, ó ya que efectivamente haya movido su corazon una accion que solo el arrepentimiento podia dictarme, no solo ha seguido viviendo conmigo como de ántes, sino que tambien parece que han doblado sus atenciones, su estimacion y su confianza, y que á poder de obsequios quiere pagarme el rubor que me costó mi confesion. Tú, prima,

que conoces mi carazon, te puedes figurar la impresion que en él ha hecho semejante conducta.

Luego que le vi resuelto á permitir que viniera aquí nuestro antiguo maestro me determiné por mi parte á tomar contra mí la mas eficaz precaucion que podia usar, que fué escoger por confidente á mi propio marido, no tener conversacion privada ninguna que no le refriese, ni escribir ninguna carta que no le enseñase, y me propuse escribir cada carta como si no hubiera de verla, y enseñársela luego. En esta hallarás un artículo que me ha ocurrido de este modo, y si al escribirle no pude ménos de pensar en que le habia de leer, me doy testimonio de que no me ha hecho esto mudar una sílaba; pero cuando le he querido enseñar la carta se ha reido de mí, y me ha hecho el gusto de leerla.

Te confieso que me ha picado un poco este desayre, como si no se fiara de mi buena fe. Ha calado mi recelo, y me ha restituido mi serenidad el mas ingenuo y generoso de los humanos. Confiesa, me ha dicho, que hablas ménos de mí en esa carta de lo que acostumbrabas. Convine en ello. ¿Era decente hablar

mucho de él para enseñarle lo que decía? Pues bien está, replicó sonriéndose, mas quiero que hables mas de mí, y no saber lo que digas. Prosiguió luego en tono mas serio. El matrimonio es un estado muy austero y muy grave para sufrir todas las confianzas de frioleras del corazon que admite la tierna amistad. A veces templa este último lazo como conviene la mucha severidad del otro, y es bueno que una muger honesta y de razon pueda cerca de una amiga fiel encontrar los consuelos, las luces y los consejos que sobre ciertas materias no se atrevería á pedir á su marido. Aunque entre vosotras dos no digais nada que no quisieras tú que yo supiera, guárdate de hacer de esto ley, porque es de temer que te ate esta obligacion, y que sean ménos gratas vuestras mutuas confianzas estendiéndose á mas personas. Créeme, la franqueza de la amistad se coarta delante de un testigo, sea cual fuere. Mil secretos hay que no deben saber los testigos, y que solo entre dos pueden decirse. Las mismas cosas fias de tu amiga que de tu esposo, pero no del mismo modo; y si quieres confundirlo todo sucederá que tus cartas mas que á ella á mí irán escritas, y que no estarás á tu gusto, ni con una ni con

otro. Te hablo así tanto por mi interés, como por el tuyo. ¿No ves que ya temes la justa vergüenza de alabarme en mi cara? ¿porqué quieres privarnos á ti del gusto de decir á tu amigo cuanto quieres á tu marido, y á mi del de pensar que en tus mas secretas conversaciones te complaces en hablar bien de él? Julia! Julia! anadió apretándome la mano, y mirándome con dulzura: ¿te has de abajar á precauciones que tanto desdicen de lo que eres, y no has de saber nunca estimarte en lo que vales?

Querida amiga mia, yo no acierto á decirte como hace este hombre incomparable, pero no sé sonrojarme de mí en su presencia. Mal de mi grado me encumbra á mas alta esfera que la mia, y veo que á poder de confianza me enseña á merecerla.

~~~~~  
CARTA 8ª.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA
SEÑORA DE WOLMAR.

¿Como así, prima? ¡con que ha llegado nuestro caminante, y todavía no le he visto á

mis plantas cargado de los despojos de las Américas! te advierto que es á él á quien acuso yo de la tardanza, porque sé que no ménos ganas tiene que yo de venir; pero veo que no está tan olvidado como tu dices de su antiguo oficio de esclavo, y ménos que de su negligencia me quejo de tu tiranía. Pues bonito me parece que quieras que una grave y formal melindrosa como yo se tome la delantera, y abandonando todos sus asuntos eche á correr para besar una cara morena y agironada (1), que ha pasado cuatro veces por debajo del sol, y ha estado en la tierra de las especias. Pero cuando me haces reir es cuando empiezas á reñirme, de miedo de que te riña yo ántes. El enfadarme es oficio mío, que es mi gusto y le desempeño á las mil maravillas; y me cae muy bien; pero tú, no es posible ser mas torpe; y no te da el naype para reñir con nadie. En cambio si supieras que gracia tienes cuando haces por que te riñan, que bonita te pones con tu cara confusa, y tus ojos que piden perdon en vez de reñir pasarías toda la vida solicitando misericordia, sino por obligación á lo ménos por parecer bien.

(1) Señalado de viruelas.

Por esta vez pídemela de todos modos. Pues no estaba malo el proyecto de hacer de su marido su confidente; por cierto precaución muy satisfactoria para amistad tan santa como la nuestra. ¡Injusta amiga y mujer pusilánime! ¿pues de quien fiarás tu virtud en la tierra, si de tus afectos y los míos te desconfías? ¿en el sagrado lazo en que vives puedes, sin ofendernos á entrambas, temer tu corazón y mi indulgencia? No puedo comprender como no te ha repugnado la idea sola de admitir á un tercero en las parladuras secretas de dos mujeres. Yo por mi gusto mucho de charlar á mi saber contigo, pero si supiera que alguna vez los ojos de un hombre andaban haciendo registro de mis cartas, no tendria gusto ninguno en escribirte, poco á poco se introduciría entre nosotros con la reserva la tibieza, y no nos querriamos mas que como otras dos mujeres cualesquiera. Mira á lo que nos exponia tu desconfianza tonta, si no hubiera tenido tu marido mas juicio que tú.

Ha obrado con mucha prudencia en no querer leer tu carta. Acaso hubiera quedado ménos satisfecho con ella de lo que tú esperabas, y ménos de lo que yo misma lo estoy, porque el estado en que te he visto me enseña á juzgar

con mas tino de aquel en que te veo. Todos esos sabios contemplativos, que han pasado su vida estudiando el corazón humano saben ménos de las verdaderas señales del amor que la mas limitada de las mujeres sensibles. El señor de Wolmar habria notado lo primero que gastas toda tu carta en hablar de nuestro amigo, y no hubiera visto la posdata, en que no dices palabras de él. Si hubieras escrito esta posdata diez años hace, no sé, hija mia, como hubieras hecho, pero hubieras metido por alguna rendija en ella á tu amigo, eso mas que no la habia de ver el marido.

Tambien hubiera notado el señor de Wolmar la atención con que has examinado á tu huésped, y el gusto que en describirle tienes; pero se tragaría á Platon y Aristóteles ántes de saber que á su amante se le mira, y no se le examina. Todo examen requiere una sangre fría que nunca tiene quien ve lo que quiere.

Finalmente se imaginaria que todas esas mudanzas que tú has observado no las hubiera reparado otro, y yo al contrario me temo que he de hallar otras que tú no hayas notado. Por diferente que sea tu huésped de lo que era, todavia mudaria mas, si no estuviese mudado

tu corazon, siempre le verias el mismo. Sea como fuere, apartas los ojos cuando te mira, tambien es buena señal. ¿ Los apartas, prima! ¿ con que no los bajas? Porque ciertamente no has equivocado una voz con otra. ¿ Crees que tambien hubiera notado eso nuestro sabio?

Otra cosa muy capaz de dar inquietud á un marido es un no sé que tierno y afectuoso que queda en tus expresiones hablando de lo que quisiste. Quien te lea ó te oyga hablar necesita conocerte bien para no equivocarse acerca de tus afectos; necesita saber que hablas así de uno que no es mas que tu amigo; ó que hablas así de todos tus amigos; pero en cuanto á esto, es natural afecto de tu carácter que tiene sobrado conocido tu marido para asustarse por ello. ¿ Como en corazon tan tierno la amistad mas pura no se ha de dar cierto ayre al amor? Escucha, prima, todo cuanto aqui te digo debe infundirte valor, pero no temeridad: tus adelantamientos son sensibles, y no es poco. Yo solo con tu virtud contaba; y empiezo á contar con tu razon; ahora doy tu cura, sino por acabada, por fácil á los ménos, y has hecho justamente lo suficiente para que no te quedara disculpa, si no la rematases.

Antes de llegar á tu posdata habia yo notado el parrafito que has tenido la ingenuidad de no suprimir ni modificar creyendo que le habia de ver tu marido. Estoy cierta de que si le hubiera leído, te hubiera tenido, si es posible, en mas estimacion, pero no por eso le hubiera el párrafo gustado. Generalmente hablando, tu carta era capaz de inspirarle mucha confianza en tu conducta, y mucha inquietud acerca de tu inclinacion. Yo te confieso que esos hoyos de viruelas que tanto miras, me dan miedo; nunca inventó el amor tan peligroso afeite. Sé que eso nada querria decir para otra; pero no echés en olvido, prima, que la que no habia podido ser seducida por la juventud ni la figura de su amante se rindió á la idea de los males que por ella habia padecido. Sin duda quiso el Cielo que le quedasen esas señales de su enfermedad para ejercitar tu virtud, y que á ti no te quedasen para ejercitar la suya.

Vuelvo al asunto principal de tu carta; tú sabes que fui allá volando cuando recibí la de nuestro amigo porque era grave el caso. Pero si supieras ahora el enredo en que me ha metido esta corta ausencia, y cuantos negocios tengo

encima, conocerias la imposibilidad en que me hallo de dejar segunda vez mi casa sin ponerme nuevos grillos, y verme precisada á pasar en ella todavía este hibierno; cosa que ni á ti ni á mí nos conviene. ¿No vale mas privarnos de vernos de priesa por dos ó tres dias, y reunirnos para siempre seis meses ántes? Tambien creo que convendrá que hable privadamente, y á mis anchuras, con nuestro filósofo, ya sea para sondear y fortificar su corazon, ya para darle algunos consejos acerca del modo con que con tu marido y aun contigo debe conducirse, porque no me imagino que le puedas tú hablar con libertad en la materia, y por el tenor de tu misma carta veo que necesita consejos. Estamos tan acostumbradas á gobernarle, que somos algo responsables de él á nuestra propia conciencia, y hasta que tenga enteramente libre el uso de su razon debemos suplirla nosotras. Yo por mí me encargaré siempre con gusto de este cuidado, porque mis consejos los ha seguido con tan costosa deferencia, que nunca me olvidaré de ella, y no hay hombre en el mundo, desde que no es vivo el mío, que tanto quiera y estime como él. Tambien le destino en pago la satisfaccion de

hacerme algunos servicios. Tengo sin arreglar muchos papeles que me ayudará coordinar; y algunos negocios arduos para los cuales podré necesitar de su actividad y sus conocimientos. Por último no pienso detenerle arriba de cinco ó seis dias, porque soy sobrado vana para aguardar á que le coja la impaciencia por volver, y tengo la vista muy lince para que pueda equivocárme.

No olvides, así que se halle bueno, el enviármele, esto es el dejarle que venga: mira que no entiendo de cháñzas. Ya sabes que si me rio cuando lloro no me aflijo ménos; tambien me rio cuando me enfado, y no por eso tengo ménos rabia. Si tienes juicio, y haces las cosas de buena voluntad, te prometo enviarte con él un regalito bonito, que te gustará, y mucho; pero si no te das priesa á contentarme, no te enviaré nada.

P. D. Se me olvidaba; dime: ¿fuma nuestro marino? ¿echa porvidas? ¿bebe aguardiente? ¿lleva un sable muy grande? tiene trazas de Flibustero? ¿Dios mío; que curiosidad tengo de ver que figura trae uno que viene de los antipodas!

CARTA 9ª.

DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE
WOLMAR.

Ten, prima, ahí te envío á tu esclavo, que ha sido el mio estos ocho dias, y que se ha hallado tan bien con sus cadenas, que se echa de ver que nació para servir. Dame las gracias por no haberle guardado otros ocho dias mas, porque, con tu licencia sea dicho, si hubiera aguardado á que se fastidiase conmigo, largo hubiera sido el enviártele. Así le he guardado sin escrúpulo, pero le he tenido de que se alojara en mi casa. Alguna vez he sentido en mi aquella elevacion de alma que desdeña el servil bien parecer, y cae tan bien á la virtud. En este lance he sido mas tímida, sin saber porque; lo que es cierto es que mas me inclino á arrepentirme de esta escrupulosidad que á aprobarla.

¿Pero sabes tú porque se hallaba aquí tan á su sabor nuestro amigo? Lo primero estaba conmigo, y te protesto que ya esto sobra para lle-

varlo todo con paciencia. Me evitaba enredos, me servia en mis asuntos, y un amigo no se fastidia en esto. La tercera cosa que ya tú has adivinado aunque finjas que no, es que me hablaba de ti, y si quitamos el tiempo que ha durado esta charladuría del que aquí se ha detenido, verías que poquita cosa para mí quedaba. ¡Pero que raro capricho apartarse de ti para tener el gusto de hablar en ti! No tan raro como parece. Está violento en tu presencia; es menester que esté sobre si sin cesar; la menor imprudencia fuera delito, y en estos lances los corazones honrados solo su obligacion escuchan; pero lejos de lo que quisimos todavía nos permitimos el pensar en ello. Si se sofoca un afecto que se ha hecho culpado, ¿porque se ha de arrepentir uno de él cuando no lo era? ¿puede ser nunca delito la memoria de una felicidad que fué legitima? Yo pienso que á tí no te convendría este silogismo, pero á él puede serle permitido. Ha vuelto á empezar, por decirlo así, la carrera de sus antiguos amores; segunda vez ha corrido en nuestras conversaciones su primera juventud, me reiteraba todas sus confianzas, se acordaba de aquellos venturosos tiempos, que le era li-

cito amarte, pintaba á mi corazon los atractivos de una inocente llama,... sin duda que los hermozeaba.

Poco me ha dicho de su presente estado respecto á ti, y lo que me ha dicho mas que amor indica admiracion y respeto; de suerte que veo, que se vuelve muy mas seguro de su corazon de lo que vino. No quiere esto decir que cuando de ti se trata no se vea en lo interior de su corazon sobrado sensible cierta ternura que la amistad sola, no ménos afectuosa, expresa no obstante con otro tono; pero hace mucho tiempo que he notado que nadie te puede ver con sangre fria, y si con el universal afecto que inspira tu vista se junta el afecto mas dulce aun que le ha debido dejar una indeleble memoria, se hallará que es difícil, y acaso imposible, que sea con la virtud mas austera otra cosa de lo que es. Le he preguntado bien, le he observado y le he seguido mejor; le he examinado cuanto me ha sido posible; no puedo leer bien en su alma ni él propio lee mas bien en ella; pero á lo ménos puedo asegurarte que está penetrado de la fuerza de sus obligaciones y las tuyas, y que mas horror le causaría formarse idea de Julia cor-

rompida y despreciable, que de su propia aniquilacion. Prima, un solo consejo tengo que darte, y te ruego que hagas aprecio de él, evita recapacitar el tiempo pasado, y yo respondo del venidero.

Por lo que hace á la restitution de que me hablas, es necesario no pensar en eso. Despues de haber apurado todas las razones imaginables, le he suplicado, estrechado, perorado, reñido, besado, le he cogido ámbas manos, me hubiera hincado de rodillas, si me hubiera él dejado; ni siquiera me ha escuchado; y su cólera, su terquedad han llegado á jurar que ántes consentiria en no volver á verte que en desprenderse de tu retrato. Finalmente en un rapto de furia, haciéndomele tocar pegado á su corazon: ahí está, me dijo, con tan agitado tono que apenas podía resollar, ahí está ese retrato, la única prenda que me queda, y que aun me envidian; esté Vm. cierta de que no me le quitarán como no sea quitándome la vida. Créeme, prima, tengamos prudencia, y dejémosle el retrato. ¿Que te importa que se quede con él? El mal para él será si se empeña en conservarle.

Despues de haber esplayado y aliviado su

corazon me ha parecido que estaba sosegado lo bastante para poder hablarle de sus asuntos. He hallado que ni el tiempo ni la razon le habian hecho mudar de sistema, y que oda su ambicion la cenía á pasar su vida al lado de milord Eduardo. No he podido ménos de aprobar proyecto tan honrado, tan conforme á su carácter, y tan digno de la gratitud que á beneficios sin ejemplo debe. Me dijo que habias sido tú del mismo dictamen, pero que no habia roto el silencio el señor de Wolmar. Una idea me pasa por la cabeza, y es que atendida la extraña conducta de tu marido, y otros indicios, tengo sospechas de que cuenta con nuestro amigo para algun plan secreto que no dice. Dejémosle estar, y fíenos de su prudencia; su modo de obrar prueba que si es acertada mi conjetura no medita cosa que no haya de ser útil á aquel por quien tanto se esmera.

No me has pintado mal su figura y sus modales, y señal muy favorable el que le hayas observado con mas exactitud de lo que yo hubiera creído; ¿pero no encuentras que sus largos trabajos, y la costumbre de sufrirlos han hecho mas interesante de lo que era otras veces su

figura? No obstante lo que me habian escrito me recelaba hallar en él aquella urbanidad afectada, aquellas monadas de cumplimiento que nunca dejan de adquirirse en Paris, y que en la muchedumbre de frioleras, que llenan los dias ociosos, se alaban de tener mas esta forma que la otra. Ya sea que no pegue este barniz en ciertas almas, ó que le haya borrado enteramente en él el ayre de la mar, yo no he distinguido ni el mas leve vestigio, y en todos los obsequios que me ha hecho solo he visto los deseos de contentar mi corazon. Me ha hablado de mi pobre marido, pero mas queria llorar conmigo que consolarme, y no me ha dicho sobre el asunto máximas de galanteo. Ha hecho halagos á mi hija, pero en vez de admirarse, como yo, de ella, me ha echado, como tú, en cara sus defectos, y se ha quejado de que la mimaba. Ha seguido con fervor mis asuntos, y no ha sido de mi parecer en casi nada. Eu cuanto á lo demás antes me hubiera sacado los ojos el ayre que hubiera él pensado en correr una cortina, me hubiera fatigado en andar de un cuarto en otro, que no hubiera venido á tender con gracia delante de mí un faldon de su vestido. Ayer estuvo mi abanico por tierra

mas de un segundo; sin que hubiera echado á correr del otro extremo del cuarto, como para sacarle del fuego. Por las mañanas ántes de venirme á ver no ha enviado ni una vez siquiera á saber de mi salud. En paseo no afecta llevar el sombrero clavado encima de la cabeza, para hacer ver que sabe los buenos estilos (1). En la mesa varias veces le he pedido la caja del tabaco, y me la ha presentado siempre con la mano, y no encima de un plato como un lacayo; no ha omitido el brindar á mi salud á lo ménos dos veces á cada comida, y apuesto á que si se quedase aquí este invierno le veríamos sentarse con nosotras y calentarse como un hombre de antaño. ¿Te ries, prima? pues enséñame uno recién venido de París que haya conservado estas vejeces. En cuanto á lo demas me parece que en solo un punto ha empeorado nuestro

(1) En París, donde hay la mania de que sea cómoda y llana la sociedad, consiste esta flaqueza en reglas de la importancia de las que aquí se apuntan. Todo es leyes y ceremonias en la buena sociedad. Todos estos estilos nacen y desaparecen como una exhalacion. El arte está en atisbarlos sin cesar, cogelos al vuelo, usarlos, y hacer que se sabe el de último cuño, todo para mayor sencillez.

filósofo, y es que atiende algo mas á las personas que con él hablan, lo cual no puede ménos de redundar en grave perjuicio tuyo, sin que baste, según pienso, para reconciliarle con la señora Belon. A mí me peta mas porque es mas grave y mas recio que nunca. Chica mia; guárdamele con mucho esmero hasta que yo vaya, que es justamente lo que yo necesito para hacer que rabie todo el día.

Admírate de mí disimulo; nada te he dicho aun de la dádiva que te envío, y que muy en breve te promete otra; pero ántes de abrir mi carta ya la habías recibido, y tú que sabes cuanto la idolatro, y cuanta razon para idolatrarla tengo, tú cuya avaricia tanto este regalo codiciaba, convendrás en que cumplo mas de lo que habia prometido. ¡Ha, pobre niña! Cuando tú leas esto ya está en tus brazos, y es mas dichosa que su madre; pero dentro de dos meses seré yo mas dichosa que ella, porque sentiré mejor mi dicha. ¡Ay, cara prima! ¿no me posees ya toda entera? ¿Donde tú estás; donde está mi hija, que mas de mí falta? Ahí tienes á esa amable niña; recíbela como tuya; te la cedo, te la doy; resigno en tus manos el poder maternal; enmienda mis yerros, en-

cárgate de los cuidados que tan mal, segun tú dices, desempeño yo; sé de hoy mas madre de la que ha de ser tu nuera; y para que yo la quiera mas todavia, hazla, si puede, ser otra Julia. Ya es parecida á tí en la cara, y por su genio colijo que será grave y predicadora; ya verás cuando le hayas quitado los resabios que me acusan de haberle dejado tomar que mi hija quiere tambien ser mi prima, pero mas feliz que ella, tendrá ménos lágrimas que derramar y ménos lides que vencer. Si le hubiera conservado el Cielo al mejor de los padres, ¡que léjos hubiera estado de violentar sus inclinaciones! ¡y que léjos tambien estaríamos nosotros de oponernos á ellas! ¡con que gusto veo que ya estas favorecen nuestros proyectos! ¿Sabes que ya no puede hallarse sin su *maliito*, y que en parte por eso te la envió? Ayer tuve con ella una conversacion, de que nuestro amigo se moria de risa. Primero no tiene ni el menor sentimiento de dejarme, á mi que todo el dia estoy hecha su humilde criada, que no le niego ninguno de sus gustos, y tú á quien teme, y que le dices no veinte veces al dia, tu eres la *mamita* por antonomasia, la que va á buscar con gozo, y cuyas denegaciones quiere mas que

todos mis confites. Cuando le dije que iba á enviártela puedes figurarte la alegría que hubo, pero para ponerla en cuidado añadí que en su lugar me enviarías tú al *maliito*, y esto no le pareció bien. Me preguntó muy descontenta que era lo que queria hacer de él, le respondi que le queria guardar para mi; y puso muy mala cara. Henrieta, ¿me le quieres ceder á tu *maliito*? No, me respondió con mucha séquedad. — No? ¿Y si yo no te le quiero ceder tampoco, quien nos pondrá acordes? — Mamá, la *mamita*. — Pues yo seré la preferida, porque ya tú sabes que quiere todo lo que yo quiero. — O, la *mamita* nunca quiere mas que la razon. — ¿Como, señorita, no es lo mismo? — La pícara se sonrió. Pero continué yo: ¿porqué no me ha de dar á mi al *maliito*? — Porque no es bueno para Vm. — ¿y porqué no es bueno para mí? — Otra risita con tanta malicia como la otra. — Di la verdad: ¿es porque crees que soy muy vieja para él? No, mama, sino que él es muy mozo para Vm... Prima, ¡una niña de siete años!.. De veras que si no perdiera con ella el juicio, seria porque le tendria perdido.

Me divertí en provocarla mas. Henrieta, le dije poniéndome seria, yo te aseguro que

tampoco es bueno para tí : — ¿Pues porqué? me dijo en tono de sobresaltada. — Porque es demasiado atolondrado. — O mamá! si no es mas que eso, yo haré que tenga juicio. — ¿Y si por desgracia te hace él volver loca? Ha, querida mamá, que gusto fuera para mí el parecerme á Vm. ! — Parecerte á mí, insolente! — Si, mamá; ¿no dice Vm. todo el dia que está loca conmigo? pues yo estaré loca con él, y se acabó todo.

Bien sé que tú desapruebas estas preciosas parladuras, y que en breve sabrás moderarlas; yo tampoco quiero justificarlas, aunque me hechizan, sino solamente hacerte ver que tu hija quiere ya mucho á su maliito, y que si este tiene dos años ménos que ella, no será indigna de la autoridad que confiere la mayor edad. Tambien por la oposicion de tu ejemplo y el mio con el de tu pobre madre veo que no anda peor gobernada la casa, cuando gobierna la muger. A Dios, mi siempre amada; á Dios, mi querida inseparable; mira que se va acercando el tiempo, y que no se harán sin mi las vendimias.

CARTA 10^a.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

¡QUE de placeres muy tarde conocidos disfruto, tres semanas hace! ¡que suave cosa es ver correr los dias en el seno de una sosegada amistad, al abrigo de los tormentos de las impetuosas pasiones! ¡Milord, que espectáculo afectuoso y grato el de una sencilla y bien arreglada casa, donde reynan el orden, la paz, la inocencia, donde sin aparato, sin ostentacion se ve reunido todo cuanto con el verdadero destino del hombre está conexo! El campo, el retiro, el sosiego, la estacion, la vasta llanura de agua que á mis ojos se presenta, el aspecto silvestre de las montañas, todo me acuerda aqui mi deleytosa isla de Tinian, y creo que veo cumplidos los ardientes votos que en ella tantas veces formé. Vivo una vida á mi gusto, y hallo una sociedad segun mi corazón. Solo faltan en este sitio dos personas para que se reuna en él mi felicidad entera, y tengo esperanza de que estén equi en breve.

tampoco es bueno para tí : — ¿Pues porqué? me dijo en tono de sobresaltada. — Porque es demasiado atolondrado. — O mamá! si no es mas que eso, yo haré que tenga juicio. — ¿Y si por desgracia te hace él volver loca? Ha, querida mamá, que gusto fuera para mí el parecerme á Vm. ! — Parecerte á mí, insolente! — Si, mamá; ¿no dice Vm. todo el dia que está loca conmigo? pues yo estaré loca con él, y se acabó todo.

Bien sé que tú desapruebas estas preciosas parladuras, y que en breve sabrás moderarlas; yo tampoco quiero justificarlas, aunque me hechizan, sino solamente hacerte ver que tu hija quiere ya mucho á su maliito, y que si este tiene dos años ménos que ella, no será indigna de la autoridad que confiere la mayor edad. Tambien por la oposicion de tu ejemplo y el mio con el de tu pobre madre veo que no anda peor gobernada la casa, cuando gobierna la muger. A Dios, mi siempre amada; á Dios, mi querida inseparable; mira que se va acercando el tiempo, y que no se harán sin mi las vendimias.

CARTA 10^a.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

¡QUE de placeres muy tarde conocidos disfruto, tres semanas hace! ¡que suave cosa es ver correr los dias en el seno de una sosegada amistad, al abrigo de los tormentos de las impetuosas pasiones! ¡Milord, que espectáculo afectuoso y grato el de una sencilla y bien arreglada casa, donde reynan el orden, la paz, la inocencia, donde sin aparato, sin ostentacion se ve reunido todo cuanto con el verdadero destino del hombre está conexo! El campo, el retiro, el sosiego, la estacion, la vasta llanura de agua que á mis ojos se presenta, el aspecto silvestre de las montañas, todo me acuerda aqui mi deleytosa isla de Tinian, y creo que veo cumplidos los ardientes votos que en ella tantas veces formé. Vivo una vida á mi gusto, y hallo una sociedad segun mi corazon. Solo faltan en este sitio dos personas para que se reuna en él mi felicidad entera, y tengo esperanza de que estén equi en breve.

Entre tanto que Vm. y la señora de Orbe vengan á poner cúmulo á tan dulces y puros placeres que aprendo á disfrutar donde estoy, quiero dar á Vm. idea de ellos, circunstanciándole una economía doméstica; que anuncia la felicidad de los amos de la casa, y hace que participen de ella los que la habitan. Espero que podrán un día servir á Vm. mis reflexiones para el proyecto en que se ocupa, y me sirve esta esperanza para excitarlas.

No describiré á Vm. la casa de Clarens, pues que la conoce, y sabe si es hermosa, si me ofrece interesantes memorias, si debo tenerle afición por lo que contiene y lo que me acuerda. La señora de Wolmar prefiere con razon esta morada á la de Etange, quinta vasta y magnífica, pero antigua, triste, incómoda, y que en sus inmediaciones no presenta cosa que á los puntos de vista de Clarens de comparar sea.

Luego que fixaron su residencia en esta casa los amos convirtieron en cosas para su uso todo cuanto solo de ornato servia, y ya no es cosa buena para vista, sino para habitada. Han tapiado largas galerias para mudar puertas mal colocadas; han cortado salas muy espaciosas para tener alojamientos mas bien distribuidos;

á muebles antiguos y ricos han sustituido otros sencillos y cómodos. Todo aqui es agradable y risueño; todo respira limpieza y abundancia, nada que á luxo y opulencia huela; no hay un aposento donde no vea uno que está en el campo, y no encuentre todas las comodidades de la ciudad. Las mismas se notan en la parte exterior; á coste de las cócheras se ha agrandado el corral. En el sitio donde habia una antigua y ruinosa casa de billar se ha construido un lagar hermoso, y una quesera donde estaban unos pavos reales chillones que se han vendido. El huerto era muy reducido para la cocina; del cuadro de flores se ha hecho otro, pero tan bonito y tan bien cultivado que así disfrazado agrada mas á la vista que ántes. A los tristes tejos que las paredes cubrian se han sustituido enramadas de frutales. En vez del inútil castaño de Indias empiezan ya á dar sombra al patio morales nuevos y en el sitio que ocupaban unos tilos carcomidos de vejez á la entrada de la quinta se han plantado dos filas de nogales que van hasta el camino. En todas partes se ha sustituido lo útil á lo agradable, y lo agradable ha grangeado en ello. Por lo que á mi hace á lo ménos me parece que el estruendo del corral,

el canto de los gallos, el balar de los ganados, el rechinar de las carretas, las comidas del campo, el regreso de los operarios, y todo el aparato de la economía rústica dan á esta casa forma mas campestre, mas viva, mas animada, mas alegre, un no sé qué que infunde la satisfacción y la alegría, que en su rustica dignidad le faltaba. Los señores de Wolmar no dan en arriendo sus tierras, sino que las cultivan por sí propios, y este cultivo constituye mucha parte de sus ocupaciones, de su caudal, y de sus diversiones. La baronía de Etange no contiene mas que praderas, tierras de pan llevar y montes; pero el producto de Clarens consiste en vides que son un objeto considerable, y como la diferencia de su cultivo produce mas sensible efecto que en los trigos, es una nueva razon de economía para haber preferido el vivir aquí. No obstante casi todos los años van á hacer la siega á sus tierras, y el señor de Wolmar va solo con mucha frecuencia. Lleva por máxima sacar del cultivo todo cuando puede dar, no para ganar mas, sino para alimentar mas gente. Pretende el señor de Wolmar que la tierra rinde á proporcion del número de brazos que la cultivan; mejor cultivada mas

reditua, y esta superabundancia de produccion da medios para cultivarla mas bien todavia; cuanto mas hombres y ganados en ella se meten, mayor excedente da para su mantenimiento. No sabemos, dice, qual puede ser el limite de este continuo reciproco aumento de produccion y cultivadores. Al contrario los terrenos descuidados pierden su fertilidad; quanto menos hombres produce un pais, menos generos produce tambien; la falta de moradores es la que le impide alimentar los pocos que en él hay, y en toda nacion que se despuebla tarde ó temprano deben los moradores perecer de hambre.

Como tienen muchas tierras, y las cultivan todas con mucho esmero, necesitan ademas de los criados del corral, de un crecido número de jornaleros, lo cual les proporciona la satisfacción de hacer subsistir mucha gente sin incomodarse. En la eleccion de estos jornaleros prefieren siempre á los de la tierra; y los vecinos á los forasteros y desconocidos. Si pierden algo en no escoger siempre á los mas vigorosos lo cobran con mucha usura en el afecto que infunde esta preferencia en los que han sido escogidos, en la utilidad de tenerlos al

rededor de sí, y poder contar con ellos en todos tiempos, pagándolos solamente una parte del año.

Con todos estos operarios se ajustan siempre dos salarios, uno de rigor y de justicia, que es el corriente del país, el cual se obligan á pagarles por haberlos alquilado; el otro, algo mas subido, es un salario de beneficencia que solo les pagan en cuanto están satisfechos con ellos, y casi siempre sucede que lo que para ganarle hacen vale mas que el aumento que se les da, porque el señor de Wolmar es integro y severo, y nunca permite que degeneren en costumbre y abuso las instituciones de favor y gracia. Estos operarios tienen sus sobrestantes que los animan y los observan, y son estas la familia del corral, que trabajan ellos propios y están interesados en que los demas trabajen por una corta porcion que se les deja, ademas de su salario, de todo cuanto por su esmero se coge. Ademas los visita el señor de Wolmar en persona casi todos los dias, y con frecuencia varias veces al dia; y su muger gusta de acompañarle á estos paseos. Finalmente en el tiempo de las principales faenas, da Julia todas las semanas veinte

baches de gratificación (1) al trabajador, sea jornalero ó criado de la casa, sin diferencia, que durante aquellos ocho dias, á juicio del amo, ha sido mas diligente. Empleados con justicia y prudencia todos estos medios de cumulacion que parecen dispendiosos hacen poco á poco á todo el mundo laborioso y diligente; y rinden mas de lo que cuestan; pero como no se saca provecho sino á poder de constancia y tiempo pocos saben y quieren usarlos.

No obstante un medio todavia mas eficaz, el único que no es debido á miras económicas, y que es mas peculiar de la señora de Wolmar, es grangearse el afecto de esta buena gente, dándoles el suyo. No cree que paga con dinero el trabajo que para ella hacen, y piensa que debe servicios á todos los que se los han hecho; jornaleros, criados; todos los que la han servido, aunque no sea mas que un día, los mira como á hijos; toma parte en sus contentos, en sus penas, en su muerte, se informa de sus negocios, hace de sus intereses los de ella; se encarga de mil cuidados en su beneficio, les da

(1) Once reales de nuestra moneda, con corta diferencia.

consejos; apacigua sus contiendas, y no les prueba la afabilidad de su carácter con melosas y no eficaces palabras, sino con verdaderos servicios y actos continuos de bondad. Por su parte ellos lo dejan todo á la menor insinuación suya; acuden volando así que habla; con sola una mirada alienta su zelo; están contentos en su presencia, y en su ausencia hablan de ella y se animan á servirla. Son muy eficaces sus atractivos y sus palabras, y mucho mas su dulzura y sus virtudes. ¡Ha, Milord, que adorable y poderoso imperio es el de la beldad benéfica!

Para el servicio personal de los amos hay en casa ocho criados, tres mugeres y cinco hombres, sin contar el ayuda de cámara del Baron, ni la familia del corral. Rara vez sucede que se haga mal el servicio, quando hay pocos criados; pero por el zelo de estos, diria uno que ademas de su servicio peculiar se cree cada uno encargado del de los otros siete, y por su concordia que se ejecute todo por uno solo. Nunca se los vé ociosos y desocupados jugando en la antesala, ó enredando en el patio, sino siempre ocupados en alguna tarea útil; ayudan en el corral, en la atarazana,

en la cocina; no tiene el jardinero mas mozos que ellos, y lo mas agradable que hay es que se vé que todo esto lo hacen con alegría y satisfacción.

Se toman aqui muchas precauciones para que sean los criados lo que han de ser; y no se sigue la máxima que he visto establecida en Paris y en Londres, de tomar criados ya formados, esto es pícaros ya consumados, cuya profesion es correr amos, y que en cada casa donde están cogen á una los defectos de los amos y los criados, y tienen por oficio servir á todo el mundo, sin tomar afición á ninguno. Ni honradez, ni fidelidad, ni zelo puede haber en semejante gente, y en todas las familias opulentas empobrece este hato de canalla al amo, y estraga á los hijos de casa. Aquí es un negocio importante la eleccion de los criados; no son mirados solo como mercenarios de quienes nada mas que un exacto servicio se exige, sino como miembros de la familia, cuya mala eleccion puede causar graves males. La primera cosa que se les pide es que sean hombres de bien; la segunda, que quieran á su amo, y la tercera, que le sirvan como él quiere, pero con tal que un amo tenga alguna racionalidad,

y el criado alguna inteligencia; esta siempre resulta de las otras dos. No se buscan en la ciudad, sino en las aldeas; esta es la primera familia en que sirven y será ciertamente la última para todos los que algo valieran. Se escogen en familias crecidas y cargadas de hijos, cuyos padres y madres vienen espontáneamente a brindar con ellos; y han de ser mozos, robustos, sanos, y de agradable figura. El señor de Wolmar les hace preguntas, los examina; y luego se los presenta a su muger. Si á entrambos agradan son recibidos primero á prueba; y despues en el número de la familia, esto es de los hijos de la casa, y se gastan algunos dias en enseñarles con mucha paciencia y esmero lo que tienen que hacer. Tan sencillo, tan llano y tan uniforme es el servicio, tienen tan pocos antojos y ratos de mal humor los amos, y tan presto les cogen afición los criados, que en breve aprenden lo que han de saber. Su suerte es muy suave, gozan de una abundancia que en sus casas no disfrutaban; pero no se permite que se tornen muelles con la ociosidad, madre de todos los vicios, ni se conciente que se hagan señores, y vivan ufanos con su condición; siguen trabajando como ha-

cian en casa de sus padres; no han hecho, por decirlo así, mas que mudar padre y madre, y hallar otros mas opulentos. De esta suerte no cogen hastío á su antigua vida rústica, y si una vez de aquí se fuesen, no hay uno que de mejor gana á su primer estado de labrador no volviese que aguantar otra condición. Finalmente nunca he visto casa donde mejor hiciese cada uno servicio, y ménos se imaginase que servia.

Así formando y adiestrando á sus propios criados no tienen que temer la objecion tan comun y tan fuera de toda razon: los instruiré para otros. Instrúyelos como es menester, puede responderse, y jamás servirán á otros. Si solo en tú piensas cuyando los instruyes, bien hacen cuando te dejan en no pensar mas que en ellos. Piensa algo mas en ellos; y te cobrarán ley. Solo la intencion es de agradecer, y el que se aprovecha de un bien que solo en beneficio mio le he hecho, no me debe agradecimiento ninguno.

Para doblar las precauciones contra este inconveniente el señor y la señora de Wolmar usan de otro medio que me parece muy bien imaginado. Cuando pusieron su casa examina-

ron que número de criados en una montada con respeto á sus rentas podian mantener, y habiendo hallado que serian de quince á diez y seis; para estar mas bien servidos se han cenido á la mitad, de suerte que con ménos aparato es mucho mas exacto el servicio. Tambien para estar mejor servidos han interesado á sus criados á que los sirvan mas tiempo. Un criado que entra en su casa gana la soldada ordinaria, pero esta crece un vigésimo cada año; así al cabo de veinte años seria mas de doble, y la manutencion de los criados seria entónces casi proporcionada á las facultades de los amos; pero no es necesario saber mucho de algebra para ver que los gastos de este aumento mas son aparentes que reales, que pocos salarios dobles tendrán que pagar, y que aun cuando se le pagasen á todos, la ventaja de haber estado bien servidos por espacio de veinte años compensaria con usura este aumento de gasto. Bien conoce Vm., Milord, que este es medio cierto para que vaya á mas sin cesar el esmero de los criados; y que cobren afecto á los amos á medida que estos se le cobran á ellos. No solo es prudente, mas tambien equitativo este reglamento. Es justo que un recién venido, que acaso no es mas que

un tunante, gane desde que entra el mismo salario que el que se da á un criado antiguo, cuya fidelidad y zelo con dilatados servicios están acreditados, y que habiendo envejecido en el nuestro se acerca al tiempo en que no estará en estado de ganar su vida? Por lo demas esta última razon no tiene en esta casa cabida, y bien puede Vm. creer que tan humanos amos no omiten obligaciones que por ostentacion desempeñan muchos nada caritativos, y que no desamparan á los de su familia que los achaques ó la vejez han imposibilitado á servirlos.

En este instante tengo delante un ejemplo notable de esta atencion. Queriendo el baron de Etange remunerar los dilatados servicios de su ayuda de cámara con un honroso retiro tuvo medio para alcanzar de SS. EE. un empleo lucrativo y de poco trabajo. Con este motivo acaba Julia de recibir de este criado viejo una carta que hace saltar las lágrimas, en que la suplica que haga que le exoneren de este empleo. « Soy anciano, le dice, y » he perdido toda mi familia; no tengo mas » parientes que mis amos, y toda mi esperanza » es acabar en paz mis dias en la casa dond he

» pasado los de mi mocedad... Señora, cuando
 » la cogí á Vm. en mis brazos recién nacida
 » pedia á Dios coger un día en ellos á sus hijos;
 » Dios me ha hecho esta gracia; no me nie-
 » gue Vm. la de verlos crecer y prosperar como
 » Vm... Yo que estoy acostumbrado á vivir en
 » una casa de paz, ¿donde hallaré otra seme-
 » jante para sosegar mi vejez?... Tenga Vm. la
 » caridad de escribir en favor mio al señor
 » Baron. Si no está contento conmigo, despi-
 » dame, y no me dé empleo, pero si le he
 » servido fielmente por espacio de cuarenta
 » años, déjeme acabar los míos en su servicio y
 » él de Vm., que es toda la recompensa que yo
 » deseo. » Inútil es preguntar si escribió Julia:
 veo que sentiría tanto perder á este buen hom-
 bre, como él dejarla. ¿Es error, Milord, el
 comparar yo á tan queridos amos con unos pa-
 dres, y con sus hijos á sus criados? Ya ve Vm.
 que por tales se reputan ellos propios.

No hay ejemplo de que se haya ido de esta
 casa un criado, y tambien es muy raro que se le
 amenaze con despedirle. Esta amenaza asusta
 en proporcion de lo agradable y suave que es el
 servicio; los mejores sirvientes son los que mas
 la temen, y nunca es necesario llevarla á ejecu-

ción sino con aquellos que no son dignos de ser
 conservados. Para esto tambien hay su regla.
 Cuando ha dicho el señor de Wolmar *te despido*,
 puede implorarse la intercesion del ama, al-
 canzarla alguna vez, y volver á la gracia á
 ruego suyo; pero el fallo de ella es irrevoca-
 ble, y no hay gracia que esperar: acuerdo muy
 bien pensado para templar de consuno la exce-
 siva confianza que pudiera infundir la dulzura
 de la muger, y el mucho temor que podría
 causar la inflexibilidad del marido. No obstante
 siempre es muy temida esta expresion de parte
 de un amo equitativo, y nada iracundo, porque
 ademas de que no es seguro de alcanzar la gra-
 cia, y que nunca se otorga dos veces á un mis-
 mo, se pierde en todo caso por ella su dere-
 cho de antigüedad, y vuelve á empezarse como
 el día de la entrada en la casa, un nuevo servi-
 cio; lo cual es un remedio contra la insolencia
 de los criados antiguos, que aumenta su circuns-
 peccion, á medida que mas que perder tienen.

Las tres doncellas son la doncella de labor,
 la rolla de los niños, y la cocinera. Esta es
 una labradora muy limpia y muy inteligente
 que la señora de Wolmar ha enseñado á guisar,

porque en este pais todavía sencillo (1) las señoritas de todas clases aprenden á hacer por sus manos todo cuanto han de hacer un dia en sus casas las criadas que á su servicio tomen, con el fin de saberlas gobernar, y no ser engañadas por ellas. La doncella ya no es Babi, la han enviado á Etange donde nació fiándole que cuide de la quinta, y la inspeccion de las cobranzas, de manera que es una especie de contralor del mayordomo. Mucho tiempo habia que solicitaba el señor de Wolmar de su muger que tomara esta determinacion, sin que pudiese ella resolverse á desviar de su lado á una criada antigua de su madre, aunque le hubiese dado fundados motivos de queja. Finalmente desde las últimas explicaciones se ha determinado, y se ha ido Babi, que era una muger inteligente y fiel, pero imprudente y habladora. Ya sospecho que mas de una vez ha descubierto los secretos de su ama, que no lo ignora el señor de Wolmar, y para precaver la misma inconsecuencia con algun forastero, ha sabido este varon prudente darle empleo en que aprovechen sus buenas calidades, sin que puedan perjudicar

(1) Sencillo! mucho han mudado.

las malas. La que le ha sustituido es aquella Paca Regard de que me ha oído Vm. hablar con tanta complacencia. No obstante el raticinio de Julia, sus beneficios, los de su padre, y los de Vm., esta jóven tan honrada y tan juiciosa no ha sido feliz con su casamiento. Claudio Anet que tan bien habia llevado la mala fortuna no pudo resistir á suerte mas propicia; viéndose con comodidades abandonó su oficio y habiéndose perdido enteramente se ha escapado del pais dejando á su muger con una criatura que despues ha muerto. Habiéndose la traído Julia á su casa le ha enseñado las labores de una doncella de servicio, y nunca he tenido mas grato encuentro que cuando la hallé en este ejercicio el dia de mi arribo. El señor de Wolmar hace mucho aprecio de ella, y ámbos han fiado de ella el cargo de vigilar tanto sobre sus hijos como sobre la que los cuida. Esta es una lugareña crédula y sencilla, pero diligente, sufrida y dócil, de suerte que nada se ha echado en olvido para que no se introdujesen los vicios de las ciudades en una casa cuyos amos ni adolecen de ellos ni los consienten.

Aunque comen todos los criados á un tinelo mismo, en cuanto á lo demas hay muy poca

frecuentacion entre los dos sexos, y este punto se reputa aqui muy importante; porque no se sigue el dictámen de aquellos amos indiferentes para todo, ménos para sus intereses, que solo quieren que los sirvan bien, sin curarse en cuanto á lo demas de las acciones de la familia.

Por el contrario piensan aqui que aquellos que solo á ser bien servidos aspiran no pueden serlo mucho tiempo. Las conexiones de intimidad con personas de ámbos sexos solo males originan, y de los conciliábulos que en los aposentos de las doncellas de labor se celebran procede la mayor parte de los desórdenes de una casa. Si hay una que agrada al mayordomo no deja de seducirla á costa del amo. Nunca es tan estrecha la liga de hombres con hombres ó de mugeres con mugeres, que acarree malas consecuencias, pero siempre se fraguan entre hombres con mugeres los monopolios secretos que con el transcurso dejan perdidas las familias mas opulentas. Se zela por tanto el recato y la modestia de las mugeres no solamente por respeto á la honestidad y buenas costumbres, mas tambien por interes bien entendido, porque, digan lo que quieran nadie desempeña bien sus obligaciones si no tiene zelo de cumplirlas, y solo

las personas honradas saben ser zelosas en su cumplimiento.

Para obviar entre ámbos sexos una peligrosa intimidad, no les enfrenan aqui con leyes positivas que infundirian tentaciones de violarlas secretamente, pero sin que parezca que tal designio haya, se establecen estilos mas eficaces que la autoridad misma. No se les prohíbe que se vean, pero se hace de modo que no tengan ocasiones ni deseos de verse, lo cual se consigue dándole ocupaciones, costumbres, inclinaciones y diversiones enteramente distintas. Con el orden admirable que aqui reyna conocen que en una casa bien arreglada deben tener poco trato los hombres con las mugeres. Alguno que en esto tacharia de antojo los preceptos del amo se sujeta sin repugnancia á un método de vida que no les prescriben formalmente, pero que conoce él mismo que es el mejor y mas natural. Julia dice que en la realidad es asi y sustenta que ni del amor ni de la union conyugal resulta el trato continuo de ámbos sexos. Segun ella dice, están destinados marido y muger á vivir juntos, pero no del mismo modo, y deben obrar de acuerdo sin ejecutar las mismas cosas. La vida que mas agradase al uno, añade, para

el otro fuera inaguantable; las inclinaciones que les infunde la naturaleza son tan distintas como las funciones que les han señalado; no ménos que sus obligaciones se diferencian sus diversiones, en una palabra, concurren ámbos á la dicha comun por diverso sendero, y esta division de afanes y tareas es el vínculo que mas su unión estrecha.

Yo por mi confieso que son bastante conformes á esta máxima mis propias observaciones. Efectivamente, ¿no es estilo constante de todos los pueblos del mundo, ménos el Francés y los que le imitan, que vivan hombres con hombres y mugeres con mugeres? Si se ven unos á otras es un corto rato, y casi á escondidas, como los casados en Lacedemonia, ántes que en una imprudente y perpetua mezcla capaz de confundir y desfigurar las mas acertadas distinciones de la naturaleza. Ni aun entre los salvages se ven mezclados indistintamente hombres con mugeres. Al caer del dia se junta la familia, pasa cada uno la noche con su muger, con la aurora empieza la separacion, y cuando mas solo para las comidas se reunen los sexos. La universidad de este orden manifiesta que es el mas natural, y aun en los paises donde está

intervertido se hallan vestigios de él. En Francia, donde se han sujetado los hombres á vivir á guisa de mugeres, y á estar siempre encerrados en un aposento con ellas, la agitacion involuntaria que conservan manifiesta que no era este su destino. Mientras que están las mugeres tranquilamente sentadas ó echadas en su silla poltrona, se ve los hombres que se levantan, que van y vienen, que se vuelven á sentar en continua agitacion, porque lidia sin cesar un instinto maquinal con los violentos que se hallan, y los impele mal de su grado á aquella activa y laboriosa vida que les asignó la naturaleza. Es el único pueblo del mundo en que estén los hombres en pie en el teatro (a), como si fueran á desahogarse al patio de haber estado sentados todo el dia en un salon. Por fin tan sensible se les hace el tedio de esta casera y afeminada indolencia, que para mezclar con ella alguna especie de actividad, ceden en su casa el puesto á los forasteros, y van á las de las mugeres ajenas á procurar que se temple esta repugnancia.

Mucho favorece á la máxima de la señora de Wolmar el ejemplo de su casa; como cada uno es, por decirlo así, todo entero de su sexo, las mugeres viven muy apartadas de los hombres.

Para obviar amistades sospechosas en secreto consiste en tenerlos sin cesar ocupados á todos, porque son sus tareas tan distintas que solo la ociosidad los junta. Por la mañana vaca cada uno á sus funciones, y no queda vagar á nadie para ir á turbar las de otro. Despues de comer tienen los hombres asignado el jardín, el corral ú otras labores rústicas, las mugeres se ocupan en el cuarto de los niños hasta la hora del paseo, al cual salen con ellos, y á veces con su ama, y que es agradable para ellas, como el único rato que toman el ayre. Los hombres bastante fatigados con el trabajo de todo el dia, no tienen muchas ganas de irse á pasear, y descansan quedándose en casa.

Todos los domingos despues de la plática de por la tarde se reunen tambien las mugeres en el cuarto de los niños con alguna parienta ó amiga que por su turno, con el consentimiento de la señora, convidan. Allí miéntras llega la hora de un refresco que da ella, hablan, cantan, juegan al volante, á la rayuela, ó á algun otro juego de habilidad, bueno para divertir á los niños, hasta que lleguen á edad de divertirse ellos solos. Viene la merienda que se compone de cosas hechas con leche, de bollos, tortas ú

otros manjares de gusto de las mugeres y los niños. Nunca entra vino, y los hombres que en todos tiempos se introducen rara vez en este pequeño gineceo (1), nunca son admitidos á estas meriendas, á que asiste casi siempre Julia. Hasta aqui yo he sido el único privilegiado: el domingo último á poder de mi porfía logré permiso para acompañarla. No omitió el venderme como muy subido este favor, diciendo en alta voz que me le otorgaba por aquella vez sola, y que se le había negado al propio señor de Wolmar. Imagínes Vm. si quedaria poco hueca la vanidad femenil, y si seria bien recibido un lacayo que quisiera meterse donde no es admitido el amo.

La merienda fué deliciosa. ¿Hay en el mundo manjar comparable á los lacticios de este país? Figúrese Vm. lo que serán los de una quesera gobernada por Julia, y comidos á su lado. La Paca me sirvió queso fresco, requesones y cuajada; todo desaparecia en un momento. Julia se reia de mi hambre. Ya veo, dijo, alargándome otro plato de natas, que el estómago de Vm. queda bien en todas partes y no se

(1) Aposento de las mugeres.

porta ménos en la merienda de nuestras mugeres, que en las comidas de las Valaisanas. Ni sale mas bien librado, le repliqué, que á veces tanto emborracha una como otra, y lo mismo se puede perder la razon en una quesera que en una atarazana. Bajó sin dar respuesta los ojos, sonrojose y empezó á hacer cariños á sus hijos. Esto bastó para excitar mi remordimiento. Esta ha sido, Milord, mi primera imprudencia, y espero que sea la postrera.

En esta reducida asamblea reynaba cierto tono de sencillez que movia mi corazon; en todos los semblantes se veia la misma alegría, y mas franqueza acaso que si hubiera habido hombres. La intimidad que entre criadas y ama reynaba, fundada en el afecto y la confianza, no hacia mas que fortalecer la autoridad y el respeto, y los servicios hechos y recibidos no parecian sino testimonios de mutua amistad. Hasta lo que componia el refresco contribuia á hacerle mas interesante. Naturalmente es el sexo aficionado á lacticinios y azucar, como simbolos de la inocencia y dulzura que son su mas amable adorno. Por el contrario los hombres generalmente gustan de sabores fuertes y licores espirituosos, alimentos mas idóneos para

la vida activa y laboriosa que de ellos exige la naturaleza, y cuando llegan á confundirse y alterarse estos gustos tan diferentes es casi infalible señal de la mezcla desordenada de ámbos sexos. Efectivamente he notado que en Francia donde viven sin cesar hombres con mugeres, aquellas han perdido totalmente la afición á los lacticinios, y los hombres mucho al vino, miéntras que en Inglaterra donde se confunden ménos los dos sexos, se conserva mas el gusto peculiar de cada uno. Generalmente hablando, pienso que muchas veces pudiera hallarse algun indicio del carácter de los sujetos examinando que alimentos son los que prefieren. Los Italianos que comen mucha ortaliza son afeminados y muelles. Vosotros Ingleses insaciables glotones de carne, teneis en vuestras inflexibles virtudes no sé que dureza que á fiereza se acerca. El Suizo, frio por naturaleza, pacifico y sencillo, pero vehemente y arrebatado en la ira, gusta de ámbos alimentos, y bebe leche y vino. El Frances, versátil y mudable, vive con todos los manjares y se adapta á todos los caracteres. También Julia me podría servir de ejemplo, porque aunque sensual y golosa en su comida, no le gusta ni la carne, ni las especias ni la sal,

y nunca ha bebido vino puro; legumbres excelentes, huevos, crema y frutas son su alimento ordinario, y sin el pescado que tambien le gusta mucho, fuera una verdadera pitagórica.

No basta contener á las mugeres, si no se contiene tambien á los hombres, y esta parte de la regla no ménos importante que la otra es todavia mas dificultosa, porque generalmente es mas violento el acometimiento que la defensa, que esa es la intencion del conservador de la naturaleza. En la república son contenidos los ciudadanos por la moral, los principios y la virtud, ¿pero como se han de contener criados mercenarios de otro modo que con la violencia y el apremio? El arte del amo consiste en encubrir este bajo el velo del placer ó el interes, de suerte que se figuren ellos que quieren todo cuanto los obligan á que ejecuten. La ociosidad del domingo, la facultad de que no se les puede privar de ir adonde les parezca cuando no los retienen en casa sus que haceres acaban muchas veces en solo un dia con los ejemplos y lecciones de los otros seis. El hábito de la taberna, el trato y las máximas de sus camaradas, la frecuentacion de las mugeres disolutas los pierden para los amos y para si propios, pegándoles mil

defectos que los hacen incapaces de servir é indignos de ser libres.

Este inconveniente se remedia reteniéndolos en casa por los mismos motivos que los excitaban á salir de ella. ¿Que iban á hacer fuera? á beber y á jugar á la taberna, pues en casa beben y juegan. Toda la diferencia consiste en que no les cuesta nada el vino, que no se emborrachan, y que hay gananciosos al juego, sin que nadie sagla perdiendo. Para esto se hace lo siguiente.

Detras de casa hay una galeria cubierta donde se ha establecido la lid de los juegos; por el verano se juntan alli, los domingos despues de la plática, los criados de librea y los del corral, para jugar en muchas partidas, no dinero que eso no se consiente, ni vino que ese se les da, sino una alhaja que pone la liberalidad de los amos. Esta alhaja siempre es algun mueble ó alguna cosa de vestir para su uso. El número de partidas se proporciona al valor de la alhaja, de suerte que cuando esta es algo considerable, como un juego de hevillas de plata, un par de medias de seda, un buen pañuelo del cuello, un sombrero fino, ó cosa semejante, se consumen por lo comun muchos

dias en disputarla. No se ciñen á una sola especie de juegos, sino que los varían para que no se lleve el mas hábil en uno todas las alhajas, y para que adquieran todos maña y fuerzas con ejercicios multiplicados. Unas veces juegan á arrancar corriendo un objeto colocado al otro extremo de la galeria; otras á quien lleva mas tiempo el mismo peso, otras, disputan un premio tirando al blanco. Muchas veces los honran con su presencia el amo y el ama; algunas se traen consigo á los niños; tambien vienen los forasteros llamados por la curiosidad, y muchos no desearian mas que concurrir á estos juegos, pero no se admite á nadie sin la venia de los amos, y el consentimiento de los jugadores á quienes no convendría otorgarle con facilidad. Poco á poco se ha convertido este estilo en una especie de espectáculo, donde animados los actores con la atencion del público prefieren la gloria de los aplausos al valor del premio. Tornándose mas vigorosos y mas ágiles se estiman en mas, y acostumbrándose á darse valor por sí propios mas que por lo que poseen, aunque criados, aprecian mas el honor que el dinero.

Largo de contar sería circunstanciar todos

los beneficios que de atenciones al parecer tan pueriles y siempre desdenadas de las inteligencias vulgares aquí redundan, porque es propiedad de ingenios grandes producir efectos vastos con medios de poca entidad. El señor de Wolmar me ha dicho que apenas le costaban seiscientos reales al año todos estos pequeños establecimientos que ha imaginado su muger. Pero me añadió, ¿cuantas veces cree Vm. que gano esta suma en mi casa y mis negocios con la vigilancia y el esmero que en servirme ponen criados con ley que todas sus diversiones las deben á sus amos; con el interes que toman en el de mi casa, que como suyo miran; con la ventaja de aprovecharme en sus faenas del vigor que en estos juegos adquieren; con la de mantenerlos siempre sanos preservándolos de los excesos tan comunes en sus semejantes, y de las dolencias que son ordinaria consecuencia de estos excesos; con la de precaver así las picardías en que infaliblemente precipita el desorden y conservarlos siempre hombres de bien, finalmente con la satisfaccion de tener en nuestra casa á poca costa recreaciones agradables para nosotros mismos? Y si se halla en nuestra familia alguno, sea hombre ó muger, á quien

no acomoden nuestras reglas, y prefiera á ellas la libertad de ir con diversos pretextos adonde mejor le parece, nunca se le niega licencia, pero esta pasión de libertad la tenemos por indicio muy sospechoso, y no tardamos en despedir á los que de ella adolecen. De suerte que estas mismas diversiones que hacen y conservan buenos á nuestros criados, tambien nos sirven de prueba para escogerlos. Milord, yo confieso que solo aqui he visto á los que á la par hacen de los mismos hombres buenos criados para el servicio personal, buenos trabajadores para labrar sus tierras, buenos soldados para defender la patria, y hombres de bien para cualquier estado á que pueda llamarlos la fortuna.

El hibierno mudan de especie los placeres como las tareas. Los domingos toda la gente de la casa, y tambien del vecindario, hombres y mugeres indistintamente, despues del servicio divino se reunen en una sala baja, donde encuentran lumbre, vino, frutas, bollos y un violin para baylar. La señora de Wolmar nunca deja de asistir, aunque no sea mas que un instante, para mantener con su presencia el orden y la decencia, y es muy frecuente el baylar ella, aunque sea con sus propios criados.

Esta costumbre, quando la supe, me pareció al principio ménos conforme en la severidad de la moral protestante. Se lo dije así á Julia y me respondió casi con las mismas razones que voy á referir.

La pura moral está tan cargada de severas obligaciones, que si les echan la sobrecarga de fórmulas indiferentes casi siempre es á costa de lo esencial. Dicen que en este caso se hallan la mayor parte de los frayles que sujetos á mil reglas inútiles, no saben que cosa sea honor y virtud. Ménos reyna este defecto entre nosotros, pero no estamos totalmente inmunes de él. Nuestros eclesiásticos, tan superiores en sabiduría á todas clases de sacerdotes, como excede en santidad nuestra religion á todas las demas, tienen no obstante todavia ciertas máximas que mas que en la razon en la preocupacion parecen fundadas, como la que el bayle y las asambleas reprueba, ¡cual si fuera mas malo baylar que cantar; cual si no fuera cada una de estas diversiones igualmente por la naturaleza inspirada, y cual si fuera delito divertirse juntos en una recreacion inocente y honesta! Yo por mi pienso que muy al contrario siempre que hay concurrencia de ámbos sexos toda diversion

pública es inocente por lo mismo que es pública, en lugar de que á solas es sospechosa la ocupacion mas loable (1). El hombre y la muger fueron destinados uno para otro; el fin de la naturaleza es que se unan en matrimonio. Toda religion falsa pelea contra la naturaleza; la nuestra sola que la sigue y la rectifica anuncia su institucion divina y adaptada al hombre; por tanto no debe añadir al matrimonio ademas de los estorbos del órden civil dificultades que no presenta el Evangelio, y son contrarias al espíritu del cristianismo. Pero díganme ahora, ¿donde las personas jóvenes de ámbos sexos no casadas hallarán ocasiones de aficionarse mas á otras, y verse con mas decencia y circunspeccion, que en una asamblea donde atentos sin cesar á ellas los ojos del público las fuerzan á tener mucha cuenta con su conducta? ¿en que se ofende Dios con un ejercicio gustoso y saludable, idóneo para la viveza de la juvenil edad,

(1) En mi carta al señor d'Alembert sobre teatros he copiado de esta el trozo que sigue, y algunos otros, pero como entónces no se habia publicado aun esta edicion he pensado que debia esperar á que saliera, para citar lo que de ella habia sacado.

que consiste en presentarse uno á otro con decencia y gracia, y á que el espectador pone una gravedad que nadie sería osado á violar? ¿puede imaginarse medio mas honrado para no engañar á nadie, á lo ménos en cuanto á la figura, y mostrarse con las perfecciones y defectos que cada uno tiene, á las personas interesadas en conocernos ántes de obligarse á amarnos? ¿la obligacion de quererse mutuamente no lleva consigo la de agradarse? ¿y no es digno esmero de dos personas virtuosas y cristianas que piensan en unirse disponer así sus corazones al reciproco amor que les manda Dios?

¿Que sucede en los países donde reyna una eterna estrechura, donde se castiga como delito la alegría mas inocente, donde no se atreven á juntarse nunca en público los mozos de ámbos sexos, y donde no sabe la severidad de un pastor predicar en nombre de Dios mas que un yugo servil, y tristeza, y tedio? Que eluden una inaguantable tiranía que á la naturaleza y á la razon repugna; á los contentos licitos de que se ve privada una festiva y alegre juventud sustituye otros mas peligrosos; las citas á solas concertadas con maña reemplazan las públicas

asambleas; y á poder de esconderse como si fueran delincuentes les vienen tentaciones de serlo. La inocente alegría gusta de evaporarse á la luz del día, pero el vicio es amante de las tinieblas, y nunca habitaron mucho tiempo juntos el misterio y la inocencia. Querido amigo mío, me dijo, apretándome la mano, como para comunicarme su arrepentimiento, y trasvasar en mi corazón la pureza del suyo, ¿quien mejor que nosotros debe conocer toda la importancia de esta máxima? ¿Que de penas y quebrantos, que de llantos y remordimientos nos hubiéramos ahorrado por espacio de tantos años si con el amor que siempre hemos tenido ámbos á la virtud, hubiéramos sabido preveer desde lejos los riesgos que corre esta en las conversaciones á solas!

Lo repito, continuó la señora de Wolmar en tono mas sosegado, donde pueden peligrar las buenas costumbres no es en las numerosas asambleas donde nos ve y nos oye todo el mundo, sino en las conversaciones privadas donde reynan la libertad y el secreto. Fundada en este principio, cuando se juntan mis criados de ámbos sexos tengo mucho gusto en que se hallen todos, tambien apruebo que de los mozos de

la vecindad conviden á aquellos cuyo trato no puede perjudicarlos, y sé con la mas viva satisfaccion que cuando alaban las buenas costumbres de uno de nuestros vecinos jóvenes dicen, le reciben en casa del señor de Wolmar. En esto llevamos otro fin. Los hombres que nos sirven todos son solteros, y de las mugeres la rolla de los niños tampoco está casada. No es justo que el recato en que viven aquí unos y otras los prive de hallar ocasion para tomar estado decente. En estas pequeñas asambleas procuramos proporcionarles ocasiones á nuestra vista para ayudarlos á que escojan mejor, y trabajando así en formar familias dichosas aumentamos la dicha de la nuestra.

Faltara ahora que me justificase yo de baylar con esta buena gente; pero mas quiero consentir en ser condenada en este punto, y confieso con ingenuidad que el principal motivo que para ello tengo es el gusto que en eso hallo. Ya sabe Vm. que siempre he tenido tanta aficion como mi prima al bayle; pero desde que perdí á mi madre renuncié por toda mi vida de bayles y de toda asamblea pública; he cumplido mi promesa aun el día de mi boda, y seguiré cumpliéndola, sin pensar que faltó á ella, baylando alguna

vez en mi casa con mis huéspedes y mis criados que es un ejercicio provechoso para mi salud durante la vida sedentaria que nos vemos precisados á vivir aquí el invierno. Es para mí una inocente diversion, porque quando he baylado bien de nada me acusa mi corazon, y lo es tambien para el señor de Wolmar; todo mi anhelo de parecer bien se cñe á agradarle: soy causa de que venga él al sitio donde se bayla; la familia está mas contenta con verse honrada con la presencia de su amo, y tambien manifiesta mucho gozo de verme con ella. Finalmente hallo que esta moderada intimidad forma entre nosotros un vínculo de dulzura y apego que recuerda algo la humanidad natural, templando la bajeza de la servidumbre y el rigor de la autoridad.

Esto fué, Milord, lo que me dijo Julia acerca del bayle, y me admiró como con tanta afabilidad podia reynar tanta subordinacion, y como podian bajarse su marido y ella, y mezclarse con sus criados, sin que á estos les ocurriese la tentacion de tomar de aquí pie para nivelarse con ellos. No creo que haya soberanos en Asia servidos en su palacio con mas respeto que lo son en su casa estos buenos amos. No conozco

cosa ménos imperativa que sus órdenes, ni cosa con mas prontitud ejecutada; ruegan y vuelan los criados; disculpan, y reconocen ellos sus faltas. Nunca mas bien he comprendido cuan poco para la fuerza de las cosas hacen las palabras que se usan.

Esto me ha hecho hacer otra reflexion acerca de la vana gravedad de los amos, y es que lo que hace que en sus casas sean despreciados no tanto son sus palabras como sus defectos, y que la insolencia de los criados ántes indica un amo vicioso que débil, porque nada les infunde tanta osadia como el conocimiento de los vicios de su señor, y todos cuantos en él descubren son á sus ojos otras tantas dispensas de obedecer á un hombre que no pueden respetar.

Los criados imitan á los amos, y como los imitan toscamente, hacen con su conducta palpables los defectos que esconde mejor en los otros el oropel de la educacion. En Paris colegia yo las costumbres de las mugeres que conocia por el tono y el estilo de sus doncellas, y nunca me ha fallado esta regla. Ademas de que la doncella una vez depositaria del secreto de su ama le hace que pague caro el sigilo que guarda, obra como piensa la otra, y pone en cla-

no todas sus máximas practicándolas sin maña. En todas las cosas el ejemplo de los amos es mas eficaz que su autoridad, y no es natural que quieran los criados ser mas hombres de bien que ellos. En balde gritan, votan, maltratan, despiden, toman familia nueva, todo esto no mejora el servicio. Cuando el que no le importa que le desprecie y le aborrezca su familia, se cree bien servido sin embargo de ella, es porque se contenta con lo que ve, y con una aparente exactitud, sin hacer aprecio de mil males secretos, que sin cesar le hacen, y cuya fuente no distingue nunca. ¿Pero donde está el hombre tan privado de honor que pueda aguantar el desden de todo cuanto le rodea? ¿donde la muger tan abandonada que no sienta los agravios? ¿cuantas damas de Paris y Londres se creen muy acatadas, que se desharían en llanto, si oyesen lo que de ellas en su antesala se dice? Por fortuna para su sosiego se tranquilizan figurándose que estos Argos son unos necios, y persuadiéndose á que no ven nada de lo que no se dignan ocultarles. En pago no les ocultan estos, cuando murmurando los obedecen, el desprecio en que los tienen. Mutuamente amos y criados tienen la intima concien-

cia de que no merecen la pena de hacerse estimar unos de otros.

La opinion de los criados me parece la prueba mas cierta y mas difícil de la virtud de los amos, y me acuerdo, Milord, de haber hecho buena idea de la de Vm. en Valais sin conocerle solamente, porque tratando con bastante aspereza á su familia, no por eso le tenía ménos afecto, y manifestaban los criados de Vm. tanto respeto al amo en su ausencia como si este los estuviera oyendo. Han dicho que no habia héroe para su ayuda de cámara; puede ser, pero al varon justo le estima su criado; lo cual demuestra que el heroismo no es mas que una vana apariencia, y que no hay otra cosa sólida que la virtud. En esta casa especialmente es donde se reconoce la fuerza de su imperio en la aprobacion de los criados; aprobacion tanto mas segura que no consiste en vanos elogios, sino en la natural expresion de lo que sienten. No oyendo aqui jamas nada que les haga creer que no se parecen los demas amos á los suyos, no los alaban por virtudes que creen que poseen todos, pero con su sencillez dan gracias á Dios porque puso en la tierra ricos para hacer felices á los que los sirven, y para socorrer á los pobres.

Es tan contraria á la naturaleza del hombre la servidumbre, que no puede existir sin alguna desazon. Sin embargo es respetado el amo y nada dicen contra él, y si exhalan algunas murmuraciones contra el ama, valen mas que si fueran elogios. Ninguno se queja de que no tiene con él benevolencia, sino de que muestre la misma á los demas; ninguno puede sufrir que compare su zelo con el de sus camaradas, y quisiera cada uno ser el primero en favor, como cree serlo en afecto; esta es la única queja y la mayor injusticia de todos.

A la subordinacion de los inferiores se junta la concordia entre los iguales, y no es la ménos dificultosa esta parte de la administracion doméstica. En las contiendas de interes y zeli-
llos que sin cesar dividen la familia de una casa por poco numerosa que sea, nunca permanecen unidos como no sea á costa del amo. Si se ponen de acuerdo es para robar de mancomun, si son fieles cada uno se hace buen lugar á costa de los demas; es preciso que enemigos ó cómplices sean, y apénas se ve medio para evitar á la par su picardia y sus disensiones. La mayor parte de padres de familias se resignan á la alternativa entre estos dos inconvenientes. Prefiriendo unos el interes á lo que es honrado,

fomentan esta inclinacion de los criados á delaciones secretas, y creen que han hecho una obra maestra de prudencia haciendo que sean espías y zeladores unos de otros. Mas indolentes otros quieren mas ser robados y vivir en paz, y tienen á especie de honor recibir siempre mal los avisos que á veces un zelo puro á un sirviente fiel le dicta. Todos están igualmente equivocados. Los primeros excitando en sus casas continuos disturbios incompatibles con la regla y el buen orden, juntan un atajo de picaros y delatores, que siendo alevos con sus camaradas enseñan á serlo acaso un dia con sus amos. Los segundos negándose á saber lo que en sus casas sucede autorizan las ligas que contra ellos se formen, estimulan á los malos, desalientan á los buenos, y mantienen solo á bribones soberbios y holgazanes, que concordes á costa del amo reputan á favor sus servicios, y á derecho sus robos (1).

(1) He examinado de cerca el gobierno de las casas grandes, y he visto claro que es imposible que un amo que tiene veinte criados consiga nunca el saber si hay entre ellos un hombre de bien, y que no repate por tal el mas bribon de todos.

Es grave error así en la economía doméstica como en la civil querer combatir un vicio con otro ó establecer entre ellos una especie de equilibrio, como si lo que derriba los cimientos del orden pudiera servir nunca para establecerle. Con esta mala policia no se gana otra cosa que reunir al fin todos los inconvenientes. Los vicios que en una casa se toleran no reynan solos; déjese germinar uno, y en pos de este vendrán otros mil. En breve echan á perder á los criados que los tienen, dejan pereciendo al amo que los consiente, estragan ó escandalizan á los hijos de casa que atentamente los observan. ¿Que padre tan indigno hay que se atreva á contrapesar este último daño con utilidad ninguna? ¿que hombre de bien quisiera ser cabeza de familia, si no fuera asequible reunir en su casa la paz con la fidelidad, y si fuese necesario comprar el zelo de sus criados con el sacrificio de su reciproca benevolencia?

Esto solo me quitaría el gusto de ser rico. Una de las mas dulces satisfacciones de la vida, la satisfaccion de la estimacion y la confianza no la hay para estos infelices. Compran muy cara toda su plata.

¿ Quien solamente esta casa hubiese visto ni siquiera se imaginaria que pudiera presentarse semejante dificultad, de tal modo parece que provienen la union de los miembros de la ley que á las cabezas tienen. Aquí es donde se encuentra el palpable ejemplo de que no es posible amar de veras al amo sin amar todo cuanto le pertenece; verdad que es el cimiento de la caridad cristiana. ¿ No es cosa muy sencilla que se traten entre sí como hermanos los hijos de un mismo padre? Esto es lo que en el templo nos dicen sin hacernoslos tocar; y esto lo que tocan los moradores de esta casa, sin que nadie se lo diga.

Empieza esta disposicion á la concordia con la eleccion de los sugetos. Para recibirlos no solamente examina el señor de Wolmar si le petan á él y á su muger, mas tambien si se petan unos á otros; y una antipatia bien manifiesta entre dos excelentes criados bastaría para despedir al instante á uno de los dos, porque dice Julia que una casa de tan poca familia, una casa de donde nunca salen, y donde están siempre unos con otros, debe ser igualmente agradable para todos, y sería para ellos un infierno, si no fuera una casa de paz. Deben con-

siderarla como su casa paterna, donde todos son una propia familia. Uno solo que disgustase á los demas pudiera hacérsela odiosa, y teniendo siempre presente á su vista este objeto desagradable, no se hallarian bien ni ellos ni nosotros.

Despues de haberlos apareado lo mejor que ser puede se los une, por decirlo así, mal de su grado, por los servicios que en algun modo se ven forzados á hacerse, y se dispone de manera que tenga cada uno palpable interes en ser amado de sus camaradas. A ninguno se le recibe tan bien cuando viene á pedir un favor para si propio como cuando para otro, y así el que desea alcanzarle procura empeñar á otro para que hable en su abono, cosa tanto mas fácil, cuanto ya sea que se otorgue ó se niegue un favor solicitado así, siempre se le dan elogios á aquel que ha intercedido, y al contrario se reprehenden aquellos que solo para sí son buenos. ¿Porque, se les dice, he de otorgar yo lo que para ti me piden pues que tú nunca has solicitado nada para nadie? ¿es justo que seas mas afortunado que tus camaradas, porque son ellos mas serviciales que tú? Mas se hace, se les persuade á que se hagan reciprocamente secre-

os servicios sin ostentacion y sin darse á conocer; cosa que eso ménos difícilmente se consigue que muy bien saben que el amo testigo de esta reserva los estimará mas; así gana el interes, y nada pierde el amor propio. Tan convencidos están de esta disposicion general de los ánimos, y reyna tanta confianza entre ellos, que quando tiene uno una gracia que solicitar lo dice en la mesa por via de conversacion, y muchas veces sin hacer otra diligencia halla la cosa solicitada y alcanzada, y no sabiendo á quien dar las gracias queda agradecido á todos.

Por este medio y otros semejantes se consigue que reyne entre ellos una ley nacida de la que á su amo le tienen, y que está subordinada á esta. Así léjos de coligarse en detrimento suyo, están todos unidos para servirle mejor. Por mucho interes que en quererse tengan es mayor el que en agradarle tienen: el zelo de su servicio es mas eficaz con ellos que su benevolencia mutua, y reputándose todos perjudicados en pérdidas que le privarian de parte de los medios que de remunerar á un buen sirviente tiene, son igualmente incapaces de sufrir en silencio el perjuicio que uno

quisiera hacerle. Esta parte de la policía establecida en esta casa me parece que tiene algo de sublime, y no puedo admirarme lo suficiente del modo con que han sabido el señor y la señora de Wolmar convertir el vil oficio de acusador en función de integridad, zelo y valor tan noble ó á lo ménos tan loable como lo era entre los Romanos.

Se ha empezado destruyendo ó precaviendo con claridad, sencillez y palpables ejemplos aquella servil y culpada moral, aquella mutua tolerancia á costa del amo, que los malos erizados se esfuerzan á persuadir con nombre de caridad á los buenos. Se les ha dado á entender bien que el precepto de encubrir las culpas de su próximo solamente habla de las que á ninguno perjudican; que una injusticia que se ve y se calla, y que daña á un tercero la comete quien la consiente, y que como solo la conciencia de nuestros propios defectos es la que nos obliga á perdonar los ajenos, ninguno gusta de tolerar á los picaros, si no es tan picaro como ellos. Por estos principios verdaderos generalmente de hombre á hombre y muy mas rigurosos todavía en la relación mas íntima del sirviente al amo, se asienta

aquí como incontestable, que quien ve hacer perjuicio á sus amos sin denunciarlo es todavía mas culpado que el que le hace, porque este se deja llevar en su acción del beneficio que espera; pero el otro á sangre fria y sin interes no tiene otro motivo para su silencio que una profunda indiferencia respecto á la justicia, al beneficio de la casa que sirve, y un deseo secreto de imitar el ejemplo que disimula; de suerte que si es de entidad la culpa, alguna vez el que la cometió puede esperar perdon; pero el testigo que la ha callado es infaliblemente despedido como hombre propenso al mal.

En cambio no se consiente acusacion ninguna que pueda ser sospechosa de injusticia y calumnia, esto es que no se admite si no está presente el acusado. Si viene alguno privadamente á hacer una denunciacion contra un camarada, ó á quejarse personalmente de él, se le pregunta si está bien informado; esto es, si ha empezado explicándose con aquel de quien viene á quejarse. Si dice que no, se le pregunta entónces como puede fallar de una acción, cuyos motivos no sabe. Esa acción, se le dice, tiene acaso conexión con otra que ignoras; va acaso acom-

pañada de circunstancias que la justifican ó la disculpan, y que tú no conoces. ¿Como te atreves á condenar esa conducta ántes de saber que razones al que la sigue le asisten? Si te hubieras explicado con él acaso con dos palabras hubiera quedado justificado á tus ojos. ¿Porqué te expones á censurarlo sin causa y me pones á riesgo de ser cómplice de tu sin razon? Si afirma que se ha explicado ántes con el acusado: ¿pues porqué, se le replica, vienes sin él, como si tuvieras miedo de que desmintiese lo que tienes que alegar? ¿con que facultad omites conmigo la precaucion que has creído que debias tomar para tí? ¿es acertado querer que juzgue yo por tu dicho de una accion de que tú no has querido juzgar por tus propios ojos? ¿y no serías responsable de la decision parcial que pudiera yo fallar, si me contentase con sola tu deposicion? Luego se le propone que haga venir al acusado; si se allana á ello en breve se arregla el negocio; si no quiere, se le impone silencio con una áspera reprehension; pero se le guarda secreto, y se examina tan atentamente la conducta de uno y otro, que en breve se sabe cual de los dos es culpado.

Tan notoria es esta regla, y tan bien asentada

está, que nunca se oye un criado de esta casa hablar mal de un camarada ausente, porque saben que es un medio de ser tenido por cobarde ó embustero. Cuando acusa uno de ellos á otro lo hace á cara descubierta, sin rebozo y no solo á presencia suya sino de todos sus camaradas, para que sean testigos de lo que afirma y fiadores de su buena fe. Cuando se trata de diferencias personales casi siempre se componen por medianeros sin importunar al amo ni al ama; pero cuando del sagrado interes del amo se trata, no puede quedar el negocio secreto, y es preciso que se acuse á sí propio el culpado, ó que haya un acusador. Estos pleytillos son muy raros y se sustancian en la mesa, en las visitas que hace diariamente Julia á la comida ó á la cena de la familia, y chancéandose los llama el señor de Wolmar sus estrados. Entonces despues de haber escuchado atentamente la querella y la respuesta, si interesa á su servicio el asunto, da gracias al acusador por su zelo. Bien sé, le dice, que quieres á tu camarada; siempre me has hablado bien de él y te agradezco que pueda mas contigo el amor á tu obligacion y á la justicia que tus inclinaciones personales; así se porta un sirviente fiel

y un hombre de bien. Luego si no tiene culpa el acusado le da siempre algun elogio para justificarle. Pero si realmente la tiene le libra delante de los demas de parte de su confusion: supone que tendrá algo que alegar en defensa suya, que no querrá declarar á presencia de tanta gente; le da una hora para oírle privadamente, y allí ella ó su marido le da una agria reprensión. Lo raro que hay en esto que el mas temido de los dos no es el mas severo, y que menos miedo tienen de las ásperas reprensiones del señor de Wolmar que de las afectuosas quejas de Julia. El uno haciendo hablar la justicia y la verdad aterra y confunde á los culpados; la otra les infunde un mortal sentimiento de su culpa, manifestándoles el que ella tiene en verse precisada á privarlos de su cariño. Muchas veces les saca lágrimas de dolor y vergüenza, y no pocas sucede que se entenece ella propia al ver su arrepentimiento, con la esperanza de no hallarse obligada á cumplir su palabra.

Uno que apreciase todos estos afanes por lo que en su casa ó en la del vecino sucede acaso los reputaría inútiles ó penosos. Pero Vm., Milord, que tan alta idea de las obligaciones y

los gustos del padre de familias tiene y conoce el natural imperio que en el corazon humano se grangean el ingenio y la virtud comprende lo que importan estas menudas cosas, y sabe en lo que estriba que den sazonados frutos. Riqueza no hace rico, dice la novela de la Rosa. El caudal de un hombre no está en su arca sino en el uso que de él hace, porque solo por el empleo que de las cosas hacemos nos las apropiamos y siempre son mas inexhaustos los abusos que las riquezas, lo cual es causa de que nadie disfrute á proporcion de sus gastos sino á proporcion del modo de ordenarlos estos. Un loco puede arrojar barras de plata á la mar, y decir que ha gozado de ellas: ¿pero que comparacion hay entre este gozo extravagante, y el que hubiera sabido sacar un hombre prudente de ménos cantidad? Solo el orden y la regla que multiplican el uso de los bienes pueden convertir en la felicidad el placer. Y si nace la propiedad de la relacion de las cosas con nosotros, si nos da las riquezas mas ántes que el empleo de ellas su adquisicion; ¿que afanes importan mas al padre de familias que la economia doméstica y el buen gobierno de su casa donde las mas perfectas relaciones tie-

nen conexión directa con él, y donde el bien de cada miembro aumenta entónces el de la cabeza?

¿Los mas ricos son los mas felices? ¿que vale la opulencia para la felicidad? Pero toda casa bien ordenada es imágen del alma de su amo. Los dorados techos, el luxo y la magnificencia solo la vanidad de quien de ellos hace alarde indican, en vez de que en todas partes donde vea Vm. reynar la regla sin tristeza, sin esclavitud la paz, sin profusión la abundancia, diga con toda confianza: aquí manda un hombre feliz.

Yo por mi pienso que la señal mas cierta del verdadero contento del ánimo es la vida retirada y doméstica, y que los que sin cesar van buscando la dicha en casas ajenas, es porque no la encuentran en la suya. Un padre de familias que está contento en su casa, disfruta en pago de los afanes continuos que se toma el gozo continuo de los mas dulces afectos de la naturaleza. Solo entre todos los mortales es árbitro de su propia felicidad, por que es feliz, como el mismo Dios, sin desear nada mas que aquello que posee. Como este Ser inmenso, no piensa en hacer mas vas-

tas sus posesiones, sino en apropiárselas verdaderamente por las relaciones mas perfectas, y la direccion mas bien entendida, y si no se enriquece con meras adquisiciones, se enriquece poseyendo mejor lo que tiene. Solo de la renta de sus tierras disfrutaba, y goza ahora de sus propias tierras presidiendo á su cultura, y recorriéndolas sin cesar. En las acciones solamente tenia derecho, y ahora se le ha grangeado en las voluntades. Era amo á precio de dinero, y ahora lo es por el sagrado imperio de la estimacion y los beneficios. Despójese la fortuna de sus riquezas, nunca podrá quitarle los corazones que se ha grangeado; no quitará á su padre sus hijos, y consistirá toda la diferencia en que ayer los mantenía él, y ellos le mantendrán hoy, porque á sus criados que para él eran estraños los ha hecho suyos, y se los ha apropiado. Así se aprende á disfrutar verdaderamente de sus bienes, de su familia y de sí propio; así las menudas ocupaciones de una casa se convierten en delicias para el hombre de bien que sabe apreciarlas en lo que valen, y así lejos de mirar como un gravámen sus obligaciones cifra en ellas su felicidad y saca de sus nobles y afectuosas funciones la gloria y la satisfacción de ser hombre.

Y si son tan mal apreciadas, ó tan poco conocidas tan preciosas utilidades, y si los pocos que á ellas aspiran tan contadas veces las alcanzan, todo esto proviene de una misma causa. Obligaciones hay sencillas y sublimes que en manos de pocos está el amarlas y desempeñarlas, y de esta especie son las del padre de familias, á las cuales inspiran cierta repugnancia el tráfago y el bullicio del mundo, y que tambien se desempeñan mal cuando nos encargamos de ellas por razones de interes y avaricia. No falta quien cree que es un buen padre de familias, y no es mas que un vigilante mayordomo; puede que prospere su caudal, pero nunca irá bien gobernada su casa. Proyectos mas altos se requieren para alumbrar y dirigir esta importante administracion, y que salga á medida del deseo. La primera diligencia por donde ha de empezar el orden de una casa, es no consentir en ella mas que á hombres de bien que no tengan la secreta intencion de perturbar este orden: ¿empero son acaso de tal modo compatibles servidumbre y honradez que se pueda esperar que hayan de encontrarse criados hombres de bien? No, Milord, para tenerlos no se han de ir á buscar, sino que se han de formar, y solo un hombre de bien sabe el arte

de formar otros que lo sean. En balde afecta un hipócrita el estilo de la virtud, á nadie le infunde el gusto de practicarla, y si supiera hacer que fuera amable él la amaría. ¿A que valen frias lecciones que desmiente un continuo ejemplo, sino para hacer creer que el que las da se burla de la credulidad agena? ¡que gran disparate dicen los que nos exhortan á hacerlo que dicen, y no lo que hacen! Quien no hace lo que dice nunca lo dice bien, porque falta el idioma del corazon que es el que mueve y persuade. Algunas veces he oido esas conversaciones disfrazadas sin arte que en presencia de los criados se tienen, como en presencia de las criaturas para darles lecciones indirectas. Léjos de pensar que tragasen por un solo instante el anzuelo siempre los he visto reirse en secreto de la necesidad del amo, que los tenia por tontos vendiendo sin arte delante de ellos máximas que sabian muy bien que no eran las suyas.

Ninguna de estas vanas sutilezas se conoce en esta casa, y el arte principal de los amos para que sean sus criados lo que ellos quieren es dejarse ver de estos como ellos son. Siempre es ingenua y sincera su conducta porque no rece-

lan que sean desmentidas sus palabras por sus acciones. Como no tienen para sí una moral diferente de la que enseñar á los demás pretenden, no necesitan circunspeccion en sus razones, ni una expresion que se les va sin pensar destruye los principios que se han esforzado á asentar. No dicen imprudentemente todos sus negocios, pero dicen con franqueza todas sus máximas. En la mesa, en el paseo, á solas ó delante de gente, siempre se habla del mismo modo; se dice con ingenuidad lo que de cada cosa se piensa, y sin cuidar de este ó del otro, todos sacan alguna instruccion. Como nunca ven los criados que haga el amo cosa que no sea justa y equitativa, no contemplan la justicia como un tributo del pobre, un yugo del desdichado, y una de las miserias de su condicion. El esmero que se pone en que no vayan y vengan en balde los operarios, y pierdan jornales en solicitar la paga de los que han ganado, los acostumbra á conocer lo que vale el tiempo. Cuando ven la atencion de sus amos en que no sea perdido el ageno, cada uno colige que no debe perder el suyo, y tiene á mas grave delito la ociosidad. La confianza que en todos su integridad infunde da á sus insti-

tuciones una fuerza que las consolida y precave los abusos. En la gratificacion de cada semana no hay miedo de que crea siempre el ama que el mas jóven ó el mejor mozo ha sido el mas diligente. No recela un criado antiguo que le hagan alguna morisqueta para frustrarle del aumento de soldada que le es debido. Nadie espera aprovecharse de la discordia de los amos para hacerse lugar, y alcanzar de uno lo que haya negado el otro. Los que son solteros no temen que pongan óbices á que tomen estado para retenerlos mas tiempo, y que así les perjudiquen sus buenos servicios. Si viniese algun criado forastero á decir á la familia de esta casa que un amo y sus criados se hallan en un estado de verdadera guerra; que haciendo estos á aquel cuanto mas mal pueden usan en esto de justas represalias; que siendo los amos usurpadores, embusteros y bribones, no es injusticia tratarlos como ellos al príncipe ó al pueblo, ó á los particulares tratan y volverles con maña el mal que por fuerza á cara descubierta ellos hacen; al que así hablase nadie le entenderia; y aquí nadie se cura de impugnar ó precaver semejantes razonamientos; solo á los que para ellos dan pie compete la obligacion de refutarlos.

Nunca hay mal humor ni rebeldía en la obediencia, porque no hay antojos ni altanería en el mando, porque nada se exige que racional y útil no sea, y porque se respeta lo bastante la dignidad del hombre, aunque esté sirviendo, para no emplearle nunca en ocupaciones que le envilezcan. Por lo demás lo único que aquí se reputa por bajeza es el vicio, y todo cuanto es útil y justo es decente y honrado.

Si no se consiente ningún enredo fuera de casa á nadie le viene tentación de fraguarle. Todos saben que la fortuna mas cierta para ellos pende de la de su amo, y que nunca les faltará nada mientras vean próspera la casa. Con servir cuidan de su patrimonio, y le aumentan, haciendo que se agradezcan sus servicios, y este es su principal interes. Pero esta voz no es aplicable aquí, porque nunca he visto organización política en que tan bien dirigido estuviese el interes y ménos influjo tuviese. Todo se hace por inclinación; dijera uno que se purifican estas almas venales así que entran en esta morada de unión y sabiduría; dijera que todos y cada uno de la familia participa de las luces del amo, y la sensibilidad del ama; tan benéficos, juiciosos, honrados y superiores á su condición se muestran. Su primera ambición

es hacerse estimar, apreciar y querer bien, y las expresiones de aprecio que uno les dice las estiman como en otras partes los regalos que da.

Estas son, Milord, mis principales observaciones acerca de la parte de la economía de esta casa que á los criados y jornaleros respeta. En cuanto al método de vida de los amos, y la educación de los hijos, cada uno de estos artículos requiere una carta separada. Ya sabe Vm. con que ánimo he empezado estas anotaciones, pero de verdad todo esto forma tan hechicera pintura que para contemplarla no se necesita otro interes que la satisfacción que causa.

(a) En España estase en el patio en pie, pero solo la gente vulgar es la que va á este sitio; en Francia al contrario van al patio los sugetos mas decentes. En Paris está ahora el patio sentado. (Nota del traductor.)

CARTA 11.^a

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

No, Milord, no me desdigo, nada se ve en esta casa que no reuna con lo útil lo agradable;

Nunca hay mal humor ni rebeldía en la obediencia, porque no hay antojos ni altanería en el mando, porque nada se exige que racional y útil no sea, y porque se respeta lo bastante la dignidad del hombre, aunque esté sirviendo, para no emplearle nunca en ocupaciones que le envilezcan. Por lo demás lo único que aquí se reputa por baja es el vicio, y todo cuanto es útil y justo es decente y honrado.

Si no se consiente ningún enredo fuera de casa á nadie le viene tentación de fraguarle. Todos saben que la fortuna mas cierta para ellos pende de la de su amo, y que nunca les faltará nada mientras vean próspera la casa. Con servir cuidan de su patrimonio, y le aumentan, haciendo que se agradezcan sus servicios, y este es su principal interes. Pero esta voz no es aplicable aquí, porque nunca he visto organización política en que tan bien dirigido estuviese el interes y ménos influjo tuviese. Todo se hace por inclinación; dijera uno que se purifican estas almas venales así que entran en esta morada de unión y sabiduría; dijera que todos y cada uno de la familia participa de las luces del amo, y la sensibilidad del ama; tan benéficos, juiciosos, honrados y superiores á su condición se muestran. Su primera ambición

es hacerse estimar, apreciar y querer bien, y las expresiones de aprecio que uno les dice las estiman como en otras partes los regalos que da.

Estas son, Milord, mis principales observaciones acerca de la parte de la economía de esta casa que á los criados y jornaleros respeta. En cuanto al método de vida de los amos, y la educación de los hijos, cada uno de estos artículos requiere una carta separada. Ya sabe Vm. con que ánimo he empezado estas anotaciones, pero de verdad todo esto forma tan hechicera pintura que para contemplarla no se necesita otro interes que la satisfacción que causa.

(a) En España estase en el patio en pie, pero solo la gente vulgar es la que va á este sitio; en Francia al contrario van al patio los sujetos mas decentes. En Paris está ahora el patio sentado. (Nota del traductor.)

CARTA 11.^a

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

No, Milord, no me desdigo, nada se ve en esta casa que no reuna con lo útil lo agradable;

pero no se ciñen las ocupaciones útiles á las que dan dinero, sino que tambien comprenden toda diversion inocente y sencilla que mantiene el gusto de la sociedad, el trabajo y la moderacion, y conserva á quien se entrega á ella sana el alma y libre el corazon de la agitacion de las pasiones. Si solo tristeza y fastidio engendra la ociosidad indolente, el hechiso de un dulce descanso es fruto de una vida laboriosa. Solo para gozar trabajamos, y es nuestra verdadera vocacion esta alternativa de gozos y penas. El descanso que de desahogo á las pasadas tareas y de estimulo á las venideras sirve no es ménos necesario para el hombre que el trabajo mismo.

Despues que me hubo admirado el efecto de la vigilancia y afanes de la mas respetable madre de familias en el orden de su casa he visto el de sus recreaciones en un sitio apartado que ha hecho su paseo válido y que llama ella su Eliseo.

Muchos dias hacia que oia hablar de este Eliseo con una especie de misterio. Por fin ayer despues de comer, siendo inaguantable el calor casi tanto dentro como fuera de casa, propuso el señor de Wolmar á su muger que holgara aquella tarde, y que en vez de retirarse, como acos-

tumbra al cuarto de sus hijos hasta la caida del dia viniese con nosotros á tomar el fresco al vergel; consintió en ello y salimos juntos.

Este sitio aunque inmediato á la casa, está de tal modo oculto por la calle cubierta que de ella le separa, que no se le descubre por parte ninguna. El denso ramage que le rodea no deja que penetre la vista, y está siempre cerrado con llave con el mayor esmero. Apenas estuve dentro que, habiendo escondido la puerta unos alisos y avellanos que solo dos pasadizos angostos dejan á los lados, cuando me volvi no vi por donde habia entrado, y me hallé allí como si hubiera caido del cielo.

Asi que entré en este pretense vergel me encantó una grata sensacion de frescura, que á lo ménos tanto como á mis sentidos hacian sensible á mi imaginacion sombras oscuras; una viva y animada verdura, flores por todas partes desparramadas, murmurio de una agua corriente, y el trinar de mil pajarillos; pero creí al mismo tiempo que veia el sitio mas selvático, mas hiermo de la naturaleza, y me parecia que era yo el primer mortal que hasta entónces en este desierto hubiera penetrado. Pasmado, embargado, arrobado con tan no previsto espec-

táculo, me paré por un instante inmóvil, y clamé luego con involuntario entusiasmo. ¡O Tinian, ó Juan-Fernandez (1)! Julia, el fin del mundo está á la puerta de casa de Vm. Muchos lo han dicho como Vm., dijo ella sonriéndose, pero en dando veinte pasos están de vuelta á Clarens; veamos si en Vm. dura el encanto mas tiempo. Este es el mismo vergel donde se paseaba Vm. en otro tiempo, y donde se peleaba con mi prima tirándose alberchigos. Y sabe Vm. que era la hierba muy árida, que los árboles estaban muy claros, y daban muy poca sombra, y que no habia agua. Véale Vm. ahora fresco, verde, lozano, frondoso, florido, regado. ¿Cuanto piensa Vm. que me ha costado ponerle en el estado en que se halla? Porque le debo decir á Vm. que soy yo la superintendente, y que mi marido me lo deja enteramente á mi arbitrio. A fe mia, le dije, que solo negligencia le ha costado á Vm. Este sitio es delicioso, verdad es, pero agreste y abandonado; no veo en él trabajo humano. Ha cerrado Vm. la puerta, ha venido el agua no sé como; todo

(1) Islas desiertas del océano pacífico, célebres en el viage del almirante Anson.

lo demas lo ha hecho la naturaleza, y nunca hubiera Vm. sabido trabajar tan bien como ella. Verdad es, dijo ella, que la naturaleza lo ha hecho todo, pero bajo mi direccion, y no hay aqui cosa que no haya yo ordenado. Vamos, adivine Vm... Lo primero, respondí, yo, no entiendo como con trabajo y dinero se ha podido suplir el tiempo. Los árboles... En cuanto á eso, dijo el señor de Wolmar, notará Vm. que hay pocos muy corpulentos, y estos estaban ya, ademas de que Julia lo principió esto mucho tiempo ántes de su casamiento, y casi luego que murió su madre, que se vino aqui con su padre á buscar la soledad. Bien está, dije, una vez que dice Vm. que todos estos espesillos, estos vastos toldos, estas colgantes copas de árboles, estas florestas tan sombrías sean produccion de siete á ocho años, y fruto del arte, pienso que si en recinto tan vasto le ha costado á Vm. mil duros, ha sido muy barato. No echa Vm. mas que mil duros de mas, me dijo; no me ha costado nada. — ¡Como nada! — Nada; á ménos que quiera Vm. contar una docena de dias al año que trabaja mi jardinero, otro tanto dos ó tres de la familia, y algunos el señor de Wolmar que no

se ha desdenado de ser algunas veces mi mozo jardinero. No comprendia la significacion de este enigma, pero Julia que hasta entónces me habia detenido me dijo dejando que me fuera: vaya Vm. adelante y me comprenderá. A Dios Tinian, á Dios Juan-Fernandez, á Dios todo el encantamento. Dentro de un instante estará Vm. de vuelta del cabo del mundo.

Púseme á recorrer extático este vergel así transfigurado, y si no hallé plantas exóticas ni producciones de Indias, encontré las del pais dispuestas y reunidas de modo que producian el efecto mas risueño y mas grato. El verde y denso pero corto y apretado césped estaba mezclado con serpol, almoradux, tomillo, mejorana, y otras plantas aromáticas. Se veian brillar mil flores campestres, entre las cuales distinguian los ojos con estrañeza algunas de jardin, que al parecer naturalmente con las otras crecian. De cuando en cuando encontraba espesuras impenetrales á los rayos del sol como en la selva mas enmarañada. Formábanlas árboles de la madera mas flexible cuyas ramas habian sido encorvadas, plantadas en tierra, y habian echado raices con un artificio semejante á lo que naturalmente sucede en América

con los manglares. En los sitios mas descubiertos veia acá y allá sin orden ni simetría matorrales de rosales, de sangüesos, de arbustos, de grosella, malezas de lilas, de avellanos, de saucos, de geringuillas, de retamas, de trébol, que ornaban la tierra, haciendo que pareciese que no estaba desmontado. Seguia las calles irregulares y torcidas que bordaban estos frondosos bosquecillos, y que cubrian mil guirnaldas de dulzamara, de solano trepador, de lúpulo, de albolol, de brionia, de clemátide y otras plantas de esta especie, con las cuales se dignaban confundirse la madreselva y el jazmin. Parecia que estas guirnaldas se habian enlazado sin arte de un árbol á otro, como lo habia notado algunas veces en la selva, y formaban encima de nosotros una especie de toldo que nos preservaba del sol, mientras que debajo de nuestras plantas teniamos una alfombra suave, cómoda y seca en un musgo fino, sin arena, sin hierba, y sin ramas ásperas. Solo entónces descubri, no sin estrañeza, que aquel verde sombrío y apiñado que tanto me habia pasmado desde léjos no era otra cosa que un monton de plantas reptantes y parásitas que enroscándose por el tronco de los árboles rodeaba su copa de

un denso follage, y su pie de frescura y sombra. Tambien noté que con el auxilio de una industria muy sencilla se habia conseguido que tomaran raiz en los troncos de los árboles, muchas de estas plantas, de suerte que se veían mas con andar ménos camino. Bien comprende Vm. que la fruta no gana nada con todas estas adiciones, pero solo en este parage se ha sacrificado lo útil á lo agradable, y en la demas tierra están cultivados con tanto esmero árboles y plantas, que aunque falta este vergel es la cosecha de fruta muy mas considerable de lo que antes era. Si reflexiona Vm. en el gusto que algunas veces se tiene en ver en lo interior de un bosque una fruta silvestre, y refrescarse con ella, colegirá el que aqui se encuentra hollando en un desierto artificial frutas excelentes y maduras aunque contadas y de mala facha, pero que ofrecen la diversion de buscarlas y escógerlas.

Todos estos senderos estaban regados y atrevados por una agua limpia y clara, que á veces entre la hierba y las flores en hilos casi imperceptibles circulaba, y á veces por un menudo y taraceado guijo que daba al agua nuevo brillo corria. Veíanse las fuentes salir bullendo de la

tierra, y á veces canales mas hondos en que apacible y sosegada reflejaba el agua á la vista los objetos. Ahora ya comprendo todo lo demas, dije á Julia, por esas aguas que veo por todas partes... De alli vienen, replicó enseñandome el sitio donde estaba el terrado de su jardín. Es el arroyo mismo que en el cuadro de flores da á costa de mucho trabajo agua por un saltadero de quien nadie hace caso. No quiere destruirle mi marido por respeto á mi padre que le hizo. ¡Pero con que gusto venimos todos los dias á ver correr en este vergel esta agua á que casi nunca nos arrimamos en el jardín! el saltadero echa agua para los forasteros, y aqui el arroyo corre para nosotros. Verdad es que he reunido á él el agua de la fuente pública que iba al lago por el camino real que echaba á perder en detrimento de los trágicantes, y sin provecho para nadie. Hacia un recodo al pie del vergel entre dos filas de sauces que he metido dentro de mi recinto, y llevo la misma agua por otros caminos.

Entónces ví que no se habia hecho mas que hacer que estas aguas se deslizasen con economía dividiéndolas y reuniéndolas cuando convenia, disminuyendo el desnivel en quanto era posible,

para alargar el circuito, y conseguir el murmurio de algunas pequeñas cascadas. Una capa de arcilla cubierta con una pulgada de guijo del lago, y sombrada de conchas formaba el cauce de los arroyos. A trechos corian bajo algunas anchas tejas tapadas con tierra y cesped á nivel del suelo, y á su salida formaban otras tantas fuentes artificiales. En varios sitios áspersos se levantaban por sifones algunos chorros que caian borbotando. Finalmente refrescada y humedecida así la tierra, sin cesar daba nuevas flores, y mantenía siempre verde y hermosa la hierba.

Cuanto mas este agradable asilo recorria sentia crecer la deliciosa sensacion que cuando entré en él habia experimentado; no obstante la curiosidad era lo que mas ansiaba por satisfacer, y mas ocupado me traia la vista de los objetos que el examen de su impresion, dejándome llevar de esta deliciosa contemplacion sin tomar el trabajo de pensar. Pero la señora de Wolmar sacándome de este distramiento, y agarrándome del brazo, me dijo: todo cuanto Vm. ve no es mas que la naturaleza inanimada y vegetal, y hágase lo que se quiera deja siempre una idea de soledad que entristece.

Venga Vm. á verla animada y sensible, allí es donde cada momento del dia le hallará un nuevo atractivo. Ya adivino, le dije; oygo un ruidoso y confuso gorgéo, y veo pocos páxaros; sin duda tiene Vm. paxarera. Verdad es, dijo, acerquémonos á ella. No me atreví por entónces á decir lo que de la paxarera pensaba, pero esta idea tenia para mí algo de desagradable, y no me parecia concordante con las demas.

Bajamos por mil revueltas á la parte inferior del vergel, donde hallé reunida toda el agua en un cristalino arroyo que mansamente entre dos filas de sauces, muchas veces chapodados, se deslizaba. Sus cimas huecas y medio desnudas formaban unas especies de vasos de donde por el arte que ántes he explicado, salian follages de madre selva que parte se enlazaban en torno de las ramas y parte caia con gracia por las orillas del arroyuelo. Casi al extremo del recinto habia un estanque chico hordado de hierbas, juncos y cañas que servia de bebedero á la paxarera, y era la postrera estacion de esta agua tan preciosa y tan bien aprovechada.

Mas allá del estanque habia un terraplen terminado en el ángulo del coto por un montecillo guarnecido con una muchedumbre de

arbolillos de todas especies, los mas chicos en lo mas alto, y que crecian en tamaño á medida que estaba mas bajo el suelo, lo cual hacia el plano de las copas casi horizontal, ó manifestaba que debía serlo un dia. Delante habia una docena de árboles nuevos todavia, pero que debian un dia ser muy grandes, como hayas, olmos, fresnos y acacias. Los bosquecillos de esta colina eran el albergue de la muchedumbre de páxaros cuyo gorgceo desde lejos habia oido, y al abrigo de esta enramada, como debajo de un vasto parasol se veian revolotear, correr, cantar, provocarse, reñir como si nos no hubieran visto. Tan lejos estuvieron de escaparse cuando llegamos, que conforme á la idea en que estaba yo imbuido, creí al principio que estaban encerrados con un enrejado, pero cuando llegamos á orillas del estanque vi que bajaban muchos, y acercaban á nosotros en una especie de calle corta que dividia en dos el terraplen, y comunicaba del estanque á la páxarera. Entonces dando el señor de Wolmar la vuelta del estanque tiró en la calle dos ó tres puñados de una mezcla de varios granos que en la faltriquera llevaba, y así que se hubo retirado acudieron los páxaros, y se pusieron á comer

como si fueran gallinas, con tanta serenidad que luego vi que estaban habituados á este ejercicio. Me embelesa esto, exclamé. Mucho habia estrañado que tuviera Vm. páxarera, pero ahora entiendo lo que queria decir esta voz, y veo que quiere Vm. huéspedes y no cautivos. ¿Que llama Vm. huéspedes? respondió Julia, nosotros somos los suyos (1); ellos son aquí los amos, y les pagamos tributo, para que nos reciban alguna vez. Bueno es eso, repliqué, ¿pero como se han apoderado de este sitio esos amos? ¿por que medio se han reunido tantos moradores voluntarios? Yo nunca oí decir que se hubiera tentado cosa semejante, y no hubiera podido creer que fuese asequible si no tuviera la prueba adelante de mis ojos.

La paciencia y el tiempo, dijo el señor de Wolmar, han obrado este prodigio, dos medios en que raras veces piensan los ricos para sus deleytes. Siempre acuciados para gozar, los únicos agentes que conocen son la fuerza y el dinero; tienen páxaros en jaulas, y amigos por

(1) Esta respuesta no es exacta, porque la voz *huésped* es correlativa. *Huésped* es el hospedado y *huésped* el que hospeda.

tanto cada mes. Si una vez entraran criados en este sitio, en breve veria Vm. desaparecer los páxaros, y si ahora son tantos es porque siempre los ha habido. No se hace que vengan cuando no los hay, pero cuando los hay es fácil atraer otros satisfaciendo todas sus necesidades, no asustándolos nunca, dejándolos criar sus hijos sin incomodarlos, y no cogiéndolos, porque así los que hay se quedan, y los que vienen se quedan tambien. Aunque separado del vergel ya existía este bosquecillo; Julia le metió dentro cercándole con un vallado de zarzas, quitó la que le separaba, le ha agrandado, y le ha hermoseado con nuevas plantaciones. A izquierda y derecha de la calle que allá lleva ve Vm. dos espacios llenos de una confusa mezcla de hierbas, paja y todo género de plantas. Cada año hace sembrar trigo, mijo, girasol, cañamo, arvejas (1), y en general todos los granos que gustan á los páxaros, y no se coge nada. Ademas de esto casi todos los dias en hibierno y verano, ella ó yo les traemos de comer, y cuando no lo hacemos, por lo comun suple por nosotros la Paca. Tienen

(1) Algarroba.

el agua á dos pasos, come Vm. ve, y mi muger cuida hasta de que hagan sus nidos. Con la proximidad de materiales, la abundancia de víveres y el mucho esmero que se pone en apartar de aquí todo enemigo (1), el sosiego imperturbable que disfrutan los excita á poner en este parage cómodo donde no les falta nada, y ninguno los perturba. De este modo la patria de los padres tambien es la de los hijos, y se conserva y multiplica la poblacion.

¡Ha, dijo Julia, ahora no ve Vm. nada! cada uno no piensa mas que en si propio, pero los esposos inseparables, el zelo de los cuidados domésticos, la terneza paterna y materna, todo eso lo ha perdido. Dos meses hace que era cosa deliciosa hallarse aquí para que gozara la vista del espectáculo de mas embeleso, y el corazon del afecto mas dulce de la naturaleza. Señora, le repliqué muy triste, Vm. es esposa y madre, y esos son deleytes que está en estado de disfrutar. Congiéndome entónces la mano el señor de Wolmar, y apretándomela, me dijo: Vm. tiene amigos, y estos amigos tienen hijos,

(1) Los Lirones, las ratas, los mochuelos, y sobre todo los muchachos.

¿ como puede serle ageno el afecto paternal? Miréle y miré á Julia, ámbos se miraron, y me volvieron una mirada tan cariñosa, que abrazándolos, á uno y á otro les dije enternecido: tanto cariño como Vm. les tengo yo. No sé porque efecto tan raro puede una palabra mudar así una alma; pero desde este punto me parece el señor de Wolmar otro hombre, y ménos veo en él el marido de la que tanto quise, que el padre de dos criaturas por quienes diera mi vida.

Quise dar la vuelta al estanque para contemplar mas de cerca este tan grato albergue, y sus pequenuelos moradores; pero me detuvo la señora de Wolmar. Nadie va á perturbarlos, me dijo, en su domicilio, y Vm. es el primero de nuestros huéspedes que hasta aquí he traído. Cuatro llaves hay de este vergel; mi padre y nosotros dos tenemos cada uno la suya. Paca, como inspectora, tiene la quarta y trae algunas veces á mis hijos; favor cuyo precio se aumenta con la mucha circunspección que de ellos se exige mientras están aquí. Gustin tampoco entra nunca sino con uno de los quatro, y este en pasándose los dos meses de primavera en que es útil su trabajo no entra casi nunca, y

todo lo demas lo hacemos nosotros. De suerte, le dije, que de miedo de que fuesen esclavos los páxaros, se han constituido Vms. los suyos. Esa sí, me replicó, que es la expresion de un tirano, que nunca cree que disfruta de su libertad, como no perturbe la de los demas.

Cuando ya nos poniamos en camino para volver tiró el señor de Wolmar un puñado de cebada al estanque, y vi que acudian á comérsela algunos pececillos. Ola, ola, díge al instante, aquí tenemos cautivos. Sí, dijo, son unos prisioneros de guerra á quienes se les ha perdonado la vida. Sin duda, añadió su muger. Poco tiempo hace que robó la Paca en la cocina unas hogas que se trajo aquí sin que yo lo supiera, y las dejó por no desazonarla, porque mas vale todavía que esté un poco de pescado alojado ménos á sus anchuras que de dar un disgusto á una buena muger. Tiene Vm. razon, respondí, y no es tanta la desgracia de este en verse libre de la sarten á este precio.

Y bien que le parece á Vm.? me dijo, quando nos volvíamos; ¿ está Vm. todavía al cabo del mundo? No, dije, que me ha sacado Vm. de él, y me ha llevado efectivamente á los campos eliseos. Bien merece esa burla, dijo el

señor de Wolmar, el pomposo nombre que á este vergel ha dado. Alabe Vm. moderadamente juegos de niños, y considere que no han distraído un punto de los cuidados de madre de familias. Ya lo sé, repliqué, y estoy muy cierto de eso; pero en este género los juegos de niños me agradan mas que las tareas de los hombres.

Sin embargo hallo aquí una cosa, continué, que no puedo comprender, y es que un sitio tan diferente de lo que era no puede haber mudado así sin cultivo y trabajo; no obstante en parte ninguna descubrí el menor vestigio de cultura; todo está verde, lozano, vigoroso, y no se columbra la mano del jardinero; nada desmiente la idea de una isla desierta, que cuando entré me ocurrió, y no distingo huella ninguna humana. Ha! dijo el señor de Wolmar, eso es porque ha habido mucho cuidado en borrarlas. Yo he sido muchas veces testigo, y algunas cómplice de la picardía. Se siembra heno en todos los sitios trabajados, y en breve esconde la hierba los vestigios del trabajo: por el invierno se echan algunas cargas de estiércol en los sitios áridos y estériles, el estiércol se come el musgo, aviva la hierba y las plantas,

los mismos árboles se aprovechan, y no se conoce por el verano. En cuanto al musgo que cubre algunas calles, nos ha enviado de Inglaterra milord Eduardo el secreto de hacerle prender. Estos dos lados, siguió, estaban cerrados con tapias; las tapias se han cubierto no con espalderas, sino con arbustos espesos que hacen que los confines del vergel se cree que son el principio de un bosque. Por los otros dos lados hay plantados fuertes vallados vivos, bien guarnecidos con arces, espinos blancos, acebos, alheñas, y otros arbustos mezclados que les quitan el aspecto de valladas y los dan el de un monte tallar. Nada ve Vm. alineado, nada nivelado, nunca entró el cordel en este sitio, porque la naturaleza nada planta á cordel; en su flogida irregularidad están vueltas con revueltas con tal arte dispuestas que alargan el paseo, esconden las riberas de la isla y agradan su estension aparente, sin dar incómodos y muy frecuentes rodeos (1).

(1) De suerte que no se trata de bosquecillos tan ridículamente retorcidos que no se puede andar como no sea de lado, y á cada paso es menester dar una vuelta al rededor.

Contemplando todo esto me parecia que era cosa extravagante emplear tanto trabajo en disimular el que se habia empleado: ¿no hubiera valido mas no emplear ninguno? No obstante todo quanto hemos dicho á Vm., respondió Julia, evalúa el trabajo por sus efectos, y se engaña. Todo quanto Vm. ve son plantas agrestes y robustas que basta con plantar en la tierra para que ellas crezcan por si propias. Parece por otra parte que se complace la naturaleza en esconder á los ojos humanos sus verdaderos atractivos, que los mueren muy poco, y que desfiguran cuando están cerca de ellos. La naturaleza huye los lugares cultivados; en la cima de los montes, en la espesura de las selvas, en las islas desiertas, es donde hace alarde de sus mas atractivos embelesos. Los que con ella se agradan y no pueden ir á buscarla tan lejos se ven precisados á violentarla, á forzarla en algun modo á que venga á habitar con ellos, y no puede hacerse todo esto sin algo de ilusion.

Al oír estas palabras me ocurrió una idea que los hizo reir. Me figuro, les dije, á un rico de Paris ó Londres, que dueño de esta casa, se trae consigo á un arquitecto que paga muy caro para desfigurar la naturaleza. ¡Con que desden

entraria en este sencillo y mezquino parage! ¡con que desprecio haria arrancar todas estas tripleras! ¡que bien alineado quedaria todo! ¡que bellas calles haria plantar! ¡que hermosos pies de gallo, que hermosos árboles formando quitasoles y abanicos! ¡que preciosos enrejados, y que bien cincelados! ¡que bellos planteles de box bien dibujados, bien perfilados, bien cuadrados! que ayrosas bolingrines de cespéd fino de Inglaterra, redondos, cuadrados, sesgados, ovalados! ¡que bellos tejos en figura de dragones, de pagodas, de muñecos, de todo género de monstruos! ¡que bonitos vasos de bronce, y que bonitas frutas de piedra para adorno de su jardín!..... (1). Cuando todo eso esté ejecutado, dijo el señor de Wolmar, habrá hecho un sitio muy hermoso adonde irá la gente raras veces, y de donde saldrán siempre lo mas presto que puedan á buscar el campo; un sitio

(1) Estoy persuadido á que dentro de poco no se hallara en los jardines nada de cuanto se encuentra en el campo; no habrá ni plantas ni árboles; y solo se verán flores de porcelana, marmarachos, enrejados, arenas de todos colores, y hermosos vasos llenos de ayre.

triste donde nadie se paseará, pero por donde pasarán para ir á pasearse, en vez de que en mis correrías campestres, muchas veces me vuelvo á prisa á mi casa para venir á pasearme aquí.

En esos terrenos tan vastos y con tanta riqueza adornados solo veo la vanidad del propietario y el artista; que ansiosos siempre de hacer alarde uno de su opulencia y otro de su habilidad, trabajan á mucha costa en causar hastio á quien quisiere disfrutar de sus afanes. Sus gustos los acibara una falaz pasión, que no es propia del pecho humano, de desmedida grandeza. Siempre es tistre el aspecto de la grandeza, porque excita la idea de la pequenez del que le presenta. En mitad de sus cuadros de flores, y sus vastas calles de árboles, el individuo no se agrada; le cubre un árbol de veinte pies lo mismo que uno de sesenta (1),

(1) También debería decir algo del mal gusto de chapodar ridículamente los árboles, para que se alcen hasta las nubes, privándolos de sus frondosas copas, de su sombra, apurando su sabiduría, y estorbandolos que se robustezcan. Verdad es que este método da leña á los jardineros, pero se

nunca ocupa arriba de tres pies de espacio, y como un arador, así desaparece en sus inmensas posesiones.

Otra pasión hay directamente contraria á esta, y todavía mas ridícula, porque ni siquiera permite gozar del paseo para que fueron destinados los jardines. Ya entiendo, le dije, la de aquellos necios curiosos, aquellos mezquinos floristas que se quedan pasmados al mirar un ranúnculo y se hincan de rodillas delante de una tulipa. Con este motivo les conté, Milord, lo que me habia sucedido en Londres en aquel jardín donde nos introdujeron con tanto aparato, y donde vimos brillar con tanta pompa todos los tesoros de Holanda encima de cuatro cargas de estiercol. No olvidé la ceremonia del quitasol y la varita con que me honraron á mi indigno, como á los demas espectadores. Les confesé humildemente como habiendo querido

la quita al país que no la tiene de sobra. Diríase que la naturaleza en Francia es de otra especie que en todo lo demas del mundo, tanto se esmeran los Franceses en desfigurarla. Los parques están plantados de luengas persigas; son selvas de mastiles, ó de cañas de maiz, y se pasea uno en mitad de un bosque sin hallar sombra.

echarlo tambien de inteligente, y aventurar mi elogio de una tulipa cuyo color me pareció vivo, y elegante su forma, se mofaron, me huchearon, y me silbaron todos aquellos sabios, y como el profesor del jardin pasando del ménosprecio de la flor al de su panegirista, no se dignó de mirarme siquiera en toda la tarde, y pienso, añadí, que sintió mucho el ver profanados su quitasol y su varita.

Esta aficion, dijo el señor de Wolmar, quando en mania degenera tiene un no sé que vanidoso y mezquino, que la hace pueril y ridiculamente costosa; la otra tiene á lo ménos nobleza magnificencia y cierta especie de verdad: ¿pero que significa el valor de una cebolla ó una raiz que á veces está royendo ó destruyendo un insecto, miéntras que la están ajustando ó él de una flor lozana á medio dia y marchita ántes de ponerse el sol? ¿que es una belleza de convencion, que solo para los ojos de los curiosos es sensible, y que solo es belleza porque quieren que lo sea? Puede venir tiempo de que se pida en las flores todo lo contrario de lo que hoy se busca, y con la misma razon que ahora; entónces será Vm. el docto á su turno, y su curioso el ignorante.

Todas estas mezquinas observaciones que degeneran en estudio no convienen al hombre racional que quiere que tenga su cuerpo un ejercicio moderado, ó que se desahogue su espíritu en el paseo conversando con sus amigos. El destino de las flores es divertir de paso nuestras miradas, y no el ser objeto de una menuda anatomia (1). Mire Vm. cual brilla por todas partes en este vergel su reyna, empapando en aromas el ayre, hechizando los ojos, y sin que cueste así cuidado ni cultivo. Por eso la desdennan los floristas; la naturaleza la hizo tan bella que no es posible añadir á ella hermosuras de convencion, y no pudiendo atormentarse en cultivarla, nada hallan que los halague. El error de los pretensos hombres de gusto es querer arte en todas partes, y no estar satisfechos si no se deja ver el arte miéntras que consiste el gusto sano en ocultarle, especialmente quando se trata de las produccio-

(1) No habia reflexionado bien acerca de esto el sabio Wolmar. ¿El, que tan bien observaba á los hombres, tan mal observaba á la naturaleza? ¿no sabía que, si es grande su Autor en las cosas grandes, es grandísimo en las pequeñas?

nes de la naturaleza. ¿Que significan esas calles tan derechas, tan bien enarenadas que sin cesar se encuentran, y esas estrellas con las cuales en vez de ensanchar á los ojos el tamaño de un parque como se imaginan, no se hace otra cosa que manifestar con torpeza sus límites? ¿se halla en los bosques arena de ríos? ¿ó descansa el pie con mas blandura en esta arena que en el musgo ó en la menuda hierba? ¿gasta sin cesar la naturaleza escuadra y regla? ¿tienen miedo de que se la reconozca en algo, no obstante su afán en desfigurarla? Finalmente, ¿no es cosa graciosa que como si estuvieran ya cansados del paseo desde que salen á pasearse afecten plantarle en línea recta para llegar antes á la meta? ¿no parece que toman el camino mas corto, porque mas bien que un paseo emprenden un viage, y tienen prisa por concluirle desde el punto que le empiézan?

¡Pues que hará el hombre de gusto, que vive por vivir, que sabe disfrutar de sí propio, que aspira á sencillos y verdaderos contentos, y que quiere tener un paseo á la puerta de casa! Le hará tan cómodo y tan agradable que pueda gozar de él á cualquier hora del día, al mismo

tiempo tan sencillo y natural que no parezca que ha hecho nada. Reunirá agua, verdura, sombra y frescor, porque tambien la naturaleza reúne todas estas cosas. No pondrá simetría en nada que es contraria de la variedad la naturaleza, y se parecen tanto todas las calles de un jardín ordinario que siempre cree uno que está en la misma: despejará el terreno para pasearse con comodidad, pero no serán siempre exactamente paralelos los dos lados de sus calles, no será siempre su dirección en línea recta, y tendrá un no sé que incierto, como el andar de una persona ociosa que va á un lado y á otro paseándose. No se cuidará de descubrir desde lejos hermosas perspectivas; la afición á los puntos de vista, y las lontananzas procede de la propensión que la mayor parte de los hombres tienen á no hallarse con gusto sino donde no están; siempre anhelan por lo que está distante de ellos; y el artista que no acierta á contentarlos con lo que está inmediato toma este recurso para divertirlos; pero al hombre de quien hablo no le agita semejante inquietud, y cuando se halla bien donde está, no se cura de estar en otra parte. Aquí por ejemplo no sale la vista del parage y está uno muy satis-

fecho con esta coartacion, porque quisiera persuadirse á que todos los embelesos de la naturaleza están en este punto encerrados, y me temería que la menor escursion de la vista afuera privara de mucha delicia este paseo (1). Por cierto que todo aquel que no guste de pasar los dias hermosos en sitio tan sencillo y ameno,

(1) No sé si se ha probado alguna vez dar á las largas calles de una estrella una ligera curvatura, de suerte que no pueda la vista alcanzar enteramente al fin, y que se esconda al espectador el extremo puesto. Verdad es que se perdería el recreo de los puntos de vista; pero se grangearia la ventaja tan apreciable para los propietarios de que agrandase á la imaginacion el sitio donde uno se encuentra, y en medio de una estrella bastante reducida se creeria uno en un inmenso parque. Tambien estoy persuadido á que sería el paseo ménos fastidioso, aunque mas solitario, porque todo cuanto deja juego á la imaginacion excita ideas, y da pábulo á la inteligencia. Pero los fabricantes de jardines no son gentes que entiendan de esas cosas. ¿Cuántas veces se les caeria en un sitio rústico el lapicero de las manos, como á Le Nostre en el parque de San James, si supiera como él que es lo que á la naturaleza infunde vida, y á su espectáculo interes!

ni tiene puro el gusto ni sana el alma. Confieso que no es para llevar á el en pompa á los forasteros; pero en cambio puede uno deleytarse en él, sin enseñarsele á nadie.

Señor, le dije, á esos sujetos tan ricos que plantan tan hermosos jardines les asisten poderosas razones para que no gusten de pasearse solos ni de entrar en cuentas consigo propios, por eso hacen muy bien en pensar en esta parte solo en los estranos. En cuanto á lo demas en la China he visto jardines como Vm. los quiere, y hechos con tanta arte que no se distinguia el arte, pero de modo tan dispendioso, y que costaba tanto el mantenerlos, que sola esta idea me privaba de toda la satisfaccion que hubiera podido tener en verlos. Habia rocas, grutas, cascadas artificiales en sitios llanos y arenosos donde solo agua de pozo se encuentra; flores y plantas raras de todos los climas de la China y la Tartaria reunidas y cultivadas en un mismo suelo. No se veian á la verdad ni hermosas calles, ni distribuciones regulares, pero sí se veian acinados con profusion los portentos que solo desparramados y separados se encuentran; presentábase la naturaleza bajo mil semblantes diversos, y todo junto no era

natural. Aquí no se han conducido tierras ni piedras, no se han construido bombas ni arcas de agua; no se necesitan estufas, ni hornillos, ni campanas de vidrio, ni esteras de paja. Un terreno casi llano ha sido adornado con arcos muy sencillos, algunas hierbas y arbolillos comunes, algunos hilos de agua que corren sin apremio ni aparato han bastado para hermosearlo; ha sido un juego sin afán, cuya facilidad causa nuevo gusto al espectador. Tengo la íntima persuasión de que podría ser este sitio todavía mas agradable, y agradarme infinitamente ménos, como por ejemplo el célebre parque de milord Cobham en Estau, que es una amalgama de sitios á cual mas hermosos y mas pintorescos, escogidos en varios países, y en los cuales, como en los jardines de la China, de que acabo de hablar, todo parece natural, excepto el conjunto. El dueño y criador de esta soberbia soledad tambien ha hecho construir en ella ruinas, templos y edificios antiguos, de suerte que se hallan reunidos los lugares como los tiempos con sobrehumana magnificencia. De esto es justamente de lo que yo me quejo. Quisiera que las diversiones de los hombres tuvieran cierto viso de facilidad que no recor-

dara á la imaginacion su flaqueza, y que al admirarse de estas maravillas no se fatigara con la idea de los caudales y afanes que han costado. ¿No nos ha departido la suerte suficientes penas que las queremos hasta en nuestros juegos?

Un solo reparo tengo que poner á su Eliseo de Vm., dije mirando á Julia, que le parecerá grave; que es una diversion superflua. ¿A que viene hacer nuevos paseos, teniendo al otro lado de casa bosquecillos tan deleytosos y tan descuidados? Verdad es, respondió algo confusa, pero este me gusta mas. Si hubiera Vm. meditado bien su pregunta ántes de hacerla, interrumpió el señor de Wolmar, seria mas que imprudente. Desde que está casada nunca ha puesto mi muger los pies en los bosquecillos de que Vm. habla, y sé muy bien el motivo, aunque siempre me le haya ocultado. Vm. que no lo ignora aprenda á respetar el sitio donde se halla, que está plantado por mano de la virtud.

Apénas habia recibido tan justa reprension, quando la familia chica conducida por Paca entró al tiempo que nosotros saliamos. Estos tres amables niños se arrojaron al cuello del

señor y la señora de Wolmar, y á mi me cupo parte de sus inocentes halagos. Volvimos á entrar Julia y yo en el Eliseo dando algunos pasos con ellos, y fuimos despues á buscar al señor de Wolmar que estaba hablando con unos operarios. En el camino me dijo Julia que despues que fue madre le habia ocurrido acerca de este paseo una idea, que habia aumentado su zelo en hermostearle. He pensado, me dijo, en la diversion de mis ojos, y su salud, cuando sean de mas edad. La conservacion de este sitio exige mas atencion que penalidad; mas se requiere dar cierto contorno á los ramos de las plantas que cavar y arar la tierra; quiero que sean un dia mis jardineros chicos, harán quanto ejercicio sea necesario para fortalecer su temperamento, y no el suficiente para fatigarle; ademas de que mandarán hacer lo que exceda las fuerzas de su edad, y se ceñirán al trabajo que los divierta. No puedo explicar á Vm., añadió, el gozo que siento en representarne á mis hijos ocupados en pagarme los cuidados que con tanto gusto me tomo yo por ellos y figurarme la alegría de sus tiernos corazones, cuando vean á su madre paseándose con delicia debajo de la sombra de árboles cultivados por

sus manos. En verdad, amigo mio, me dijo enternecida la voz, que dias que así han corrido son un simbolo de la felicidad de la otra vida; y no sin razon, imaginándomelos de antemano he puesto á este sitio el nombre de Eliseo. Milord, esta incomparable mugeres madre como es esposa, como es amiga, como es hija, y para eterno suplicio de mi corazon tambien así fue amante.

Arrobado con tan deleytosa morada los supliqué por la noche que permitiesen mientras estuviera en su casa que la Paca me entregara su llave, y la comision de dar de comer á los páxaros. Al punto envió Julia á mi cuarto el saco de grano, y me dió su propia llave. No sé porque la admiti con cierto género de sentimiento; me parece que mas bien hubiera querido la del señor de Wolmar.

Esta mañana me he levantado muy temprano, y con la impaciencia de una criatura me he ido encerrar en la isla desierta. ¡Que de gratos pensamientos esperaba hallar en este solitario sitio donde el dulce aspecto de la naturaleza sola debia espeler de mi memoria todo este orden social y facticio que tan desventurado me ha hecho! Todo quanto voy á ver en torno de mi

es obra de la que tanto quise. La contemplaré en derredor de mí; nada veré que no haya tocado su mano; besaré las flores que hayan hollado sus plantas, respiraré con el rocío el ayre que ha respirado, su gusto acendrado en sus diversiones me pondrá á la vista todos sus atractivos, y en todas partes la hallaré como está retratada en lo íntimo de mi corazón.

Al entrar en el Eliseo con estas disposiciones, á deshora me acordé de las últimas que ayer me dijo el señor de Wolmar casi en el mismo puesto, y sola la memoria de estas palabras mudó en un instante todo el estado de mi alma. Creí que veía la imagen de la virtud donde buscaba la del deleyte, se ha confundido en mi espíritu esta imagen con la del semblante de la señora de Wolmar; y por la vez primera, despues de mi regreso, he visto en su ausencia á Julia; no como fué para mí, y como me complazco aun en figurármela, sino como á mis ojos todos los dias se muestra. Milord, he creído que veía á esta muger tan epcantadora, tan casta, tan virtuosa en medio del mismo acompañamiento que ayer la rodeaba. En torno de ella veía á sus tres amables hijos, cara y honrosa prenda de la union conyugal y la tier-

na amistad, hacerle y recibir de ella mil afectuosos cariños. A su lado veía el grave Wolmar, á este esposo tan querido, tan feliz, y tan digno de serlo. Creía que veía sus penetrantes y juiciosas miradas registrar lo íntimo de mi corazón y sonrojarme todavía; creía que oía salir de su boca reprensiones bien merecidas, y amonestaciones mal escuchadas; veía en su compañía á la misma Paca Regard viva prueba de la virtud y la humanidad triunfantes del mas ardiente amor. ¡Ha! ¿que culpado afecto hubiera llegado á ella por medio de tan inviolable guardia? ¿con que indignacion hubiera yo sofocado los villanos raptos de una delincuente y no bien estinguida passion? ¡y por cuan depreciable me hubiera tenido si con solo un suspiro hubiera amaneillado la pintura que enagenado me tenia de inocencia y honestidad! En mi memoria recapacitaba las palabras que al salir me habia dicho; y luego contemplando con ella un tiempo venido tan lleno de embeleso, veía á esta madre tierna enjugando el sudor de la frente de sus hijos, besando sus encendidas mejillas, y abandonando mi corazón formado para amar al afecto mas dulce de la naturaleza. Hasta el nombre mismo de Eliseo rectificaba en mí los

descarrios de la imaginacion, y excitaba en mi ánimo una calma preferible á la turbulencia de las mas halagüenas pasiones. Me retrataba en algun modo el interior de la que habia imaginado, y pensaba que una conciencia agitada nunca tal nombre habria escogido, decia yo: la paz reyna en su corazon, como en el asilo que ha nombrado.

Me habia prometido agradables imaginaciones, y han sido muy mas agradables de lo que yo esperaba. He pasado en el Eliseo dos horas, á las cuales no profiero época ninguna de mi vida. Viendo el embeleso y la rapidez con que habian corrido, he notado que en la meditacion de los pensamientos virtuosos hay cierta especie de contentamiento interior que nunca los malos han conocido, y es el de deleytarse consigo propio. Si lo pensáramos sin preocupacion, no sé que otro deleyte con este puede igualarse; veo á lo ménos que quien gusta como yo de la soledad debe temer el prepararse á sí propio tormentos en ella. Acaso sacariamos de los mismos principios la llave que explica los juicios erróneos de los hombres acerca de las ventajas del vicio y las de la virtud, porque el gozo de la virtud todo es interior, y solo

aquel que la siente le conoce, pero todas las utilidades del vicio se presentan á los ojos ajenos y solo el que las disfruta sabe cuanto le cuestan;

Si la pena interna escrita
Lleváramos en la frente,
¡ Cuantos que envidia la gente
Les causarian piedad (1)!

Como se hacia tarde, sin yo pensarlo, vino el señor de Wolmar á buscarme, y avisarme que Julia y el me estaban aguardando. Vms., le he dicho en disculpa mia, han sido los que me han impedido estar con Vms.; tanto me embelesó la tarde de ayer que he vuelto á disfrutar de ella esta mañana por fortuna que es chico mal, y una vez que me han aguardado Vms. no se ha perdido la mañana.

Muy bien dicho, respondió la señora de

(1) Hnbiera podido añadir lo que sigue, que es muy hermoso, y que igualmente al asunto se adapta.

Se vieran sus enemigos
En su pecho, y reducida
Toda su dicha fingida
A parecernos verdad.

Wolmar; mas valiera aguardar hasta las doce que privarse del gusto de almorzar juntos. Nunca los forasteros son admitidos por la mañana en mi cuarto, y se desayunan en el suyo. El almuerzo es la comida de los amigos; están escluidos de él los criados; los impertinentes no vienen á él; se dice todo cuanto se piensa; se revelan los secretos propios, se da suelta á sus afectos, y puede uno abandonarse sin imprudencia á las dulces satisfacciones de la confianza y la intimidad. Casi es este el único momento en que es lícito ser uno lo que es, ¡asi durara todo el dia! ¡Ha, Julia, iba yo á decir, muy interesado es ese deseo! pero me contuve. La primera cosa que con mi amor he suprimido ha sido la alabanza. Alabar á uno en su cara, á ménos que sea su dama, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad? Ya sabe Vm., Milord, si es posible achacar este defecto á la señora de Wolmar. No, no, la honro en demasía para no honrarla en silencio. ¿Verla, oirla, observar su conducta no es suficiente elogio suyo?

CARTA 12.^a.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBE.

Está escrito, amada mia, que tú has de ser en todos tiempos mi seguro contra mí propia, y que despues de haberme librado con tanta dificultad de los lazos de mi corazon, me has de preservar tambien de los de mi razon. Despues de tantas crueles pruebas he aprendido á desconfiarme de los errores, como de las pasiones cuyos hijos tantas veces son. ¡Ha, si hubiera tenido siempre la misma precaucion! Si en los pasados tiempos hubiera hecho ménos aprecio de mis luces, ménos hubiera tenido porque avergonzarme de mis afectos.

No te asuste este preanibulo. Indigna sería yo de tu amistad, si todavia tuviera que consultarla acerca de asuntos graves. Siempre fué el delito ageno de mi corazon, y me atrevo á creer que está de él ahora mas distante que nunca. Escúchame pues, prima, con sosiego,

Wolmar; mas valiera aguardar hasta las doce que privarse del gusto de almorzar juntos. Nunca los forasteros son admitidos por la mañana en mi cuarto, y se desayunan en el suyo. El almuerzo es la comida de los amigos; están escluidos de él los criados; los impertinentes no vienen á él; se dice todo cuanto se piensa; se revelan los secretos propios, se da suelta á sus afectos, y puede uno abandonarse sin imprudencia á las dulces satisfacciones de la confianza y la intimidad. Casi es este el único momento en que es lícito ser uno lo que es, ¡asi durara todo el dia! ¡Ha, Julia, iba yo á decir, muy interesado es ese deseo! pero me contuve. La primera cosa que con mi amor he suprimido ha sido la alabanza. Alabar á uno en su cara, á ménos que sea su dama, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad? Ya sabe Vm., Milord, si es posible achacar este defecto á la señora de Wolmar. No, no, la honro en demasía para no honrarla en silencio. ¿Verla, oirla, observar su conducta no es suficiente elogio suyo?

CARTA 12.^a.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBE.

Está escrito, amada mia, que tú has de ser en todos tiempos mi seguro contra mí propia, y que despues de haberme librado con tanta dificultad de los lazos de mi corazon, me has de preservar tambien de los de mi razon. Despues de tantas crueles pruebas he aprendido á desconfiarme de los errores, como de las pasiones cuyos hijos tantas veces son. ¡Ha, si hubiera tenido siempre la misma precaucion! Si en los pasados tiempos hubiera hecho ménos aprecio de mis luces, ménos hubiera tenido porque avergonzarme de mis afectos.

No te asuste este preanibulo. Indigna sería yo de tu amistad, si todavia tuviera que consultarla acerca de asuntos graves. Siempre fué el delito ageno de mi corazon, y me atrevo á creer que está de él ahora mas distante que nunca. Escúchame pues, prima, con sosiego,

y cree que no necesitare jamas consejo sobre dudas que puede la honradez resolver por si sola.

En seis años que hace que vivo con el señor de Volmar en la union mas perfecta que entre dos esposos reynar puede, sabes que nunca me ha hablado ni de su familia ni de su persona, y que, habiéndole recibido de un padre tan zeloso de la felicidad de su hija como del honor de su casa, no he manifestado que deseaba saber acerca de su persona mas que lo que tenia por conveniente decirme. Satisfecha con deberle, con la vida del que me la habia dado, mi honor, mi sosiego, mi razon, mis hijos, y todo cuanto á mis propios ojos algun valor puede restituirme, estaba cierta de que lo que cerca de él ignoraba no desdecia de lo que conocia, y no necesitaba saber mas para amarle, estimarle y honrarle todo lo posible.

Mientras nos desayunábamos esta mañana nos propuso dar un paseo, ántes que apretara el calor; despues con pretexto de no andar por el campo en bata, nos llevó á los bosquecillos, y justamente, querida, al bosquecillo mismo donde tuvieron principio todas las desdichas de mi vida. Al acercarnos á este sitio fatal sentí yo

un horrendo latir en mi corazon, y me hubiera negado á entrar, si no me hubiese contenido la vergüenza, y si la memoria de una expresion que se dijo en el Eliseo el otro dia no me hubiera hecho temer interpretaciones. No sé si estaba mas sosegado el filósofo, pero habiendo por casualidad puesto los ojos en él le encontré amarillo, demudado, y no puedo explicarte la pena que todo esto me ha causado.

Al entrar en el bosquecillo ví que me dió una ojeada mi marido, y se sonrió. Sentóse en medio de los dos, y despues de un rato de silencio, cogiéndonos á ámbos por la mano: hijos míos, nos dijo, empiezo á ver que no serán vanos mis proyectos, y que podemos vivir los tres unidos con una amistad duradera, capaz de hacer nuestra comun felicidad, y mi consuelo en los achaques de la vejez que ya se acerca: pero como os conozco á entrambos mejor que vosotros me conoceis, es justo igualar las cosas, y puesto que nada teneis secreto para mí, no quiero tenerle yo para vosotros, aunque nada interesante que deciros tengo.

Revelónos entónce el misterio de su nacimiento que hasta aqui solo mi padre sabia. Cuando tú le sepas comprenderás hasta que

punto llegan la sangre fría y la moderacion de un hombre que por espacio de seis años ha podido callar semejante secreto á su muger; pero este no es para él de importancia ninguna, y piensa en él tan poco que no ha tenido esfuerzos que hacer para no descubrirle.

No detendré á Vm., me dijo, con la narracion de los sucesos de mi vida; ménos puede importarle el saber mis aventuras que mi carácter. Aquellas son tan uniformes como este, y en sabiendo bien lo que he podido hacer. Naturalmente tengo sosegada el alma, y frío el corazón: soy uno de aquellos hombres á quienes creen que les han dicho una grave injuria con decirles que nada sienten, esto es que no tienen pasiones que los desvien del camino recto que debe seguir el hombre. Como siento poco el deleyte y el dolor, es en mí muy débil aquel afecto de interes y humanidad que nos hace propias las afecciones ajenas. Si me da pena el ver padecer á los hombres de bien, no es por motivo de compasion, porque ninguna siento cuando veo padecer á los malos. Mi único principio activo es el natural amor del orden, y como una hermosa simetria en un cuadro, ó como un drama bien hilado en el teatro, lo mismo

exactamente me agrada el concurso bien combinado del juego de la fortuna con las acciones humanas. Si alguna pasion dominante tengo es la de observar. Me complazco en descifrar el corazón de los hombres; y como me ofrece pocas ilusiones el mío, como observo sin interes, y con sangre fría, y como me ha hecho sagaz una dilatada experiencia, rara vez me equivoco en mis juicios; esa es toda la recompensa de mi amor propio en mis continuos estudios, porque no gusto de representar papel sino de vérselo representar á los otros; y me agrada la sociedad para contemplarla, y no para hacer parte de ella. Si pudiera mudar la naturaleza de mi ser, y convertirme en un ojo vivo, de buena voluntad haria este cambio. De suerte que mi indiferencia para con los hombres no me hacia independiente de ellos; sin curarme de que me vean, necesito yo verlos, y sin amarlos son para mí necesarios.

Los dos primeros estados de la sociedad que tuve ocasion de observar fueron los palaciegos y los lacayos, dos clases de hombres que ménos en la realidad que en la apariencia se diferencian, y que merecen tan poco ser estudiados, y son tan fáciles de conocer, que á poco estudio me fastidié de ellos. Abandonando palacios, donde

muy en breve está todo visto, evité sin pensar el riesgo que en él me amenazaba, y de que no hubiera podido librarme. Mudé de nombre, y queriendo conocer á los militares fui á servir á un príncipe extranjero; entónces tuve la dicha de ser útil á su padre que desesperado por haber dado la muerte á su amigo se exponía temerariamente, faltando á su obligacion. Desde esta época el sensible y reconocido corazon de este oficial empezó á hacerme formar mejor opinion del género humano. Se estrechó conmigo con una amistad á que no me fué posible rehusar la mia, y desde esta época no hemos cesado de mantener conexiones que de día en día se hacian mas íntimas. En mi nueva condicion conocí que no era el interes, como yo pensaba, único móvil de las acciones humanas, y que en el tropel de preocupaciones contrarias á la virtud, tambien hay algunas que le son favorables. Comprendí que el carácter general del hombre es un amor propio, indiferente en sí, bueno ó malo segun los accidentes que le modifican, y que penden de los usos, las leyes, la gerarquía, el caudal, y toda nuestra policia humana. Entregueme pues á mi propension, y despreciando la vana opinion de las condiciones ejercité sucesiva-

mente los diversos estados que me podian servir para compararlos todos y conocerlos unos por otros. Convencido, como lo ha notado Vm. en una de sus cartas, le dijo á San Preux, de que nada ve el que se contenta con mirar, y de que para ver obrar á los hombres es menester que uno propio obre, me hice actor para ser espectador. Siempre es fácil bajar: probé una muchedumbre de oficios que jamas hombre de mi clase pensó en ejercitar: fui tambien labrador, y cuando me hizo Julia mozo de jardinero no me encontró tan novicio en la profesion, como hubiera podido presumirselo.

Con el verdadero conocimiento de los hombres, cuyas apariencias selas de la filosofia ociosa hallé otra utilidad que no habia esperado, que fué afilar mas con la vida activa el amor del orden que de la naturaleza he recibido, y coger nueva aficion al bien por el gusto de contribuir á él. Hizome este afecto algo ménos contemplativo, me unió un poco mas conmigo propio, y por una consecuencia bastante natural de este progreso conocí que estaba solo. La soledad que siempre me habia fastidiado se me hacia horrorosa, y no podia tener esperanzas de evitarla mucho tiempo. Sin haber per-

dido mi frialdad necesitaba alguien con quien estrecharme; la imágen de la decrepitud sin consuelo me afligia ántes de tiempo, y por vez primera en mi vida senti desasosiego y tristeza. Hable de mi sentimiento al baron de Etange. Es menester, me dijo, no envejecer soltero. Yo mismo despues de haber en los vinculos del matrimonio vivido casi independiente, siento la necesidad de volver á ser esposo y padre, y me voy á retirar al seno de mi familia. De Vm. pende que sea la suya, restituyéndome el hijo que he perdido. Tengo una hija única por casar, no le falta mérito; tiene un pecho sensible, y el amor de su obligacion hace que ame todo lo que con ella tiene conexión. No es ni una beldad, ni un portento de inteligencia; pero venga Vm. á verla, y crea que si ningun cariño á ella siente, nunca le sentirá á ninguna en el mundo. Vine, te vi, Julia, y hallé que se habia quedado muy atras de la verdad tu padre. Tus rebatos, tus lágrimas de gozo al abrazarle me causaron la primera y acaso la única emoción que en mi vida he experimentado. Si fué ligera esta impresión, era la única, y la fuerza que para obrar necesitan los afectos es proporcional á la de los que les

resisten. En tres años de ausencia no hubo mudanza en el estado de mi corazón: cuando volví no se me escondió el estado del tuyo, y aquí es menester que te venga de una confesión que tanto te ha costado. Considera, querida, con que pasmo tan extraño supe entonces que le habian sido revelados todos mis secretos ántes de mi casamiento, y que se habia desposado conmigo, sabiendo que era yo de otro.

Esta conducta era indisculpable, continuó el señor de Wolmar: ofendia yo la delicadeza, pecaba contra la prudencia, arriesgaba el honor tuyo y el mío, y debia temer que ámbos nos despenásemos en irremediables desdichas; pero te amaba, no amaba otra cosa, y todo lo demas era para mí indiferente. ¿Como ha de reprimirse una pasión, aunque sea flaca, cuando no tiene contrapeso? Este es el inconveniente de los caracteres frios y sosegados; todo va bien mientras que los preserva su frialdad de las tentaciones, pero si sobreviene una que los embista en un punto son acometidos y vencidos, y la razón que gobierna cuando está sola, no tiene nunca fuerzas para resistir al menor esfuerzo. Una vez sola he sido yo tentado, y me he rendido; si la embriaguez de alguna otra

pasion me hubiera hecho otra vez vacilar hubiera dado tantas caidas cuantos tropiezos hubiera topado. Solo las almas de fuego saben pelear y vencer; todos los esfuerzos denodados, todas las acciones sublimes son efecto suyo; nunca obró la fria razon cosa que ilustre fuese; y solo se triunfa de las pasiones opiniéndolas una á otra. Cuando llega á suscitarse la de la virtud domina sola, y todo lo mantiene en equilibrio. Así se forma el verdadero sabio, que no está mas que otro cualquiera inmune de pasiones, pero que es el único que con ellas mismas sabe vencerlas, así como el piloto adelanta con vientos contrarios.

Ya ves que no pretendo atenuar mi culpa, si hubiera sido una la hubiera cometido infaliblemente; pero, Julia, te conocia; y no lo fué el casarme contigo. Vi que de ti sola pendia toda la felicidad que podia yo gozar, y que si alguien era capaz de hacerte feliz á ti era yo. Sabia que eran necesarias para tu corazon la inocencia y la paz; que el amor que le llenaba no se las daria nunca, y que solo el horror del delito podia ahogar el amor. Vi que se hallaba tu alma en un entorpecimiento de que solamente con una nueva lid saldria, y que

la íntima conciencia de la estimacion que aun podias merecer era la única cosa que todavia te podia hacer estimable.

Tu corazon estaba exhausto para el amor; así estimé que nada significaba una desproporcion de edad que no me dejaba derecho para aspirar á un afecto que no podia disfrutar aquel que era su objeto, y que no era posible que ningún otro se grangease. Viendo por el contrario que en una vida que ya habia llegado á mas de la mitad de su carrera esta inclinacion sola habia yo sentido, juzgué que seria duradera, y fué mi complacencia dedicar á ella lo restante de mi vida. Nada en mis largas investigaciones habia hallado que valiese lo que tú; pensé que otra ninguna en el mundo podria hacer lo que tú no hicieses; me atrevi á no fiarme de la virtud, y me casé contigo. No estrané que me escondieses el misterio que ocultabas; sabia las razones que para ello tenias, y tu prudente conducta me descubria la razon por la cual perseverabas en callar. Contemplando contigo imité tu reserva, y no quise privarte del honor de que me hicieras un dia espontaneamente una confesion que cada instante veia que se te queria salir del pecho. En nada me he engañado,

y has cumplido todo cuanto de ti me habia yo prometido. Cuando quise elegir esposa deseaba encontrar en ella una compañera amable, prudente y feliz. Cumplidos están mis dos primeros deseos; hija mia, espero que el tercero no nos falle.

Al oír estas palabras, no obstante todo cuanto me esforzaba para no interrumpirle como no fuese con mis llantos, no pude ménos de arrojarle á su cuello, exclamando: querido esposo mio; tú, el mejor y el mas amado de los hombres, dime que es lo que falta para mi felicidad, sino la tuya, y merecerla yo mas bien.... Tu eres tan feliz como es posible serlo, y lo mereces, dijo interrumpiéndome, pero ya es tiempo de disfrutar en paz de una dicha que hasta aqui tantas penas te ha costado. Si hubiera bastado tu fidelidad para mí todo estaba acabado desde el punto que me la prometiste; pero he querido ademas que fuera fácil y suave para ti, y en hacerla tal nos hemos ocupado entrámbos de comun acuerdo sin decírnoslo. Julia, mucho mejor lo hemos conseguido de lo que tú acaso piensas. El único defecto que en ti hallo es que no hayas vuelto á tener en ti la confianza que debes,

y que te estimes en ménos de lo que vales. No ménos que en la arrogancia hay riesgos en la demasiada modestia. Asi como una temeridad que nos incita á que acometamos empresas que exceden á nuestras fuerzas las hace ineficaces, el miedo que nos impide contar con ellos las torna inútiles. Consiste la verdadera prudencia en conocerlas bien, y en servirse de ellas. Con la mudanza de estado las has cobrado nuevas. Ya no eres aquella doncella desventurada que lloraba su flaqueza dejándose arrastrar de ella; que eres la mas virtuosa de las mugeres que no conoce otras leyes que las de la obligacion y el honor, y á quien la memoria sobrado viva de sus culpas es la única que reprenderse en ella pueda. Léjos de tomar contra ti propia injuriosas precauciones, aprende á contar contigo para contar cada dia mas. Remueve de ti injustas desconfianzas que á veces pudieran excitar los afectos de que se originan, y tómate mas antes el parabien de que supiste elegir á un hombre de bien en edad que tan fácil es engañarse, y por haber escogido en otro tiempo amante acreedor á ser hoy tu amigo á vista de tu propio marido. Apenas supe vuestra mútua amistad, cuando os estimé á uno por otro. Conoci el

falaz entusiasmo que á entrambos os habia des-
carriado, que solo en las nobles almas tiene
eficacia, y si alguna vez las pierde es por un ali-
ciente que solo á ellas seduce. Colegi que el
mismo gusto que habia formado vuestra unión
la disolveria, así que fuese culpada, y que el
vicio podia introducirse, mas no arraygarse en
corazones como los vuestros.

Me convencí entónces de que reynaban entre
vosotros lazos que no se debían romper; que
estaba vuestro reciproco afecto conexo con tan-
tas cosas loables, que mas convenia arreglarle
que anonadarle, y que no podia ninguno de los
dos olvidarse del otro, sin perder mucha parte
de su valor. Sabia que las tremendas batallas
no hacen otra cosa que inflamar las violentas
pasiones, y que si los excesivos esfuerzos ejer-
citan el alma, le cuestan tormentos cuya du-
racion puede abatirla. Hice uso de la dulzura
de Julia para templar su severidad. Mantuve su
amistad á Vm., le dijo á San Preux, quité de
ella lo excesivo que podia haber, y creo que le
he conservado á Vm. mas de lo que le hubiera
dejado ella de su corazon, si le hubiera yo
abandonado á si propio.

Animóme el feliz logro de mis proyectos,

y quise probar la cura de Vm. así como habia
conseguido la suya, porque le estimaba, y no
obstante las preocupaciones del vicio, siempre
he visto que no hay cosa buena ninguna que de
las elevadas almas con la ingenuidad y la con-
fianza no se alcance. Le he visto á Vm. y no me
ha engañado ni me augurará, y aunque no sea
aun lo que debe ser le callo mas de lo que piensa,
y estoy mas satisfecho con Vm. que Vm. propio.
Bien sé que mi conducta parece estraña y
opuesta á todas las máximas vulgares; pero las
máximas son ménos generales á medida que
mas bien se descifran los corazones, y no debe
conducirse el marido de Julia como otro hombre.
Hijos míos, nos dijo con tono eso mas afectuoso
que procedia de un hombre tranquilo, sed lo
que sois, y todos viviremos satisfechos. Solo
en la opinion está el peligro, no temais nada de
vosotros y nada tendréis que temer; no penseis
mas que en lo presente, y yo respondo de lo
venidero. No puedo deciros mas por hoy, pero
si salgo con mis proyectos, y no me engañan
mis esperanzas, mas fausto será nuestro des-
tino, y sereis ámbos mas felices que si hubie-
rais sido uno de otro.

Se levantó, nos abrazó, y quiso que nos

abrazáramos tambien en este sitio, en este mismo sitio donde otro tiempo.... Clara, mi buena Clara, ¡cuanto me has querido siempre! No puse, reparo ninguno, ¡ay, que mal hubiera hecho en ponerle! en nada se pareció este beso al que tan temible me habia hecho el bosquecillo; me di un triste parabien, y conocí que estaba mas mudado mi corazon de lo que hasta entónces habia pensado.

Cuando nos volvíamos á casa, me cogió mi marido de la mano, y enseñándome el bosquecillo de donde salíamos, me dijo riéndose: Julia, no temas de hoy mas ese asilo, que acaba de ser profanado. Tú no me quieres creer, prima, pero te juro que tiene un don sobrenatural para desentrañar lo que hay en lo mas recóndito del corazon; ¡consérvesele siempre el Cielo! con tantos motivos para despreciarme, sin duda que á esta arte debo yo su indulgencia.

Hasta aqui no ves que haya consejo que darime; paciencia, ángel mio; ya llegaremos, pero era necesaria la conversacion que acabo de contarte para hacerte cargo de lo restante.

Cuando nos volvíamos, mi marido á quien están esperando mucho tiempo hace en Etange,

me dijo que pensaba hacer mañana este viage que te veria de paso, y que se detendria cinco ó seis dias. Sin decirle todo lo que pensaba de una ausencia tan fuera de sazón, le representé que no me parecia tan indispensable que pudiera obligar al señor de Wolmar á dejar á un huésped á quien el propio habia brindado con su casa. ¿Quieres, replicó, que le trate con ceremonia para advertirle que no está en la suya? Yo soy partidario de la hospitalidad de los Valaisanos, y espero que encuentre aqui su ingenuidad y nos deje su libertad. Viendo que no me queria entender tomé otro sesgo, y procuré insinuar á nuestro huésped que le acompañase á este viage; vera Vm., le dije, una habitacion que tiene cosas hermosas, y de las que á Vm. le gustan, visitará el patrimonio de mis padres y el mio, y el interes que en mí tiene no me permite creer que le sea indiferente esta visita.

Ya habia abierto la boca para decirle que se parecia esta quinta á la de milord Eduardo, que, pero tuve por fortuna tiempo de mordirme la lengua. Respondiome llanamente que tenia razon, y que haria lo que yo quisiese. Pero el señor de Wolmar, que al parecer queria sacarme de mis casillas, le replicó que debia

hacer lo que á él le acomodase. ¿Que quiere Vm. mas, venir ó quedarse? Quedarme, dijo sin vacilar un instante. Norabuena, quédese Vm., replicó mi marido, apretándole la mano. Hombre ingenuo y honrado; muy satisfecho estoy con esta respuesta. No había medio de altercar mucho delante del testigo que nos escuchaba. Callé, y no pude esconder de modo mi desazon que no la conociese mi marido. ¿Pues que, me dijo con semblante disgustado, en un momento que se habia desviado de nosotros San Preux, habré yo hecho un inútil alegato de tu causa en favor de ti misma? ¿y se contenta la señora de Wolmar con una virtud que necesita escoger las ocasiones? Yo por mí soy mas mal contentadizo; quiero deber la fidelidad de mi muger á su corazon y no al acaso; y no me basta con que me guarde fe, sino que me ofende que dude de ella.

Llevónos despues á su gabinete, donde pensé no volver en mí del pasmo quando le vi sacar un cajon con las copias de algunas relaciones de nuestro amigo que yo le habia dado, los mismos originales de todas sus cartas, que creia yo que habia visto á Babi quemarlas en el cuarto de mi madre. Aquí están, me dijo enseñándo-

noslas, los cimientos de mi confianza; si me engañasen fuera un desvario contar con nada de cuanto respetan los hombres. Entrego el depósito de mi muger y mi honor á aquella que soltera y seducida prefirió una accion de beneficencia á una cita única y segura; fio á Julia esposa y madre de aquel que, pudiendo contentar sus gustos, supo respetar á Julia soltera y enamorada. Aquel de vosotros dos que se desprecie á sí propio lo bastante para pensar que hago mal, dígalo y me retrato al instante. ¿Prima, crees que fuera fácil responder á esta interpelacion?

Sin embargo esta tarde he llamado un instante aparte á mi marido, y sin meterme en argumentos que no me era licito seguir mucho, me he cenido á pedirle un plazo de dos dias, que me ha otorgado al instante, y los empleo en enviarte este propio, y aguardar tu respuesta para saber lo que debo hacer.

Bien sé que me basta con rogar á mi marido que no se vaya, y quien nunca cosa ninguna me ha negado no me negará favor tan de corta entidad. Pero, querida, veo que tiene gusto en la confianza que me manifiesta, y me temo perder parte de su estimacion, si cree que

necesito mas reserva de la que él me permite. Tambien sé que con decir una palabra á San Preux no titubeará en acompañarle: ¿Pero no lo conocerá mi marido? ¿y puedo yo dar este paso sin conservar con San Preux cierto viso de autoridad que tendria apariencia de dejarle algunos derechos? Por otra parte, recelo que de esta precaucion colija, que la reputo necesaria; y este medio que á primera vista parece el mas fácil es acaso de hecho el mas arriesgado. Finalmente no ignoro que consideracion ninguna puede contrapesar un peligro real; ¿pero hay efectivamente ese peligro? Esta es justamente la duda que tú has de resolver.

Quanto mas quiero sondear el presente estado de mi alma, mas motivos encuentro de confianza. Mi corazon está puro, tranquila mi conciencia, no siento turbacion ni temor en todo cuanto en mí sucede, no me cuesta la sinceridad con mi marido esfuerzo ninguno. No quiere esto decir que ciertas memorias involuntarias no exciten de cuando en cuando en mí una ternera de que valiera mas vivir exenta; pero lejos de que nazcan aquellas con la vista de quien las ha causado, me parecen mas raras desde su regreso, y aunque sea verle para mi

muy grato, lo es mas pensar en él; en una palabra, hallo que ni siquiera necesito para tener sosiego en su presencia el auxilio de la virtud, y que los afectos que ha destruido esta renacerian con suma dificultad aun cuando no existiese el horror del delito.

¿Pero, ángel mio, basta con que viva confiado mi corazon, si me debe atemorizar la razon? Yo he perdido el derecho á contar conmigo. ¿Quien me responderá de que no sea todavía mi confianza ilusion del vicio? ¿como me he de fiar de afectos que tantas veces me han engañado? ¿no empieza siempre el delito por la soberbia que hace que se desprecie la tentacion? ¿y arrostrar peligros á que una se ha rendido no es quererse rendir otra vez?

Pesa todas estas consideraciones, prima, y verás que aun cuando en sí propias fuesen vanas por su objeto, son de suficiente gravedad para merecer que sean atendidas, y sácame de la incertidumbre en que me tienen. Indícame como he de conducirme en este delicado lance; porque mis pasados errores han alterado mi discernimiento, y me han dejado muy medrosa para resolverme en semejantes cosas. Piensa

como quieras de ti misma, yo estoy cierta de que está serena y sosegada tu alma, y de que se representan en ella los objetos como son; pero la mía perturbada siempre como la onda agitada los confunde y desfigura. No me atrevo ya á fiarme de nada de cuanto veo y cuanto siento, y á despecho de tan largo arrepentimiento reconozco con dolor que el peso de una antigua culpa es una carga que abruma toda su vida al culpado.

CARTA 15^a.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA
SEÑORA DE WOLMAR.

POBRE prima, que de tormentos te das sin cesar á ti propia, con tantos motivos para vivir en paz! Todos tus males provienen de ti Israel. Si siguieras tus propias reglas, que en las cosas de afectos solo la voz interior escucharas, y que impusiera tu corazón silencio á la razón, te entregarías sin escrúpulo á la confianza que él te inspira, y no te afanarías á temer, contra

su testimonio un peligro que solo de él puede venir.

Te entiendo, sí, bien te entiendo, Julia mía; mas segura de ti de lo que finges, te quieres humillar por tus pasadas culpas; con pretexto de precaverte de otras nuevas, y tus escrúpulos no tanto son precauciones para lo venidero, como penitencia que te impones por la temeridad que te perdió en otro tiempo. Compara los tiempos, ¡que idea! compara también los estados, y acuérdate de que reprendía entonces yo tu confianza, como ahora reprendo tus temores.

Te engañas, querida niña mía, nadie se deslumbra á sí propio; si es posible que nos atolondremos acerca de nuestro estado no pensando en él, le vemos como él es, así que nos examinamos, y nadie se encubre sus virtudes no mas que sus vicios. Tu dulzura y tu devoción te han dado cierta propensión á la humildad. Desconfía de esa peligrosa virtud que no hace mas que concentrar el amor propio para animarle, y cree que vale mas la noble ingenuidad de una alma recta que la soberbia de los humildes. Si es necesaria la templanza en el recato, también se necesita en las precauciones que este

como quieras de ti misma, yo estoy cierta de que está serena y sosegada tu alma, y de que se representan en ella los objetos como son; pero la mía perturbada siempre como la onda agitada los confunde y desfigura. No me atrevo ya á fiarme de nada de cuanto veo y cuanto siento, y á despecho de tan largo arrepentimiento reconozco con dolor que el peso de una antigua culpa es una carga que abruma toda su vida al culpado.

CARTA 15^a.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA
SEÑORA DE WOLMAR.

POBRE prima, que de tormentos te das sin cesar á ti propia, con tantos motivos para vivir en paz! Todos tus males provienen de ti Israel. Si siguieras tus propias reglas, que en las cosas de afectos solo la voz interior escucharas, y que impusiera tu corazón silencio á la razón, te entregarías sin escrúpulo á la confianza que él te inspira, y no te afanarías á temer, contra

su testimonio un peligro que solo de él puede venir.

Te entiendo, sí, bien te entiendo, Julia mía; mas segura de ti de lo que finges, te quieres humillar por tus pasadas culpas; con pretexto de precaverte de otras nuevas, y tus escrúpulos no tanto son precauciones para lo venidero, como penitencia que te impones por la temeridad que te perdió en otro tiempo. Compara los tiempos, ¡que idea! compara también los estados, y acuérdate de que reprendía entonces yo tu confianza, como ahora reprendo tus temores.

Te engañas, querida niña mía, nadie se deslumbra á sí propio; si es posible que nos atolondremos acerca de nuestro estado no pensando en él, le vemos como él es, así que nos examinamos, y nadie se encubre sus virtudes no mas que sus vicios. Tu dulzura y tu devoción te han dado cierta propensión á la humildad. Desconfía de esa peligrosa virtud que no hace mas que concentrar el amor propio para animarle, y cree que vale mas la noble ingenuidad de una alma recta que la soberbia de los humildes. Si es necesaria la templanza en el recato, también se necesita en las precauciones que este

aconseja, no sea que medidas ignominiosas para la virtud envilezcan el alma, y realizen un peligro quimérico, á poder de atemorizarnos con él. ¿No ves que despues de haberse levantado de una caída es menester tenerse en pie, y que ladearse á la parte contraria es infalible medio de volver á caer? Prima, tú fuiste amante como Heloisa, ahora eres devota como ella: ¡plega á Dios que con mas fruto sea! De veras que si ménos conocido tuviera tu desaliento natural, serian capaces tus temores de ponerme susto á mí tambien; y si tan escrupulosa fuera yo, á poder de temblar por ti me hicieras temblar por mí misma.

Piénsalo bien, amable amiga mía: ¿tú cuya moral tan dulce y fácil es como honesta y pura, no profesas acerca de la separacion de los sexos máximas de una acerba aspereza, y que de tu carácter desdícen? Convengo contigo en que no deben vivir juntos ni del mismo modo; pero mira si no necesitaria esta importante regla muchas distinciones en la práctica, si debe aplicarse indistintamente y sin excepcion á casadas y á solteras, á la sociedad general y á las conversaciones priyadas, á los negocios y á las diversiones, y si no deben templarla

alguna vez la decencia y la honestidad que la han dictado. Quieres que en un país de buenas costumbres, donde para los matrimonios se apetecen consonancias naturales haya asambleas, donde puedan verse, conocerse, y ponerse en harmonía la gente moza de ámbos sexos, pero con mucho motivo les prohibes toda conferencia privada. ¿No debería ser todo lo contrario respecto á las casadas y las madres de familias que no pueden tener interés legitimo ninguno para manifestarse en público, á quienes retienen en lo interior de sus hogares las ocupaciones domésticas, y que á nada deben negarse de quanto es propio de una señora de su casa? No gustara yo de verte en tus atarazanas dando á gustar tus vinos á los traginantes, ni que dejases á tus hijos para ir á ajustar cuentas con un banquero; pero, ¿si viene un hombre de bien á ver á tu marido ó á tratar con él un asunto, te negarás á recibir á su huésped en ausencia suya, y á ofrecerle tu casa, por temor de hallarte á solas con él? Sube al principio, y se explicarán todas las reglas. ¿Porqué pensamos que deben vivir las mugeres retiradas y separadas de los hombres? ¿haremos á nuestro sexo la injuria de creer que

sea por motivos sacados de su flaqueza, y solamente por evitar el riesgo de las tentaciones? No, querida: tan socces temores desdichen de una muger de bien, de una madre de familias sin cesar cercada de objetos que mantienen en ella los afectos de honor, y entregada á las mas respetables obligaciones de la naturaleza.

Lo que de los hombres nos separa es la misma naturaleza; que nos prescribe ocupaciones distintas; es aquella dulce y temerosa modestia que justamente sin pensar en la castidad es su mas segura guarda; es aquella cuidadosa y aliciente reserva, que manteniendo en los corazones de los hombres de consuno los deseos y el respeto, es, por decirlo así, el tocado de la virtud. Por eso no están exceptuados de la regla ni los mismos esposos; por eso las casadas mas honestas, generalmente hablando, conservan mas ascendiente con sus maridos, porque con el auxilio de esta prudente y juiciosa reserva sin antojos ni repulsas, saben, en el seno de la union mas tierna tenerlos á cierta distancia, y los impiden que se harten nunca de ellas. Convendrás conmigo en que es tu precepto muy general para no admitir excepciones, y que no estando fundado en una rigurosa obligacion el

misimo bien parecer que le ha establecido puede alguna vez dispensarle.

La circunspeccion que en tus pasados yerros fundas es injuriosa á tu estado presente; nunca se la perdonaria á tu corazon, y apenas si puedo perdonársela á tu razon. ¿Como no ha podido preservarte de un miedo ignominioso el muro que tu persona defiende? ¿como puede ser que mi prima, mi hermana, mi amiga, mi Julia confunda con las infidelidades de una casada delincuente las flaquezas de una soltera en demasia sensible? Mira en torno de tí; no verás nada que no deba enaltecer y sustentar tu alma. Tu marido que tanto de tí presume, y cuya estimacion tienes que justificar; tus hijos que educar en la virtud quieres, y que un dia se gloriarán de que hayas sido tú su madre; tu venerable padre que tanto amas, que se goza en tu felicidad, mas ufano con su hija que con sus abuelos; tu amiga cuya suerte de la tuya pende, y á quien debes dar cuenta de una conversion á que contribuyó; su hijo que en tí ha de tomar ejemplo de las virtudes que quieres inspirarle; tu amigo, mas idólatra cien veces de las tuyas que de tu persona, y que todavia mas que tú le temes te respeta; tú

propia finalmente que en tu honestidad la paga de los afaes que te ha costado encuentras, y que nunca querrás perder en un instante el fruto de tantas penas; ¡cuantos motivos idóneos para alentar tu denuedo te deben avergonzar de ser osada á desconfiar de ti propia! ¿Pero para responder de mí Julia, que necesito considerar lo que es? Basta con saber lo que fué aun en el tiempo de los errores de que se lamenta. Ha! si alguna vez hubiera sido capaz de infidelidad tu corazón te permitiría que siempre la temieses; pero en aquel mismo instante que desde lejos contemplarla creías, mira que horror te hubiera causado presente, pues que tanto te inspiró cuando pensar en ella hubiera sido cometerla.

Me acuerdo del asombro con que supimos en otro tiempo que hay países donde la flaqueza de una moza enamorada es un delito irremisible, aunque al adulterio de una muger le llamen con el suave nombre de galanteo, y donde se resarcan á cara descubierta, cuando casadas, de la efímera sujecion en que vivieron de solteras. Sé las máximas que sobre este punto reynan en las cortes donde la virtud nada significa, donde todo es una apariéncia vana,

donde se borran los delitos con la dificultad de probarlos, y donde la misma prueba es ridícula contra el estilo que los autoriza. Pero tú, Julia, que ardiendo en una fiel y pura llama solo á los ojos de los hombres eras culpada, y de nada tenias que acusarte á la faz del Cielo; tú que en medio de tus culpas te dabas á respetar; tú que abandonada á un desconsuelo impotente nos forzabas á adorar hasta las virtudes que habias perdido; tú que te indignabas de tu propio desprecio, cuando parecía que todo te disculpaba; ¿te atreves á tener un delito habiendo pagado tan cara tu flaqueza? ¿te atreves á tener miedo de que valgas ménos hoy que en tiempos que tantos llantos te han costado? No, querida, lejos de que deban asustarte tus antiguos extravíos deben darte mayor ánimo; arrepentimiento tan amargo no conduce al remordimiento, y quien tanto siente la vergüenza no sabe arrostrar la infamia.

Si una vez tuvo un alma flaca arrimos contra su flaqueza son los que á ti se ofrecen; ¿y si una alma fuerte se pudo una vez sustentar por sí propio que apoyo necesita la tuya? Dime cuales son tus motivos prudentes de temor. Toda tu vida no ha sido otra cosa que una

pelea continua, en que aun despues de tu vencimiento no han cesado de resistirse la obligacion y el honor, hasta que al cabo han triunfado. Ha, Julia! he de creer que despues de tantos duelos y tormentos, doce años de llanto y seis de gloria no te hayan dado fuerza para una prueba de ocho dias? En dos palabras, se sincera contigo propia; si hay peligro, libra tu persona y sonrojate de tu corazon; si no le hay, es agraviar tu corazon y afrentar tu virtud temer un riesgo imaginario. ¿Ignoras que hay tentaciones afrentosas, que nunca en un pecho honesto tienen cabida, que hasta vergüenza fuera vencerlas, y que las precauciones que contra ellas se toman no tanto humillan como envilecen?

No pretendo que sean sin réplica mis razones, sino solo hacerte ver que las hay contrarias á las tuyas, y esto basta para autorizar mi dictámen. No sigas ni á ti que no sabes hacerte justicia, ni á mí que en tus defectos nunca he visto mas que tu corazon, y siempre te he adorado, sino á tu marido que te ve como eres, y te juzga exactamente segun tu mérito. Propensa como todas las personas sensibles á juzgar mal de las que no lo son, desconfiaba yo de su

penetracion en los secretos de los pechos tiernos; pero desde la llegada de nuestro caminante veo que descifra muy bien los vuestros, y que no se enobre ni siquiera uno de los movimientos que en ellos se excitan á sus observaciones, y hallo que son estas tan atinadas y tan agudas que casi he cejado al otro extremo de mi opinion anterior, y creeria sin dificultad que los sujetos frios que mas consultan sus ojos que su corazon, hacen mas acertado juicio de las agenas pasiones, que las personas petulantes y vivas, ó vanas como yo, que empiezan siempre substituyéndose á los otros, y nunca saben ver otra cosa que lo que sienten ellas. Sea como fuere, el señor de Wolmar te conoce, te estima, te quiere, y está enlazada su suerte con la tuya: ¿pues que le falta para que fies de él la entera direccion de tu conducta, cuando temes engañarte? Acaso sintiendo que se le acerca la vejez quiere con pruebas capaces de infundirle confianza precaverse de las zelosas inquietudes que de ordinario inspira una muger moza á un marido viejo; acaso requieren las intenciones que tiene que puedas tú vivir en la intimidad con tu amigo, sin asustar ni á tu esposo ni á ti propia; acaso solo quiere darte una prenda de estimacion y

confianza digna de aquella en que te tiene. Nunca debemos negarnos á semejantes afectos; como si no pudiéramos llevar su peso; y, en una palabra, yo por mi soy de dictámen que no puedes de mejor modo cumplir con la prudencia y la modestia que dejándote guiar en todo por sus luces y su ternura.

¿Quieres sin disgustar al señor de Wolmar castigarte de una soberbia que nunca has tenido, y preservarte de un peligro que ya no existe? Cuando te hayas quedado sola con el filósofo, toma contra él todas las precauciones superfluas que en otro tiempo te hubieran sido tan necesarias; sujetate á tanta reserva como si con tu virtud perdieras todavía desconfiar de tu corazon y del suyo; evita las conversaciones en demasia cariñosas, las tiernas memorias del tiempo pasado; interrumpe ó no tengas largas conferencias á solas; no apartes de ti á tus hijos; no te halles mucho sola con él ni en tu cuarto, ni en el Eliseo, ni en el bosquecillo, no obstante la profanacion: sobre todo toma estas medidas de un modo tan natural que parezcan efecto del acaso, y que no pueda él imaginarse un instante que le temas. Tú gustas de pasearte embarcada, y te privas de esta diversion á

causa de tu marido que teme el agua, y de tus hijos que no quieres exponer; aprovéchate de esta ausencia para tomar este pasatiempo, dejando á tus hijos en guarda de la Paca. Este es el medio de abandonarte sin riesgo á los dulces desahogos de la amistad, y disfrutar en paz de una larga conversacion á solas; bajo la proteccion de los barqueros que tienen ojos y no oídos, y de los cuales no es posible desviarse antes de pensar en lo que se hace.

Tambien me ocurre una idea que á muchos les haria reir, pero que estoy cierta que á ti te agradará, y es hacer, mientras está ausente tu marido un diario puntual, para enseñársele cuando vuelva, y en todas las conversaciones acórdarte de que se han de insertar en el diario. Verdad es que no creo que fuese provechoso semejante medio para muchas mugeres; pero un pecho ingenuo y que no es capaz de mala fe, tiene contra el vicio muchos recursos que á los otros les faltan. Nada de cuanto para mantener la pureza sirve es despreciable, y las precauciones mas pequeñas son las que las grandes virtudes conservan.

En cuanto á lo demas una vez que ha de verse conmigo tu marido, espero que me diga

las verdaderas causas de su viage, y si encuentro que no sean valederas le disuadiré de que le concluya, ó de cualquier modo que suceda, haré yo lo que él no quiera hacer; puedes contar con ello. Entre tanto ya piensa que tienes mas de lo que es menester para cobrar ánimo para resistir á una prueba de ocho dias. Anda, Julia mia, sobrado bien te conozco para no responder de tí, tanto como de mi misma, y mas todavía. Siempre serás lo que debes y quieres ser. Aun cuando te abandonases á sola la honestidad de tu corazon nada arriesgarías, porque yo no creo en los vencimientos inopinados; es en balde disfrazar con el vano nombre de flaqueza culpas que siempre son voluntarias; nunca se ha rendido muger que no haya querido rendirse, y si pensara que te podia amenazar semejante suerte, créeme, cree en mi tierna amistad, cree en todos los afectos que pueden nacer en el corazon de tu pobre Clara, tendría sobrado sensible interes en preservarte para que á ti sola te abandonara.

Poco extraño lo que te ha declarado el señor de Wolmar acerca de las noticias que tenia ántes de tu casamiento; ya sabes que siempre me lo he sospechado, y mas te diré que no se

han ceñido mis sospechas á las imprudencias de Babi. Nunca he podido creer que un hombre recto y formal como tu padre, y que cuando ménos habia formado sospechas, se pudiese resolver á engañar á su yerno y su amigo: y si exigia de ti con tanto ahinco el secreto, consiste en que era muy distinto el modo de revelarle de su parte que de la tuya, y que sin duda queria dar á esto un giro que chocase ménos al señor de Wolmar, que el que sabia que le darías tú. Pero es menester que despache á tú propio: de todo esto hablaremos mas despacio dentro de un mes.

A Dios, primita, bastante he predicado ya á la predicadora; vuelve á tu antiguo oficio, que hay motivo. Estoy toda inquieta porque aun no estoy contigo. Todos mis negocios los enredo con la priesa que á despacharlos me doy, y casi no sé lo que me hago. Ha, Chaillot, Chaillot!... Si no fuera yo tan loca!... pero espero que siempre lo seré.

P. D. Ahora que cayo; se me olvidaba dar la enhorabuena á tu alteza. Dime por tu vida, ¿tu serenísimo marido es Atteman, Knes, ó Boyardo? Yo por mí creeré que echo por vidas

si te he de llamar la señora Boyarda (1); pobre muchacha! tú que tanto has llorado por haber nacido señora, mira si eres poco afortunada con encontrarte muger de un príncipe. No obstante, aquí para entre las dos, para dama de tanto copete hallo que tus temores son algo plebeyos. ¡No sabes que los mezquinos escrúpulos solo convienen al pueblo menudo, y que todo el mundo se rie de un hombre de buena familia que se pretende hijo de su padre!

CARTA 14^a.

DEL SEÑOR DE WOLMAR A LA SEÑORA DE ORBE.

SALGO para Etange, primita, me habia propuesto ver á Vm. á la ida; pero una detención cuya causa es Vm. me precisa á llevar

(1) Sin duda que no sabia la señora de Orbe que efectivamente los dos primeros son títulos de distincion, pero que un Boyardo es un mero hidalgo.

mas priesa, y quiero mas pasar á la vuelta la noche en Lausana, para estar algunas horas mas con Vm. Asi como tengo que consultar á Vm. acerca de varias cosas, de que será bueno hablarle de antemano para que tenga tiempo de meditarlo, ántes de decirme su parecer.

No he querido explicar á Vm. mi proyecto acerca del mozo, ántes que hubiera confirmado la buena idea que de él me habia formado. Creo que estoy yo bastante seguro de él para confiar á Vm. entre los dos, que este proyecto es el de encargarle de la educacion de mis hijos. No ignoro que esta importante tarea es la obligacion principal de un padre; pero cuando fuere tiempo de desempeñarlo, tendré yo sobrada edad para salir con esta empresa, y con mi genio sosegado y contemplativo siempre tuve muy poca actividad para poder regular la de la mocedad. Además de que por la razon que Vm. sabe (1), no veria sin inquietud Julia que me encargase yo de una funcion que con dificultad desempeñaria á su gusto:

(1) Esta razon no la sabe todavía el lector, pero le rogamos que tenga paciencia.

y como por otras mil razones su sexo de Vm. no es idóneo para estas mismas tareas, toda la ocupacion de su madre será educar bien á su Henrieta; yo la destino á Vm. para el gobierno de casa, conforme al plan que hallará establecido, y que ha aprobado; y mi suerte será la de ver á tres personas virtuosas concurrir á la felicidad de mi casa, y disfrutar en mi vejez un sosiego que será obra suya.

Siempre he visto que mi muger tendria suma repugnancia en fiar á sus hijos de manos mercenarias, y no podido ménos de aprobar sus escrúpulos. Requiere el respetable estado de preceptor tanto talento que no se puede pagar, y tantas virtudes que no son venales, que es cosa inútil buscar uno con dinero. En solo un hombre de sublime ingenio se puede esperar que se hallen las luces de un maestro; solo al mas tierno amigo puede inspirarle su corazon el zelo de padre, y ni se halla el ingenio de venta, ni mucho ménos la fina amistad.

Me ha parecido que su amigo de Vm. reunia todas las prendas necesarias, y si he conocido bien su alma no imagino que haya para él felicidad mayor que la de labrar en estos

hijos queridos la de su madre. El único obstáculo que puedo prever es su afecto á millord Eduardo, que con dificultad le permitirá desprenderse de un amigo tan amado, y á quien tantas obligaciones debe, á ménos que el mismo Eduardo lo exija. Presto esperamos á este hombre extraordinario, y como Vm. tiene mucho imperio en su ánimo, si no desdice de la idea que de él me ha hecho formar, pudiera encargarse de esta negociacion.

Ya posee Vm., primita, la llave de toda mi conducta, que sin esta explicacion pareceria extravagante, y que ahora espero que Vm. y Julia aprueben. La ventaja de tener una muger como la mia me ha hecho usar medios, que con cualquiera otra fueran impracticables. Si la dejo con entera confianza con su antiguo amante, guardada de sola su virtud, fuera un loco si hospedara en mi casa á este mismo amante, antes de estar cierto de que para siempre habia dejado de serlo; y como me habia de asegurar de ello, si tuviese una esposa con quien ménos pudiera contar?

Algunas veces he visto que se sonreia Vm. de mis observaciones acerca del amor; pero esta vez tendrá Vm. porque hacerme acata-

miento. He hecho un descubrimiento que ni Vm. ni muger de este mundo con toda lasagacidad que á su sexo atribuyen nunca hubiera hecho, cuya evidencia conocerá Vm. sin embargo acaso desde el primer instante, y que mirará como demostrado, á lo ménos cuando le haya podido explicar en que me fundo. Decir á Vm. que mis dos jóvenes están mas enamorados que nunca, sin duda que no es informarla de una maravilla. Afirmar á Vm., por el contrario, que están radicalmente curados; ya sabe lo que pueden la razon y la virtud, y cierto que no es este su mayor milagro. Pero que se hallen ciertos estos dos contrarios al mismo tiempo; que estén mas ardientemente que nunca apasionados uno de otro, y que no reine entre ellos mas que una amistad honesta; que siempre sean amantes sin ser mas que amigos; esto, pienso, es lo que ménos Vm. esperaba, lo que mas dificultad en comprender tendrá, y lo que sin embargo es conforme á la exacta verdad.

Este es el enigma que resulta de las frecuentes contradicciones que ha debido Vm. notar en ellos, tanto en sus conversaciones como en sus cartas. Lo que ha escrito Vm. á Julia to-

cante al retrato me ha servido mas que nada para aclarar el misterio, y veo que nunca están de mala fe, aun desmintiéndose sin cesar. Cuando digo están, hablo particularmente del mancebo, porque de su amiga de Vm. solamente por conjeturas se puede hablar; un velo de modestia y honestidad forma tantas dobleces en torno de su corazon, que ya no es posible que ojo humano penetre en él, ni aun el suyo propio. La única cosa que me mueve á sospechar que le queda por vencer alguna desconfianza, es que no cesa de averiguar consigo propia como haria si estoviese totalmente sana, y lo ejecuta con tanta puntualidad, que no lo hiciera tan bien, si realmente lo estuviera.

En cuanto á su amigo de Vm., que, aunque virtuoso, se asusta ménos de los afectos que le quedan, veo todavia en él todos los que en su juventud primera tuvo, pero los veo sin derecho á que me ofendan. No es de Julia de Wolmar de quien está enamorado, sino de Julia de Etange, y no me aborrece como á posesor de la persona que ama, sino como á robador de la que amó. La muger agena no es su dama; ni la madre de dos hijos su anti-

gua discipula. Es cierto que se le parece mucho, y que con frecuencia le acuerda su memoria. La ama en el tiempo pasado; esta es la explicacion del enigma; quitele Vm. la memoria, y se acabó su amor.

No es esta una sutileza vana, prima, sino una observacion muy sólida; que aplicándola á otros amores, se hallaria acaso mas general de lo que me parece, y pienso que no fuera difícil explicarla en este lance aun por las propias ideas de Vm. Cuando Vm. separó á estos dos amantes era la época, en que habia llegado su pasion al último ápice de vehemencia. Puede ser que si hubieran permanecido mas tiempo juntos poco á poco se hubiesen entibiado; pero conmovida con viveza su imaginacion sin cesar se los ha presentado uno á otro como eran en el punto que se separaron. El mozo no viendo en su dama las mudanzas que eran efecto del progreso del tiempo la amaba como la habia visto, y no como ella era (1).

(1) ¿Qué locas sois vosotras las mugeres con pretender dar consistencia á tan insubsistente y efímero afecto como es el amor! Todo varia en la naturaleza; todo está en un flujo y reflujo con-

Para hacerle feliz era menester no solo dársela, sino volvérsela de la misma edad y en las mismas circunstancias en que se hallaba en el tiempo de sus primeros amores; la menor alteracion á todo esto era disminuir en otro tanto la dicha que se habia prometido. Está mas hermosa, pero ha mudado, y en este sentido ha redundado en perjuicio de él lo que ha grangeado ella, porque está enamorado de la antigua, y no de otra alguna.

El error que le engaña y causa su desasosiego consiste en que confunde los tiempos y se acusa como de un afecto actual de lo que no es mas que efecto de una tierna memoria; pero no sé si no vale mas acabar de curarle que desengañarle: acaso para su cura nos será mas

tiño: ¿y queréis vosotras inspirar ardores constantes? ¿con que derecho pretendéis ser hoy amadas porque lo erais ayer? Conservad el mismo semblante, la misma edad, el mismo genio, sed siempre unas mismas, y os amarán siempre, si es posible. Pero mudar sin cesar, y querer que os amen siempre es querer que á cada instante dejen de amaros, y no es buscar pechos constantes, sino pechos tan mudables como vosotras.

provechoso su error que su desengaño. Descubrirle el estado verdadero de su corazón fuera hacerle saber la muerte de lo que ama, y causarle una aflicción peligrosa, porque siempre el estado de tristeza es propicio al amor.

Libre de los escrúpulos que le molestan, daría con mas complacencia pábulo á memorias que deben extinguirse; hablaría de ellas con ménos reserva, y no están de tal manera borrados los lineamentos de Julia en la señora de Wolmar, que á poder de buscarlos no los pudiera encontrar todavía. He pensado que en vez de sacarle de la opinion de los adelantamientos que cree que ha hecho, y que le sirve de estímulo para dar cima á su empresa, era menester hacer que perdiese la memoria de tiempos que debe olvidar, sustituyendo con maña otras ideas á las que para él son tan preciosas. Vm. que contribuyó á dar origen á las primeras puede mas que nadie contribuir á borrarlas; pero hasta que se venga á vivir para siempre con nosotros no quiero decir á Vm. al oído lo que para eso ha de hacer, y es carga que, si no me engaño, le será bastante llevadera. Entre tanto procuro yo acostumbrarle con los objetos que le amedrentan, presentán-

doselos de manera que no sean peligrosos para él. Es un mozo ardiente, pero débil y fácil de dejarse guiar, y me aprovecho de esta cauidad, alucinando su imaginacion. En vez de su dama le fuerzo á que vea siempre la muger de un hombre de bien y la madre de mis hijos; borro así una pintura con otra, y cubro con lo presente lo pasado. Así llevamos á un caballo asustadizo al objeto que le espanta, para que le pierda el miedo. Lo mismo se ha de hacer con estos mozos, cuya imaginacion, cuando ya se ha resfriado su corazón, todavía arde, y les representa desde léjos monstruos que se desaparecen al punto que á ellos se acercan.

Creo que conozco bien las fuerzas de uno y otro, y solo los espongo á pruebas á que pueden resistir, porque no consiste la prudencia en tomar indistintamente todo género de precauciones, sino en elegir las que sean útiles, y omitir las superfluas. Los ocho dias que voy á dejarlos juntos bastarán acaso para enseñarles á distinguir sus verdaderos afectos, y conocer lo que son realmente uno para con otro. Cuanto mas se vieren á solas, mas facilmente caerán en su equivocacion, comparando lo que sienten,

con lo que en otro tiempo, en semejante situación, hubieran sentido. Añada Vm. que les importa acostumbrarse sin riesgo á la intimidad en que necesariamente han de vivir, si se realizan mis ideas. Por la conducta de Julia veo que le ha dado Vm. consejos que no puede menos de seguir sin agraviarse á sí propia. ¡Que gusto fuera para mí darle esta prueba de que conozco todo cuanto vale, si fuera una muger con la cual pudiera un marido hacerse mérito de su confianza! Pero aun cuando nada hubiese adelantado con su corazón, fuera la misma su virtud; mas costosa le sería, pero vencería, en vez de que si hoy le queda alguna pena interior que padecer, solo puede ser la ternura de una convención de reminiscencia, que sabrá muy bien antever, y que siempre evitará. Ya ve Vm. pues que no na de juzgarse de mi conducta por las reglas ordinarias, sino por las intenciones que me la inspiran, y el carácter único de aquella con quien la observo.

A Dios, primita, hasta la vuelta. Aunque no he dado todas estas explicaciones á Julia, no exijo que le haga Vm. misterio de ellas. Mi máxima es no interponer secretos entre amigos; así estos los fio de la discreción de Vm., haga

de ellos el uso que le inspiren la amistad y la prudencia, que sé que todo cuanto haga será lo mejor y lo mas acertado.

~~~~~

CARTA 15<sup>a</sup>.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

AYER se marchó el señor de Wolmar á Etange, y apenas entiendo el estado de tristeza en que me ha dejado su ausencia, y creo que me afligiria ménos la de su muger que la suya. Me hallo mas violento que cuando estoy en su presencia; reyna en el hondo de mi corazón un mustio silencio; sofoca su murmuración un terror secreto, y ménos agitado de deseos que de sustos, padezco los terrores del delito, sin las tentaciones de cometerle.

¿Sabe Vm., Milord, donde alienta mi alma y pierde estos indignos miedos? junto á la señora de Wolmar. Así que me acerco á ella, su vista calma mi turbación, y sus miradas apuran mi corazón. Tanto es el ascendiente del suyo que parece que siempre inspira á los

demás la conciencia de su inocencia; y la tranquilidad que es su fruto. Por mi desdicha su método de vida no le permite estar todo el día en compañía de sus amigos, y en los momentos que me veo precisado á pasar sin verla ménos padecería si estuviese mas desviado de ella.

Lo que tambien contribuye á mantener la melancolía de que me siento abrumado es una conversacion que tuvo ayer conmigo, quando se hubo ausentado su marido. Aunque hasta entonces se hubiese mantenido bastante serena le seguí largo rato con los ojos enternecidos, cosa que al principio atribuí yo á sola la ausencia de este feliz esposo; pero en sus razones conocí que procedía esta ternura de otra causa que yo no conocia. Vm. ve como vivimos, me dijo, y sabe si le quiero; no crea sin embargo que el afecto que con él me estrecha, tan tierno y eficaz como el amor, esté sujeto á sus flaquezas. Si nos es costoso ver interrumpida la dulce costumbre de vivir juntos, nos consuela la esperanza cierta de verla en breve anudada de nuevo. Pocas vicisitudes que recelar deja un estado tan permanente; y en una ausencia de breves días ménos sentimos la pena de tan

corto intervalo que el gusto de contemplar el próximo fin de ella. La afliccion que lee Vm. en mis ojos proviene de causa mas grave, y aunque relativa al señor de Wolinar no es la causa su ausencia.

Querido amigo mio, anadió en tono lastimado, no hay dicha verdadera en la tierra. Mi marido es el mas bondadoso, y el mas honrado de los hombres; con la obligacion que nos une se junta una inclinacion reciproca; no hay para él otros gustos que los míos; tengo hijos que solo satisfacciones prometen y dan ya á su madre; nunca hubo amiga mas tierna, mas virtuosa, mas amable que la que idolatra mi corazon, y voy á pasar mi vida con ella; Vm. propio contribuye á hacerme la mia mas grata justificando tan bien la estimacion y el cariño que le profeso; un porfiado y largo pleyto que va á concluirse traerá en breve á mis brazos al mejor de los padres; todo prospera; reynan en nuestra casa el orden y la paz; nuestros criados son fieles y zelosos; nuestros vecinos nos dan muestras del mas cordial afecto; gozamos de la benevolencia pública. Favorecida en todas cosas por el Cielo, la fortuna y los hombres, veo que todo conspira

á mi felicidad. Un pesar secreto, un pesar solo la acibara; y no soy feliz. Estas últimas palabras las pronunció con un suspiro que me traspasó el alma, y en el cual bien vi que no tenia yo parte ninguna. ¡No es feliz, dije entre mí, suspirando tambien, y no soy yo quien turba su felicidad!

En un punto trastornó esta idea fatal todas las mías, y turbó el sosiego que á disfrutar empezaba. Impaciente con la insufrible duda en que me habian dejado sus razones, tanto la insté para que acabara de manifestarme su pecho, que en fin vertió en el mío el funesto secreto, y me permitió que se le revelase á Vm.... Pero es hora de paseo. La señora de Wolmar sale ahora del gineceo á pasearse con sus hijos, y me lo envía á decir. Voy allá, Milord, le dejo á Vm. por esta vez, y difiero para otra carta el darle cuenta del asunto interrumpido en esta.

## CARTA 16ª.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SU MARIDO.

Te espero el martes, como me dices, y todo lo hallarás dispuesto conforme á tus intenciones. No dejes de verte á tu vuelta con mi prima, que te dirá lo que ha sucedido en tu ausencia; mas quiero que lo sepas por ella que de mi boca.

Wolmar, es cierto que creo ser acreedora á tu estimacion; pero tu conducta no es la que conviene, y disfrutas con rigor de la virtud de tu muger.

## CARTA 17ª.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

Quiero dar cuenta á Vm., Milord, de un peligro que hemos corrido estos dias pasados, y de que por fortuna hemos salido á costa del susto y algo de fatiga. Esto merece una carta

á mi felicidad. Un pesar secreto, un pesar solo la acibara; y no soy feliz. Estas últimas palabras las pronunció con un suspiro que me traspasó el alma, y en el cual bien vi que no tenia yo parte ninguna. ¡No es feliz, dije entre mí, suspirando tambien, y no soy yo quien turba su felicidad!

En un punto trastornó esta idea fatal todas las mías, y turbó el sosiego que á disfrutar empezaba. Impaciente con la insufrible duda en que me habian dejado sus razones, tanto la insté para que acabara de manifestarme su pecho, que en fin vertió en el mío el funesto secreto, y me permitió que se le revelase á Vm.... Pero es hora de paseo. La señora de Wolmar sale ahora del gineceo á pasearse con sus hijos, y me lo envía á decir. Voy allá, Milord, le dejo á Vm. por esta vez, y difiero para otra carta el darle cuenta del asunto interrumpido en esta.

## CARTA 16ª.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SU MARIDO.

Te espero el martes, como me dices, y todo lo hallarás dispuesto conforme á tus intenciones. No dejes de verte á tu vuelta con mi prima, que te dirá lo que ha sucedido en tu ausencia; mas quiero que lo sepas por ella que de mi boca.

Wolmar, es cierto que creo ser acreedora á tu estimacion; pero tu conducta no es la que conviene, y disfrutas con rigor de la virtud de tu muger.

## CARTA 17ª.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

Quiero dar cuenta á Vm., Milord, de un peligro que hemos corrido estos dias pasados, y de que por fortuna hemos salido á costa del susto y algo de fatiga. Esto merece una carta

á parte; cuando la lea Vm. verá lo que á escribirsela me obliga.

Ya sabe Vm. que no está lejos del lago la casa de la señora de Wolmar, y que le gustan los paseos por agua. Tres dias ha que la desocupacion que le permite la ausencia de su marido, y la serenidad de la noche nos sugirieron la idea de uno de estos paseos para el otro dia. Al salir de sol nos fuimos á orillas del lago, tomamos un barco con redes para pescar, tres remeros y un criado, y nos embarcamos con algunos bastimentos para comer. Yo habia cogido una escopeta para tirar golondrinas, pero me afeó el matar páxaros sin provecho, y por solo el gusto de hacer mal. Divertíame pues en tirar de tiempo en tiempo patos silbones, chorlitos, y solo pude tirar desde muy lejos un colimbo y erré el tiro.

Pasamos una ó dos horas pescando á quinientos pasos de la ribera. La pesca fué buena, pero excepto una trucha que habia recibido un trancazo con el remo, hizo Julia tirar al agua todo lo que se pescó. Son animalitos que padecen, dijo, démosles la libertad, y gocemos del gusto que tendrán ellos en verse fuera de peligro. Ejecutose despacio esta operacion, de

mala gana, y no sin algunas representaciones, y facilmente eché de ver que mas gusto hubieran tenido los que con nosotros iban en comerse el pescado que en oír la moral que le libraba la vida.

Metímonos despues mas adentro del lago, y yo con la viveza de un mozo de que seria ya tiempo que me enmendase, me puse á bogar, y de tal modo me encaminé hácia la mitad del lago que en breve nos encontramos á mas de una legua de la orilla (1). Aquí explicaba á Julia todas las partes del soberbio horizonte que nos cercaba. Desde lejos le enseñaba las bocas del Ródano, cuyo impetuoso curso se amansa á distancia de un cuarto de legua, como si con sus cenagosas ondas temiera amancillar el azulado cristal del lago. Le hacia contemplar los ángulos entrantes y salientes de las montañas, que correspondientes y paralelos forman en el espacio que los separa un cauce digno del rio que le ocupa. Desviada de nuestra costa me complacia en que mirase maravillada las ricas y encantadoras riberas del pais de Vaud, donde

(1) ¿Como puede ser esto? En frente de Clarens tiene el lago mucho mas de dos leguas de ancho.

la muchedumbre de ciudades, el innumerable gentío, las verdes y en todas partes pomposas colinas formaban la mas atractiva pintura, donde en todas partes cultivada, y en todas fecunda la tierra ofrece al labrador, al pastor, al viñador el fruto seguro de sus afanes, que no devora el codicioso publicano. Enseñándole luego el Chablais en la costa opuesta, pais no ménos favorecido de la naturaleza, y que en todas partes solo un espectáculo de miseria presenta, le hacia palpablemente distinguir los efectos de ambos gobiernos en la riqueza, el número y la felicidad de los hombres. Así, le decia, abre su fértil seno la tierra, pródiga de sus tesoros con los venturosos pueblos que para si propios la cultivan; parece que se alegra y se anima con el grato espectáculo de la libertad, y que se complace en alimentar hombres. Por el contrario los tristes paredones, los matorrales y los abrojos que una tierra casi yerma cubren, desde lejos indican que domina en ella un amo ausente, y que mal de su grado franquea á sus esclavos algunas mezquinas producciones que ellos no aprovechan.

Mientras que agradablemente nos divertíamos en recorrer con la vista las vecinas costas, un

viento de tierra que de sesgo nos empujaba hácia la orilla opuesta se levantó, y arreció mucho, y cuando empezamos á revirar, era tan fuerte la resistencia que no fué posible á nuestro frágil barquichuelo vencerla. En breve las olas fueron tremendas, y fué menester dirigiarnos á la ribera de Saboya, y procurar aportar al lugar de Meillerie que estaba fronterizo á nosotros, y que casi es el único parage de esta costa donde presenta la arena un desembarcadero cómodo. Pero el viento que habia mudado tomaba fuerza, inutilizaba los esfuerzos de nuestros barqueros, y nos hacia derivar mas abajo, costearo una larga fila de escarpados penazcos donde no se encuentra refugio.

Todos nos pusimos á remar, y casi en aquel instante tuve el sentimiento de ver á Julia acometida de un mareo, débil y tomada de un desmayo á bordo del barco. Por fortuna que está echá al agua, y no fué duradero este estado. Entre tanto erecian nuestros esfuerzos con el peligro; el sol, la fatiga y el sudor nos tenían á todos faltos de respiracion, y exhaustos de fuerza; entónces recobrando todo su ánimo alentaba Julia el nuestro con sus compasivos halagos, y echando en un vaso vino aguada,

con temor de que nos embriásemos, daba de beber alternativamente á los mas cansados. No, nunca brilló su adorable amiga de Vm. con tan vivo esplendor como en este punto que el calor y la agitación habian realzado con mas fuego sus rosadas mejillas; y lo que mas aumentaba sus hechizos era que se echaba de ver en su enternecido ademan, que mas procedian sus cuidados de compasion de nosotros que de temor por su vida. Solo un instante habiéndose entreabierto dos tablas en un encuentro que nos llenó á todos de agua, creyó que se habia roto el barco, y en una exclamacion de esta tierna madre oí distintamente estas palabras: ¡hijos míos, no es he de volver á ver! Yo cuya imaginacion siempre me abulta el mal, aunque conocia de cierto cual era el peligro, creí de un instante á otro ver sumergido el barco, y esta beldad tan adorable agitarse en mitad de las olas; y marchitas con la amarillez de la muerte las rosas de su rostro.

Finalmente á fuerza de remos subimos á Meillerie, y despues de haber lidiado por espacio de mas de una hora á diez pasos de la orilla, logramos saltar en tierra, y al instante se olvidaron todas nuestras fatigas. Julia se

encargó de agradecer todas las faenas que cada uno habia desempeñado, y como en lo mas inminente del riesgo solo en nosotros habia pensado, quando estuvimos en tierra le parecia que era la única que habiamos libertado.

Comimos con las ganas que en un violento trabajo se hacen. Aderezóse la trucha, y Julia que es muy aficionada comió muy poco de ella, y conocí que para quitar á los barqueros el sentimiento de su sacrificio deseaba que no comiese yo mucho. Milord, mil veces lo ha dicho Vm., en las cosas grandes como en las menudas siempre se pinta su afectuosa alma.

Despues de comer siguiendo alborotado el lago, y siendo necesario componer el barco, propuse que diéramos un paseo. Julia me opuso la ventisca, el sol, y queria que descansara; yo que tenia mi plan no me rendí á sus razones. Estoy, le dije, acostumbrado desde niño á ejercicios penosos; que léjos de ser perniciosos á mi salud, la fortifican, y mi postre viage ha aumentado todavia mi robustez. Para resguardarse del viento y del sol lleva Vm. su sombrero de paja, iremos por bosques y sitios abrigados; basta para esto con trepar algunos peñascos, y Vm. que no gusta de llanuras no se incomodará

con la fatiga. Hizo lo que yo queria, y nos fuimos miéntras comia la familia.

Vin. sabe que despues de mi destierro del Valais, volvi diez años hace á Meillerie á aguardar el permiso de volverla á ver. Allí pasé tan tristes y tan deliciosos dias pensando únicamente en ella, y de allí fué de donde le escribí una carta que tanta impresion hizo en su corazon. Siempre habia deseado volver á visitar el aislado retiro que me sirvió de albergue en mitad de la escarcha, y donde se deleitaba mi corazon en conversar conmigo mismo de lo que mas en el mundo quiso. El motivo secreto de mi paseo fué visitar este sitio tan amado en estacion mas grata, y con aquella cuya imágen moraba entonces conmigo, complaciéndome de antemano en mostrarle antiguos monumentos de tan constante y desdichada pasion.

Llegamos allá despues de una hora de camino por amenos y tortuosos senderos que subiendo insensiblemente por entre los árboles y las rocas no ofrecian otra incomodidad que lo largo del camino. Al acercarme y reconocer mis antiguos vestigios estuve á pique de desmayarme; pero me vinci, oulté mi turbación, y llegamos. Este sitio solitario formaba un silvestre y

desierto retiro, pero lleno de aquella especie de hermosuras que solo á las almas sensibles agradan, y que á las demas parecen horribles. Un torrente que formaban las derretidas nieves despenaba á veinte pasos de nosotros sus cenagosas ondas; y con estrépito, limo, piedras y arenas arrastraba. Detras una cadena de inaccesibles rocas separaba la esplanada en que estábamos de aquella parte de los Alpes que ventisqueros son llamados, donde montañas enormes de escarchas que sin cesar aumentan los cubren desde el principio del mundo (1). Dábannos á la derecha su triste sombra selvas de negros pinabetes; á la izquierda, mas allá del arroyo habia un vasto bosque de alcornoques, y debajo nuestras plantas la inmensa llanada de agua que en el seno de los Alpes forma el lago nos separaba de las ricas costas del pais de Vaud, coronando este cuadro la majestuosa cima del Jura.

(1) Son tan altas estas montañas que media hora despues de puesto el sol todavia sus rayos alumbran las cimas, y el encarnado de su luz que da en estas cumbres blancas con las nieves forma un hermoso color de rosa, que se ve á mucha distancia.

En medio de estos soberbios y magníficos objetos, el corto terreno en que nos hallábamos se engalanaba con los arcos de una ciente y campestre morada; filtrábanse por entre las rocas algunos arroyuelos, y por la verde hierba en cintas de cristal se deslizaban; inclinaban sus cabezas sobre las nuestras algunos frutales silvestres, y húmeda y fresca la tierra estaba de hierba y flores cubierta. Comparando tan serena mansion con los objetos que en torno se veían, parecía destinado este yermo sitio para asilo de dos amantes, que solos se hubiesen libertado de la universal ruina de la naturaleza.

Cuando hubimos llegado á este retiro, y le hube yo contemplando un rato: ¿Qué, dije, mirando con ojos bañados en llanto á Julia, nada le dice á Vm. aquí su corazón, ni siente alguna secreta emoción, contemplando un sitio que de Vm. está tan lleno? Entonces sin aguardar á que respondiese la conduje á la roca, y le enseñé grabada en mil parages su cifra, y muchos versos del Petrarca y el Taso que á la situación en que yo me hallaba entonces se referían. Al verlos otra vez yo mismo despues de pasado tanto tiempo, experimenté

con cuanta fuerza puede la presencia de los objetos avivar los violentos afectos que cerca de ellos nos agitaron. Dijele con alguna vehemencia: ¡oh Julia, eterno encanto de mi corazón! ves aquí los lugares donde otro tiempo el amante mas fiel del mundo por ti suspiraba; ves aquí la mansion donde tu imagen hacia su felicidad y preparaba aquella con que al fin le remuneraste tú propia. No se veían entonces ni estas sombras, ni estas frutas; no eran alfombra de la tierra estas flores, no formaban sus divisiones el curso de estos arroyuelos, ni gorgaban estos páxaros sus cantos; el alcon voraz, el cuervo funeral, y la tremenda águila de los Alpes hacían solos resonar en estas cavernas sus gritos; inmensas escarchas de todos estos peñascos pendían; flecos de blanca nieve eran el único arreo de estos árboles; todo aquí los rigores del hibierno y el horror de los yecos respiraba, sólo los fuegos de mi corazón me hacían tolerable este sitio, y en él se iban pensando en tí los días enteros. Mira la piedra donde para contemplar desde lejos tu feliz morada me sentaba; encima de esta se escribió la carta que ablandó tu pecho; estos tajantes pedernales de buril para grabar tu cifra me

servian; aquí atravesé el torrente helado en cobro de una carta tuya, que un remolino me arrebató; allí fui á repasar y á besar mil veces la postrera que me escribiste; mira la orilla del precipicio de donde con ansiosos y desesperados ojos la profundidad de estas simas contemplaba; en fin aquí fué donde ántes de mi triste partida vine á llorarte moribunda, y juré no sobrevivirte. ¡Nina con tanta constancia amada, ó tú para quien fui yo nacido, he de hallarme contigo en los mismos lugares, y anhelar en balde por aquel tiempo que pasaba llorando en ellos tu ausencia!... Iba á seguir; pero Julia que viendo que á la orilla de la sima me acercaba, se habia asustado, y me habia cogido de la mano, la apretó sin hablar palabra, y comprimiendo un mal ahogado sollozo, apartando luego apriesa la vista, y tirándome por el brazo: vámonos, amigo mio, me dijo con voz trémula, el ayre de este sitio no es sano para mí. Fuíme gimiendo con ella, pero sin darle respuesta, y dejé para siempre esta triste soledad como á Julia misma la hubiera dejado.

Habiendo vuelto con lentos pasos al puerto dando algunos rodeos, nos separamos. Quiso

ella quedarse sola, y yo seguí paseándome, sin saber adonde iba. Cuando volví no estaba aun listo el barco, ni sosegada el agua, cenamos con tristeza, bajos los ojos, meditabundo el semblante; comimos poco y hablamos ménos. Despues de cenar fuimos á sentarnos en la arena, aguardando el instante de partirnos. Poco á poco se despejó la luna, se sosegó el agua, y me propuso Julia que nos embarcásemos. Le di la mano para entrar en el barco, y sentándome á su lado seguí teniéndola asido de la mia. Observamos ámbos un profundo silencio, y me convidaba á la meditacion el ruido igual y á compas de los remos. El alegre canto de las gallinetas (1), que me traía á la memoria deleytes de mi pasada edad, en vez de divertirme me entristecía. Poco á poco sentia crecer la melancolia que me abrumaba. La serenidad del cielo, la frescura del ayre, la suave claridad de la luna, el argentado tre-

(1) La gallineta del lago de Ginebra no es la que comunmente llaman así. Su canto es mas vivo y mas animado, y las noches de verano da al lago un viso de vida y frescura, que hace todavía mas deliciosas sus riberas.

molar de las ondas que en torno de nosotros brillaban, el concurso de las mas gratas sensaciones, y hasta la presencia del objeto amado, nada pudo apartar de mi corazon mil dolorosas reflexiones.

Empecé acordándome de un paseo semejante que di en otro tiempo con ella mientras el embeleso de nuestros primeros amores. Retratáronse en mi alma para afligirla todos los deliciosos afectos que la llenaban entónces; todos los sucesos de nuestra mocedad, nuestros estudios, nuestras conversaciones, nuestras cartas, nuestras secretas citas, nuestros gustos,

Y tanta fe, y memorias tan suaves,  
Y tan luenga costumbre.

Una muchedumbre de objetos de poca entidad, que me ponian delante la imagen de mi pasada dicha; todo se ofrecia á mi memoria para aumentar mi presente miseria, pintándome la pasada felicidad. Se acabó, decia dentro de mí; aquellos tiempos, aquellos felices tiempos ya no son; para siempre huyeron; ¡Ay, que nunca volverán, y estamos juntos, y para siempre están unidos nuestros corazones! Me

parecia que con mas resignacion hubiera sufrido la muerte, ó su ausencia, y que habia padecido ménos el tiempo que léjos de ella habia vivido. Cuando á tanta distancia gemia, la esperanza de volverla á ver aliviaba mi pecho; me lisongeaba con que todas mis penas las borraría un instante que en su presencia estuviese; contemplaba á lo ménos en la esfera de las cosas posibles un estado ménos acerbo que el mio; pero encontrarse á su lado; pero verla, tocarla, hablarla, amarla, adorarla, y casi, casi poseyéndola reconocer que para siempre la he perdido; esto me precipitaba en accidentes de ira y rabia que por grados me condujeron al último ápice de desesperacion. En breve empezaron á embatir en mi alma funestos proyectos, y en un desvario tal que pensando en él me estremezco, me acometió una violenta tentacion de despañarla conmigo en las olas, y dar fin en sus brazos á mi vida y á mis dilatados tormentos. Tan fuerte llegó al fin á ser esta horrenda tentacion que me vi obligado á soltar á toda priesa á su mano é irme al otro extremo del barco.

Allí empezaron á tomar otro giro mis vehementes agitaciones; poco á poco fue insinuán-

dose en mi alma un afecto mas sereno; pudo mas la ternura que la desesperacion; salió de mis ojos un diluvio de lágrimas, y comparado este estado con aquel de que acababa de salir no dejaba de causarme contento. Lloré abundantemente largo rato, y me senti aliviado. Cuando me hube serenado volvi al lado de Julia, y le cogi otra vez la mano. Tenia en ella su pañuelo, y le senti todo mojado. ¡Ha, le dije en voz baja, bien veo que nunca han dejado de entenderse nuestros corazones! Verdad es, me respondió en alterada voz, pero sea esta la vez postrera que en este tono se expliquen. Volvimos entónces á entablar una sosegada conversacion, y habiéndole navegado cosa de una hora llegamos sin otro azar. Cuando estuvimos en casa distinguí á la luz que traía Julia encarnados y muy hinchados los ojos, y los míos no hubo de encontrarlos ella en mejor estado. Despues de las fatigas de todo el dia tenia mucha necesidad de descansar; se retiró y yo me fui á acostar.

Esta es, amigo mio, la historia circunstanciada del dia de mi vida, en que, sin exceptuar ninguno, he sentido las mas violentas emociones. Espero que hayan sido la crisis

que me vuelva enteramente en mí. En cuanto á lo demas diré á Vm. que esta aventura me ha convencido, mejor que todos los argumentos, de la libertad del hombre y el mérito de la virtud. ¡Cuántas personas son flacamente tentadas, y se rinden! En cuanto á Julia (mis ojos lo vieron y lo sintió mi corazón) sustentó aquel dia la mas fiera lid que sustentó jamas humano pecho, y sin embargo salió con victoria. Pero, ¿que he hecho yo para desviarme de ella? ¿O Eduardo, cuando seducido por tu dama, supiste triunfar de consuno de tus deseos y los suyos, no eras de superior naturaleza que la humana? Sin tí acaso era yo perdido. Cien veces en este dia de peligros la memoria de tu virtud me restituyó la mia.

## INDICE

### DE LAS CARTAS Y MATERIAS

#### CONTENIDAS

#### EN EL TOMO TERCERO.

#### CUARTA PARTE.

CARTA PRIMERA, de la señora de Wolmar á la señora de Orbe, Pág. 1

Insta á su prima á que se vaya á vivir con ella, y por que motivos desea que se establezca en su casa ella y su familia.

CARTA 2, Respuesta, 15

Proyecto de la señora de Orbe, que ha envinado, de unir un día con su hija el hijo mayor de la señora de Wolmar. Le ofrece á esta y participa ella de la dulce esperanza de una entera reunion.

CARTA 3, del amante de Julia á la señora de Orbe, 28

Le participa su vuelta, le da una ligera idea de su viage, le pide licencia para verla, y le pinta los afectos que siente su corazon con respecto á la señora de Wolmar.

#### INDICE.

249

CARTA 4, del señor de Wolmar al amante de Julia, Pág. 37

Le dice que su muger le acaba de confesar sus pasados errores, y le brinda con su casa. Convite de Julia.

CARTA 5, de la señora de Orbe al amante de Julia, 38

( En esta iba inclusa la anterior ).

Reune la señora de Orbe sus ruegos, para que venga, con los del señor y la señora de Wolmar, y quiere que el nombre de San Preux, que ántes habia dado al amante de Julia delante de sus criados, sea el que le den en su sociedad.

CARTA 6, de San Preux á milord Eduardo, 40

Recibimiento de San Preux por el señor y la señora de Wolmar. Varios movimientos que agitan su corazon. Resolucion que toma de no faltar nunca á su obligacion.

CARTA 7, de la señora de Wolmar á la señora de Orbe, 56

La instruye del estado de su corazon, de la conducta de San Preux, de la buena opinion que de su huésped ha formado el señor de Wolmar, y su entera confianza en la virtud de su muger, cuyas cartas no quiere leer.

## CARTA 8, Respuesta, Pág. 66

Le representa el riesgo que podría haber en que su marido fuera su confidente, exige de ella que le envíe San Preux por unos días.

## CARTA 9, de la señora de Orbe á la señora de Wolmar, 74

Le vuelve á enviar San Preux, cuyos modales alaba, y de aquí toma pie para criticar la cortesía afectada de Paris. Regalo que hace á su prima de su hijo.

## CARTA 10, de San Preux á milord Eduardo, 85

Le da cuenta de la prudente economía que en casa del señor de Wolmar con los criados y jornaleros reyna, lo cual da motivo á varias reflexiones y observaciones críticas.

## CARTA 11, de San Preux á milord Eduardo, 143

Descripcion de una soledad amena, obra mas de la naturaleza que del arte, donde van á recrearse con sus hijos el señor y la señora de Wolmar; lo cual da motivo á algunas reflexiones críticas sobre el lujo, y extravagante gusto que en los jardines de los ricos reynan. Idea de los jardines de la China. Entusiasmo ridiculo de los apasionados á flores. La pasion de San Preux á la señora de Wolmar se convierte de repente en admiracion á sus virtudes.

## CARTA 12, de la señora de Wolmar á la señora de Orbe, Pág. 181

Carácter del señor de Wolmar que ya ántes de su casamiento sabia cuanto entre su muger y San Preux habia sucedido. Nuevas pruebas de su entera confianza en la virtud de ámbos. El señor de Wolmar se debe ausentar por algun tiempo, y pide su muger consejo á su prima para saber si ha de exigir ó no que acompañe San Preux á su marido.

## CARTA 13, Respuesta, 202

Disipa los temores de su prima acerca de San Preux, y le dice que tome contra este filósofo todas las precauciones superfluas que en otro tiempo le hubieran sido tan indispensables.

## CARTA 14, del señor de Wolmar á la señora de Orbe, 216

Le da cuenta de su viage, y le participa su proyecto de fiar la educacion de sus hijos de San Preux, proyecto que explica la singularidad de su conducta con su muger y su antiguo amante. Informa á su prima de los descubrimientos que de sus verdaderos afectos ha hecho, y de los motivos de la prueba que con su ausencia de ámbos hace.

## CARTA 15, de San Preux á milord Eduardo, 227

Affliccion de la señora de Wolmar. Funesto secreto

que revela esta á San Preux, que por entonces no puede él participar á su amigo.

CARTA 16, de la señora de Wolmar á su marido, Pág. 231

Se queja de que disfruta con crueldad de la virtud de su muger.

CARTA 17, de San Preux á milord Eduardo, *Ibid.*

Riesgo que en el lago de Ginebra corren la señora de Wolmar y San Preux. Consiguen aportar á tierra. Despues de comer lleva San Preux á la señora de Wolmar á las breñas de Meillerie, donde se entregaba á sus meditaciones en su cara Julia. Sus rebatos contemplando los antiguos monumentos de su pasión. Acertada y prudente conducta de la señora de Wolmar. Vuelven á embarcarse para volverse á Clarens. Horrible tentacion de San Preux y tormenta interior en el alma de su amiga.

FIN DEL INDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE NUESTRO  
BIBLIOTECA